

# **El fin de la prehistoria**

---

**Un camino hacia la libertad**

**Tomás Hirsch**

## Agradecimientos

---

A Francisco Ruiz-Tagle<sup>1</sup>.

Las innumerables horas que pasamos juntos leyendo, investigando, escribiendo y corrigiendo, se convirtieron para mí en verdaderas lecciones de conocimiento. En más de una oportunidad, me sentí asombrado frente a su impresionante capacidad para retener, relacionar e interpretar información de la más variada índole. Su trabajo metódico y dedicado hizo posible la existencia misma de este libro. ¡Gracias, amigo mío!

A los humanistas.

Que anónimamente dedican sus vidas a acercar la anhelada Nación Humana Universal.

---

<sup>1</sup> Francisco Ruiz-Tagle (1947), ensayista y columnista chileno que adhiere al Nuevo Humanismo. Consultor vinculado a la Regional Humanista Latinoamericana, ha dado conferencias en numerosos países de América y Europa.

*Predecir es muy difícil, y sobre todo el futuro.*

*Niels Bohr*

## ***Primera parte: Sísifo está de vuelta.***

---

### *1. La encrucijada:*

Somos parte de un sistema. ¿Puede superarse la violencia social? El futuro de la izquierda.

### *2. Los Señores del Dinero:*

Minorías versus mayorías. Los Mandamientos del Capital Financiero. Frente a un poder absoluto, dos contrapoderes.

### *3. La globalización, un callejón sin salida:*

La paradoja de sistema. La globalización y sus consecuencias. La apertura de un sistema cerrado. El proyecto de los pueblos.

### *4. El absurdo económico:*

Violencia económica y explosión social. La marcha de los postergados. Estado o mercado, un viejo y repetido falso dilema.

### *5. La traición de las cúpulas:*

Una fábula para despistados. El Estado cautivo. La representatividad en crisis: el pueblo a la deriva. El pueblo a la intemperie. En una democracia real, el pueblo es protagonista.

### *Apéndice.*

## ***Segunda parte: La transformación social.***

---

### *6. El ser humano, ese desconocido:*

La desobediencia abrió la ruta. Determinismo y libertad. El primado del futuro. El oleaje de la historia.

### *7. El fin de la prehistoria:*

Del paternalismo a la autoorganización. Las nuevas generaciones vuelven a la lucha. Sobre el fin y los medios. La lucha por la subjetividad.

### *8. Hacia una sociedad realmente humana:*

Un progreso de todos y para todos. Una revolución humana: de la competencia a la convergencia. Una revolución social: de la acumulación a la distribución. Una revolución política: la desconcentración del poder.

*9. El motor del cambio:*

Crecimiento versus desarrollo. La empresa de propiedad de los trabajadores. Recuperación de los recursos naturales y energéticos, valor agregado y tecnología.

*10. Latinoamérica, crisol del futuro:*

Dónde está lo nuevo. La afirmación de la diversidad. La convergencia de la diversidad.

*Al final, un cuento muy corto.*

*Epílogo acerca de una nueva espiritualidad.*

## Prólogo

---

Conocí a Tomás Hirsch en Mar del Plata mientras caminábamos encabezando una gran marcha. Era noviembre de 2005 y ambos habíamos dejado por un breve periodo nuestros países y las respectivas campañas presidenciales en las que participábamos. El motivo lo ameritaba. En Mar del Plata se realizaba la Cumbre de los Pueblos en la que los movimientos sociales de toda América Latina le dijeron “no”, de manera rotunda y definitiva, al proyecto de ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) que quería imponer los Estados Unidos.

Al entrar al estadio, mientras esperábamos el inicio del acto, conversamos por primera vez tomando un café. Tomás se declaró, enfáticamente, a favor de una salida soberana al mar para Bolivia. Creo que era la primera vez que un candidato presidencial chileno incluía en su programa de gobierno la centenaria y legítima demanda boliviana.

Nueve meses después, el 6 de agosto de 2006 volvimos a encontrarnos en Sucre. Con la instalación de la Asamblea Constituyente, Bolivia vivía un momento histórico. Después de 16 años de movilizaciones sociales encabezadas por los pueblos indígenas demandando la refundación del país; los excluidos, los marginados del campo y de la ciudad tomaban la palabra para empezar a construir una nueva República.

En Sucre, Tomás pudo ser testigo del surgimiento de una Bolivia que muchos trataron de ocultar durante siglos, me refiero a la Bolivia de los 36 pueblos indígenas y originarios que desfilaron juntos celebrando un nuevo tiempo de cambio y de unidad para la patria. Hoy, continuamos en el camino hacia una nueva Constitución que acabe con el racismo y la discriminación proponiendo un futuro de igualdad y justicia social para todos.

Después de nuestro encuentro en Sucre, nos vimos un par de veces más. La primera, en diciembre de 2006, durante la realización de la II Cumbre de la Comunidad Sudamericana de Naciones en la ciudad de Cochabamba. La última, en abril de 2007, en Barquisimeto (Venezuela), donde participábamos en la Cumbre de la Alternativa Bolivariana para los pueblos de nuestra América (ALBA). En aquella ocasión, junto a Hugo Chávez, habíamos decidido inaugurar la reunión dando la palabra a líderes sociales de la región. En su intervención, Tomás denunció el drama que significa el saqueo de los recursos naturales en

nuestro continente y mencionó que si llegara a ser Presidente incorporaría su país al ALBA. Así fuimos conociéndonos, de encuentro en encuentro, de país en país.

Hoy tengo su libro en mis manos. Su lectura me ha servido para constatar que a pesar de las diferencias en nuestros orígenes y en nuestros contextos culturales, nos une una profunda valoración por el ser humano y por su destino. También nos une la aspiración común de ver a los pueblos de nuestro continente erguirse libres y dignos. Ésa es, sin lugar a dudas, la mayor motivación de nuestras luchas cotidianas.

Por eso, me complace que se eleven voces críticas pero esperanzadoras como la suya; voces que nos ayudan a dibujar el futuro de nuestro continente. Me alegra comprobar cómo, día a día, Latinoamérica está despertando, sacudiéndose del conformismo y del letargo por la acción conjunta de líderes y movimientos sociales que están abriendo los ojos y las conciencias de nuestros pueblos. Sólo la claridad de pensamiento, la convicción y la honestidad que heredamos de nuestras culturas indígenas, nos permitirán profundizar la lucha para acabar con la dominación. Juntos, acabaremos con el yugo de las democracias sometidas para construir democracias liberadoras, participativas y solidarias.

Mirando hacia atrás, tengo que señalar que cuando ganamos las elecciones con una mayoría histórica (54 por ciento), los humanistas fueron de los primeros que se acercaron a nosotros para brindarnos una colaboración desinteresada y solidaria. Ese vínculo ha continuado fortaleciéndose día a día y paso a paso. Así, hoy podemos decir con satisfacción que Tomás se ha convertido en un activo vocero del proceso de transformaciones que hemos puesto en marcha, difundiendo nuestras conquistas –desde la nacionalización de los hidrocarburos hasta la revolución agraria– en el curso de sus viajes.

Como dice Tomás en su libro, Bolivia vive una revolución social, política y económica al mismo tiempo. Social, porque hemos convertido las necesidades básicas de nuestro pueblo en el eje de las transformaciones, por encima de las exigencias del capital extranjero. Política, porque en nuestro Gobierno son los movimientos sociales, las comunidades indígenas y campesinas, los sindicatos y la sociedad organizada quienes definen la vida política. La clase política tradicional, apátrida, desarraigada y profundamente racista está quedando definitivamente arrinconada.

Además, se trata de una revolución económica porque hemos actuado con la firme decisión de recuperar la soberanía y el control sobre nuestros recursos naturales y energéticos, dándole al capital internacional el lugar que le corresponde y que se sintetiza en el principio de que Bolivia necesita “socios y no patrones”. Estoy convencido de que ése es el único camino para que, desde la acción del Estado, se pueda acabar con la exclusión, garantizando las libertades y construyendo igualdad. Por último, vale la pena mencionar que el proceso de cambio boliviano no tendría sentido si no planteáramos una auténtica revolución cultural que nos permita extirpar la matriz colonial y racista que está enquistada en todas nuestras estructuras sociales y que impide reconocer nuestra principal virtud: la diversidad.

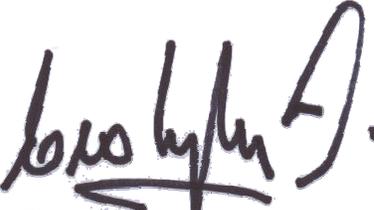
Tomás propone en su libro valorar al ser humano por encima del dinero; poner la humanidad en primer lugar. Bueno, ésa es también la lucha en la que estamos empeñados cuyo fundamento es la dignificación de nuestro pueblo. Por ello, son las comunidades indígenas y campesinas, los trabajadores, los mineros, los artesanos, los estudiantes, los pequeños productores y todos los hombres y mujeres que trabajan honestamente día a día quienes deben verse favorecidos por los cambios políticos, antes que las comunidades financieras internacionales. Debemos ser capaces de poner en su lugar a los grandes capitales, de manera que beneficien a los pueblos y que no los destruyan como pretendió el neoliberalismo durante las últimas décadas.

En este sentido, las propuestas del humanismo –que hemos podido comprender mejor a través del libro de Tomás– van en esta misma dirección por lo que esperamos seguir trabajando juntos para contribuir a difundirlas en nuestros países y a que se conozca el impacto de las transformaciones que hemos emprendido y que, a menudo, son premeditadamente minimizadas por las redes internacionales multimediáticas convertidas en una auténtica industria de la información.

En cuanto a la integración regional, nosotros estamos convencidos de que la paz mundial, la lucha contra el llamado calentamiento global, la armonía con la naturaleza, el acceso a los recursos elementales como el agua y la redefinición de los conceptos globales acerca del desarrollo y el progreso, son elementos centrales que deben ser considerados de manera integral. En esta línea, una de nuestras propuestas ante la comunidad internacional, es

renunciar constitucionalmente a la guerra como forma de solución de conflictos entre países. Aquí, también coincidimos con el humanismo y su rechazo a la violencia sea cual fuere su manifestación. Nosotros provenimos de la cultura de la vida y del diálogo, y no de la cultura de la guerra y de la muerte. Por eso, creemos que en este nuevo milenio tenemos la obligación ética y moral de defender la vida y salvar a la humanidad. Y si queremos salvar a la humanidad tenemos que salvar al planeta tierra.

Finalmente, para concluir este comentario, tan sólo me queda felicitar a Tomás por su iniciativa, por su voluntad y compromiso con el pensamiento humanista y por su aporte al proceso de liberación de los pueblos de América Latina.



**EVO MORALES AYMA**  
**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA**

## **Primera parte: Sísifo está de vuelta**

---

## 1. La encrucijada

---

*Lo que se obtiene con violencia, sólo se puede mantener con violencia.*

*Gandhi*

### **Somos parte de un sistema.**

En tiempos como los que corren, es muy difícil para un ciudadano común verse a sí mismo como agente de cambio del curso de los acontecimientos sociales. “Con qué ropa”, nos preguntamos, resignándonos a ser pasajeros más o menos afortunados de un barco cuyo itinerario y destino desconocemos por completo. Aún más, las urgencias del presente a menudo nos hacen olvidar que vamos junto a otros en un viaje hacia alguna parte y nos imaginamos el mañana como la repetición infinita del hoy. Entonces tendemos a creer que el cambio global se produce por la acumulación de los millones de afanes individuales, con lo cual dejamos de preocuparnos por el destino del conjunto y nos reclinamos en nuestra celda de abeja cumpliendo con mayor o menor brillantez el papel que las circunstancias nos asignaron al interior de la colmena.

Sin embargo, el no percibir que la Tierra se mueve no significa que deje de moverse... Lo sepamos o no, nuestro destino particular depende del destino del sistema en el que estamos incluidos y no al revés. Es como si fuéramos en un tren que se dirige hacia un precipicio; no por cambiar de lugar los asientos al interior de los vagones vamos a evitar el accidente. Para eso tendríamos que frenar el convoy o cambiar la dirección que lleva.

Los individuos somos parte de una estructura social mayor que, además, está en movimiento, es decir, sometida a cambios y transformaciones que no siempre entendemos ni sabemos interpretar. Lo único claro es que para donde ella vaya iremos nosotros (y nuestros hijos y nietos...) imperiosamente. Caer en la cuenta de este hecho nos lleva necesariamente a preguntarnos hacia dónde nos conduce, ¿hacia una situación mejor o una peor? Y si la dirección que ha tomado el sistema que nos incluye fuese destructiva, como parece indicarnos la experiencia cotidiana directa, ¿qué podemos hacer para modificarla?

Son preguntas difíciles de responder. Más aún hoy, cuando ese sistema ya no es local sino global: ya no se trata de un país o de una región sino que del mundo entero, lo cual parece

constituir un desafío mayúsculo para un “pobrecito mortal”<sup>2</sup>, que igual ve afectada su vida por más remoto que sea el lugar donde habita. Pero si hoy estamos un tanto ciegos a dimensiones como las de estructura o procesos, no significa que siempre haya sido así y son muchos los factores que han incidido en esa ceguera. Lo cierto es que desde tiempos remotos, los seres humanos hemos tratado de comprender las leyes que rigen a la Historia para poder darle una dirección intencional, no accidental a dicho proceso. Hoy esa comprensión se hace más necesaria que nunca, antes de que sea demasiado tarde.

No es la primera vez que el ser humano se encuentra en una encrucijada histórica parecida, esto ha sucedido muchas veces antes<sup>3</sup>. Pero a nuestro entender, lo distinto está en que ahora la respuesta no vendrá de ciertos líderes iluminados que la impondrán desde arriba a las poblaciones; la respuesta la encontrarán los pueblos en su conjunto, los verdaderos protagonistas de la Historia. Hay muchos indicadores de que esto ya comienza a suceder en distintas latitudes y es necesario estar atentos a esas señales. Nuestra intención es colaborar en esa búsqueda, tratando de ampliar la perspectiva respecto del momento que nos toca vivir. Cuando subimos a la cima de un cerro vemos más cosas y entendemos ciertas relaciones que éramos incapaces de percibir desde el llano.

### **¿Puede superarse la violencia social?**

Y si lográramos tomar esa distancia, ¿cómo se vería nuestra época? Lo primero que se nos hace patente es el altísimo nivel de violencia que ahoga a las sociedades. Al incorporar la perspectiva del tiempo, llama la atención un hecho notable y absurdo a la vez: el ser humano ha construido, a través del esfuerzo titánico de innumerables generaciones, un ambiente social y cultural para escapar del dolor y la violencia que le imponía el medio natural. Pero, como si fuera un pesado lastre que no puede dejar atrás, nunca ha logrado desprenderse definitivamente de ese comportamiento agresivo y las sociedades que ha creado siguen estando marcadas por el mismo signo trágico. La violencia física, racial, religiosa, psicológica, sexual y, sobre todo, la violencia económica derivada de la injusticia social y la desigualdad de derechos y oportunidades han llegado hasta el presente como una

---

<sup>2</sup> Expresión tomada de la canción "Pobrecito mortal si quieres ver menos televisión descubrirás que aburrido estarás por la tarde" compuesta para el festival de la OTI de 1978 por el cantautor chileno Florcita Motuda.

<sup>3</sup> De acuerdo con la genealogía de Toynbee, son 21 las civilizaciones que han recorrido el ciclo completo de génesis, crecimiento, colapso y desintegración, más algunas otras que han abortado en el camino. El ejemplo más cercano es la civilización grecolatina, cuya fase final es el Imperio Romano, que se desintegra en el año 476 cuando el Emperador Rómulo Augusto es depuesto por el bárbaro germánico Odoacro.

herencia siniestra. Resulta difícil de entender este porfiado atavismo pero allí está y, dado el enorme poder de las armas nucleares modernas, hoy se ha convertido en una amenaza cierta de destrucción masiva.

¿Es posible erradicar, de una vez y para siempre, la maldición de la violencia desde las sociedades humanas? A la luz de la experiencia histórica, estaríamos tentados a decir que no, que se trata de una esperanza ilusoria. Sin embargo, también es cierto que en distintos momentos del tiempo han existido personas y causas que alcanzaron sus objetivos sin recorrer el camino de la sangre y la destrucción<sup>4</sup>; ellos nos sirven de modelos o referencias vivas para orientar nuestra acción y nos devuelven la fe en una lucha que pueda hacer real esa vieja aspiración humana.

Para el Humanismo Universalista, corriente de pensamiento a la que pertenecemos y desde la cual hablamos, el problema de la violencia tanto personal como social ha sido una preocupación central desde sus inicios, allá por el año 1969, en el corazón de la cordillera de Los Andes. Cuando el pensador latinoamericano Mario Rodríguez Cobos, Silo, dio origen a este movimiento a través de una arenga pública llamada *La Curación del Sufrimiento*, ya reflexionaba sobre las distintas formas de violencia que afectaban a la vida personal y a la convivencia social en todas las latitudes y proponía caminos para salir de esa espiral destructiva. Treinta y ocho años después, la situación en el mundo no ha cambiado radicalmente, de modo que el proyecto original del Nuevo Humanismo sigue teniendo la misma validez y mucho más fuerza que en sus comienzos. En su última obra, recientemente publicada<sup>5</sup>, Silo vuelve una vez más sobre el tema, esta vez planteando la posibilidad de considerar configuraciones de conciencia avanzadas, esencialmente no violentas y deja abierta la hipótesis de que ese nuevo atributo psíquico pueda llegar a instalarse en las sociedades como una conquista cultural profunda. Digamos entonces que una de las interrogantes centrales que da origen a este libro y que lo atraviesa de comienzo a fin se refiere a las causas de la violencia social y a los cursos que será necesario seguir para superarla definitivamente.

---

<sup>4</sup> Zoroastro; Buda; Mahavira, fundador del jainismo; Asoka, rey hindú seguidor del budismo, quien en el año 261 a.C. renuncia a la guerra; Henry David Thoreau; Gandhi; Martin Luther King, para citar a los más importantes.

<sup>5</sup> Se trata del libro *Apuntes de Psicología*, que reúne cuatro charlas sobre el tema impartidas por Silo en diferentes años. La última de ellas se realizó en Rosario, Argentina, en el año 2006.

### **El futuro de la izquierda.**

Hace alrededor de trescientos años atrás, el mundo occidental se sumergió en una especie de marea revolucionaria, impulsando por todos lados aquellos cambios sociales estructurales que hoy parecen olvidados: se trataba de modificar los usos, no sólo los abusos, según el decir certero de Ortega y Gasset. En la mayoría de los casos, cada uno de esos proyectos terminó hundido en un mar de sangre, muerte y destrucción. La fiebre revolucionaria parece haber cesado luego del fracaso de la utopía marxista en la Unión Soviética y los pueblos han entrado en un estado de sorda desilusión, mientras que la lucha se ha desplazado hacia los choques entre culturas. En ese escenario, la izquierda más radical se ha quedado sin proyecto y el viejo socialismo parece haber asumido su derrota, bajando las banderas revolucionarias vinculadas a su tradición histórica para adherir a un proyecto tibio que en sus días de fervor criticó duramente. En muchos lugares ha ido mutando hacia la socialdemocracia conformando aquello que denominan los “frentes amplios”, conglomerados que responden a la vieja teoría de la acumulación de fuerzas, para conquistar el poder político y terminar administrando el modelo imperante, ahora como “parachoques” de las mismas movilizaciones sociales que, en sus mejores épocas, impulsó y lideró. También los partidos comunistas han experimentado la misma tendencia y, gracias a esta táctica, han logrado acceder a pequeñas cuotas de poder político con el discurso de que es mejor estar ahí que en ninguna parte, usando el argumento del “mal menor”, verdadero chantaje con el que se tiene cautivo el voto de las poblaciones, para evitar que gane la derecha. En nuestra Latinoamérica, encontramos ejemplos de fenómenos similares en Chile y en Brasil.

Lo cierto es que por todos lados hemos escuchado la misma canción amarga de la derrota: se ha pasado del “avanzar sin transar” al “transar sin avanzar”. Parece que hubiera un acuerdo tácito respecto de que no se está dispuesto a pagar el costo en libertad que han implicado los procesos revolucionarios asociados a la instalación de los totalitarismos utópicos y se prefiere aceptar al estúpido esquema vencedor, intentando humanizarlo en la medida de lo posible. Pero todos sabemos, porque lo experimentamos cotidianamente, que en el orden actual la libertad tampoco existe y que sólo se ha producido un traslado del

centro de poder desde el Estado hacia el Gran Capital: hemos pasado del monopolio público al monopolio privado.

Aun así, en muchos lugares existen grupos de exmilitantes de aquella vieja izquierda que están buscando un nuevo camino revolucionario, ya que intuyen que los métodos de análisis y las formas de lucha clásicos no les sirven para encontrar las nuevas respuestas. A esos persistentes luchadores sociales que no han claudicado nunca y que se atreven a dejar atrás los antiguos moldes queremos convocarlos a construir una nueva izquierda, que tal vez ni siquiera utilice esta añeja denominación porque necesita refundarse completamente<sup>6</sup>. Este nuevo referente, que habrá de surgir porque la necesidad histórica lo está llamando, debe sustentarse en dos pilares fundamentales: poner al ser humano como centro, por encima de cualquier otro valor (se trate de Dios, el Estado o el Dinero) y, como corolario de lo anterior, su forma de acción ha de ser no violenta. Respecto del método de análisis de la realidad social, es necesario incorporar a la subjetividad humana y sus motivaciones dentro de los factores relevantes que impulsan cualquier proceso de cambios, tal como ya lo está haciendo la ciencia de las últimas décadas al interior de su propio ámbito<sup>7</sup>.

Como ha sucedido muchas veces antes en la corta historia humana, nos enfrentamos a un sistema violento y queremos cambiarlo porque nuestra vida y la de todos los seres humanos incluidos en él están siendo afectadas dolorosamente. El fundamento principal que anima nuestra lucha y empuja nuestra acción para propiciar un cambio estructural, y no ajustes o correcciones de perfeccionamiento al esquema vigente, se reduce a una percepción muy nítida de que la violencia social que experimentamos no es sólo un efecto negativo

---

<sup>6</sup> El término izquierda política tiene su origen en el lugar de la Asamblea Nacional en que se sentaban, durante la Revolución Francesa, los representantes jacobinos, que respaldaban medidas que favorecieran a las clases más pobres de la sociedad. También se denominaban así los hegelianos jóvenes, que interpretaron a Hegel discutiendo su idealismo. En 1841 Ludwig Feuerbach publicó su obra más importante, *La esencia del cristianismo*. A partir de entonces, se convirtió en el principal referente de la izquierda hegeliana.

<sup>7</sup> “...Como sabemos, con la aparición de la mecánica cuántica (...) el observador, o sea la conciencia humana, adquiere una función activa con respecto al fenómeno que observa, es más, una función que será decisiva para la existencia misma del fenómeno. Por el contrario, en la física clásica el observador se reduce a una figura impersonal, a un concentrado de “atención pura” con la única función de examinar al fenómeno sin interferir con él. (...) Con la mecánica cuántica desaparece la idea de un observador independiente del fenómeno observado. (...) Se trata de una concepción no determinista, sino probabilista, en la cual el observador juega un rol decisivo en el momento en que realiza la medición. «No existe el fenómeno si no hay un observador», decía uno de los padres de la física cuántica, el danés N. Böhr y J. A. Wheeler, uno de los más renombrados físicos contemporáneos, afirma que la enseñanza más significativa de la mecánica cuántica es que la realidad se define en base a las preguntas que nos hacemos. (...) Lo que nos parece evidente es que ya no se puede dejar de reconocer el rol fundamental del observador en la mecánica cuántica y difícilmente se podrá omitir, de manera explícita, el acto intencional de la observación...” *El principio antrópico y el surgimiento de la centralidad del observador en algunos de los recientes desarrollos de las ciencias físicas*. Pietro Chistolini / Salvatore Puledda. Virtual Ediciones. Santiago de Chile, 2002.

secundario (una “externalidad negativa”, como hoy les gusta decir a los tecnócratas), sino que un factor consustancial al sistema, que impone condiciones sociales violentas y deshumanizantes que generan, a su vez, reacciones violentas equivalentes en una escalada creciente e infinita. Cuáles son esas condiciones y qué tipo de reacción suscitan entre las poblaciones sometidas a ellas serán algunos de los temas de análisis de este libro.

El principal indicador para medir el éxito de nuestra causa ha de ser entonces el retroceso visible de la violencia, hasta su completa desaparición desde la convivencia social, ya que humanizar a la sociedad en que vivimos significa modificar aquellas condiciones que la eternizan en su interior. Mientras eso no suceda, la lucha continuará y puede tomar cursos imprevisibles. Pero si en un momento anterior nos tocó enfrentarnos a un Estado opresor en manos de algún tirano de turno, ¿contra quién debemos luchar hoy? ¿Quiénes son los responsables del actual estado de cosas?

## 2. Los Señores del Dinero

---

*Aquel a quien los dioses quieren destruir, primero lo vuelven loco.*

*Eurípides*

### **Mayorías versus minorías.**

La palabra “humanista” la usa hoy todo el mundo, cualquiera sea el sector al que pertenezca. La preocupación por el ser humano, por su destino individual y conjunto parece estar de moda y desde los ámbitos más diversos, incluso desde aquellos que son opuestos en sus concepciones, emanan declaraciones muy sentidas y probablemente sinceras respecto de qué hacer para mejorar la condición humana, para superar definitivamente aquellas lacras sociales que acompañan a la Humanidad desde siempre. La mayoría de estos bienintencionados se declaran humanistas porque está de moda o suena mediáticamente bien y terminan reduciendo todo a una simple frivolidad, al afirmar que rechazan la violencia porque están contra la guerra...pero apoyan las dictaduras militares; que no son discriminadores porque tienen un amigo negro o comunista...pero no permiten que sus hijos se relacionen con gente distinta; que son ecologistas, porque hay que cuidar a las focas y las plazas...pero rechazan las limitaciones ambientales sobre las inversiones de los grandes capitales. Si se los apura, no podrán justificar de raíz nada de lo que dicen, y no pasará mucho tiempo antes que comiencen a mostrar su verdadero rostro<sup>8</sup>.

Aun así, da la impresión de que las cosas han avanzado y el racismo, la discriminación de la mujer, de los homosexuales o de minorías de cualquier tipo parecen ser anacronismos que nadie osaría defender abiertamente. Lo mismo sucede con el uso de la violencia. Y cuando aparecen algunas de esas manifestaciones, no tardan en hacerse oír las voces de quienes, en nombre del humanismo, las repudian enérgicamente. Da la impresión de que aquellos odios ancestrales hubieran comenzado por fin a ceder y de que la especie humana se encaminara hacia los también viejos ideales del diálogo y el entendimiento mutuo, tan entrañables para los humanistas de todos los tiempos.

---

<sup>8</sup> Como se puede desprender del texto, hoy existe una gran confusión respecto de lo que significa ser humanista. Si se quiere profundizar en esta materia, recomendamos el libro *Interpretaciones del Humanismo* del pensador italiano Salvatore Puledda, publicado por Virtual Ediciones, Santiago de Chile, 1996.

En el campo político, la democracia como sistema de gobierno ha terminado por imponerse en la mayoría de los países y, como nunca antes en la historia, son los pueblos los que hacen sentir su voluntad a través de elecciones periódicas y de las encuestas que deben realizar con frecuencia los gobernantes para sondear a la opinión pública. En lo material, el crecimiento económico impulsado por la tecnología hoy hace posible que grandes sectores del planeta estén en condiciones de incorporarse al goce de un mayor bienestar, del cual habían estado hasta ahora excluidos.

Comunicaciones globalizadas, herramientas tecnológicas poderosísimas aplicadas a la salud, a la educación, a la síntesis y producción de alimentos son todos signos alentadores de que estamos en condiciones de dar el gran salto: dejar atrás la prehistoria para entrar en la historia verdaderamente humana. Podemos afirmar, sin ningún tipo de exageraciones, que la plataforma material para efectuar ese lanzamiento está disponible y no es patrimonio de ningún sector en particular, ya que deriva del esfuerzo laborioso de toda la especie humana a lo largo de su historia. No existe ninguna razón operacional o técnica para no dar ese salto, o para efectuarlo con el típico gradualismo exasperante de los gobiernos socialdemócratas, hoy victoriosos en muchos países. Sin duda que es un momento hermoso: por primera vez en la historia estamos en situación de derrotar al dolor humano, de alcanzar ese anhelado sueño de un progreso de todos y para todos.

Sin embargo, ese paso no se da. Y las grandes mayorías del planeta, marginadas de la participación de tan deslumbrante progreso, se ven forzadas a seguir esperando sin entender las razones o las causas de esa discriminación, puesto que asisten perplejas al escandaloso espectáculo de unas minorías poderosas y privilegiadas que sí están gozando de esos beneficios. Hoy esta atávica desigualdad ya no puede justificarse de ninguna forma y, por lo mismo, es aun más indignante y vergonzoso observar a muchos de nuestros gobernantes tratando de explicar lo inexplicable, “administrando” las crisis sociales y con ello haciéndole el juego a los poderosos, al trasladar las legítimas y urgentes aspiraciones de sus pueblos para un futuro lejano siempre inalcanzable.

Esta manipulación de la imagen del futuro es pan de todos los días para los gobiernos. Curiosamente, siempre son los más necesitados quienes deben aguantar la situación difícil, como si se tratara de una crisis insignificante y llevadera. Y frente a sus reclamos desesperados por la eterna postergación de sus necesidades, se les explica –siempre muy

solemnemente, con voz grave y un lenguaje complejo- que todo ajuste económico tiene un costo social. De modo que deben tener paciencia, ya que los problemas no pueden resolverse tan rápido y se está haciendo todo lo posible, pero con res-pon-sa-bi-li-dad (enfaticando cada sílaba). Así, mientras hacen esperar a millones con la promesa futura de progreso para todos, siguen ampliando la brecha que separa a las minorías que concentran cada vez más riqueza de las mayorías cada vez más empobrecidas. Digámoslo claramente: esto no es un pequeño error de planificación ni un lamentable desvío en la práctica respecto de la teoría económica. Este orden social perverso que nos encierra en un círculo vicioso ha sido pensado de este modo y ahora se proyecta a un sistema global del que no puede escapar ningún punto del planeta.

Entonces, en los albores del siglo XXI, nos toca vivir esta gran paradoja: habiendo el ser humano alcanzado las condiciones materiales para salir definitivamente de la esclavitud de lo natural, esa aspiración humana no puede concretarse porque los intereses particulares de aquellas minorías poderosas lo impiden. Toda la palabrería que les escuchamos a diario a políticos y tecnócratas a través de los medios de comunicación para justificar por qué no se hacen las cosas, no tiene otro propósito que esconder o camuflar esta simple verdad. En definitiva, son esas minorías las que están frenando el proceso humano y eso no se puede aceptar; hay comprometidos mucho dolor y mucha tragedia, grandes esperanzas sostenidas a través de generaciones, esfuerzos enormes y luchas titánicas para llegar hasta aquí. Y cuando estamos a punto de materializar ese gran proyecto colectivo, unos pocos quieren impedirlo porque eso pone en peligro sus parcelitas. Al ver las cosas desde una perspectiva histórica, es posible dimensionar mejor la monstruosa desproporción e irracionalidad que oculta esta posición conservadora y egoísta.

Detrás de esta situación absurda se esconde un profundo contrasentido. ¿No era que la democracia, el gobierno de las mayorías, se había consolidado en casi todas partes? Si esto es realmente así, ¿cómo puede ser posible que unas minorías impongan condiciones francamente desventajosas para el conjunto y esas mayorías ni siquiera intenten oponerse? La respuesta es muy simple: lo que sucede es que no hay real democracia y, en estricto rigor, las mayorías no están decidiendo nada importante. Tal como sucede en las oficinas, donde los empleados discuten y votan acerca de si los escritorios deben estar lejos o cerca de las ventanas, de si hay que poner flores o pintar los muros de colores agradables. Pero, a

la hora de proponer una discusión y posterior votación en torno a la dirección y la propiedad de la empresa, se produce un silencio aterrador e inmediatamente la democracia se congela porque, en realidad, se la acepta siempre y cuando lo que se decida esté circunscrito al reino de lo secundario.

La democracia se sustenta en el equilibrio de poderes y en el contrapeso que establece una sociedad civil fuerte y organizada para limitar al Estado y controlar su funcionamiento. Cuando un poder queda fuera de control porque no existen contrapoderes que lo regulen, el equilibrio se rompe y el sistema democrático se distorsiona completamente adquiriendo un carácter puramente formal, ya que las decisiones que estaban en manos del pueblo en su conjunto pasan a radicarse en ese poder desbocado en manos de una minoría. Este es el caso del poder económico.

Desde la Revolución Industrial<sup>9</sup> en adelante, el aumento de la riqueza social en el mundo por efecto de la revolución tecnológica ha ido a la par con un proceso de acumulación de esa riqueza en cada vez menos manos, hasta alcanzar hoy un grado de concentración tan extremo que ha terminado por convertirse en un monstruoso poder paralelo, en un paraestado<sup>10</sup>. Es así que el poder político aparece entonces como un simple intermediario o ejecutor de las intenciones de las grandes concentraciones económicas, que impudicamente han instalado el código de que los gobiernos sólo pueden ser “administradores” de sus países porque el modelo económico y social universal que establece las reglas del juego impuesto por ellos es inmodificable. O sea, han convertido a la ilustre función de gobernar en una especie de *magister ludi*<sup>11</sup>, que a lo sumo se ocupa de que las reglas se cumplan, sin autoridad ninguna para cambiar el juego. Por cierto, no es un papel muy digno para nuestros políticos, pero así están las cosas.

---

<sup>9</sup> En la Revolución Industrial, la economía basada en el trabajo manual fue remplazada por otra dominada por el maquinismo, que comenzó con la mecanización de las industrias textiles y el desarrollo de los procesos del hierro. La introducción de la máquina a vapor favoreció drásticos incrementos en la capacidad de producción.

<sup>10</sup> Estado paralelo. “En efecto, las decisiones más importantes para el conjunto de los hombres son tomadas por personajes que pertenecen a una colectividad muy reducida, que detentan un poder compartido por consentimiento mutuo... Esta sociedad del dinero ejerce actualmente tal dominio por medio de su riqueza que es ella la que orienta el porvenir de todo el planeta; es ella quien escoge la dirección, pero su única brújula es el razonamiento económico. Las calamidades resultantes de la pérdida de los puntos de referencia son interminables”. *Yo acuso a la economía triunfante*, Albert Jacquard. Editorial Andrés Bello, Chile, 1996.

<sup>11</sup> Este término fue utilizado por Hermann Hesse en su libro *El Juego de Abalorios*.

En cualquier caso, nada nuevo bajo el sol: esta forma de gobierno es la que se conoce históricamente como plutocracia<sup>12</sup>. Si los griegos ya le pusieron nombre, entonces tiene al menos 2.500 años. Tal vez la única diferencia sea que ahora los ricos no necesitan estar físicamente en el gobierno, sino que lo digitan a través de los políticos. Es decir, aunque en la forma parezca que vivimos en una democracia, en la práctica se trata de una plutocracia que funciona de este modo: los ricos no están en el gobierno pero tienen el poder; los políticos no tienen el poder pero están en el gobierno. Descifre el lector este acertijo, si le da la paciencia<sup>13</sup>.

En un viaje reciente a Brasil, tuvimos la oportunidad de conversar con algunos dirigentes nacionales del Partido de los Trabajadores (PT). Ese partido, uno de cuyos miembros fundadores, el exsindicalista Lula, es el actual presidente de la república, se encontraba en medio de un escándalo de corrupción por compra de votos parlamentarios, mediante el pago a diputados y senadores de la oposición. Simultáneamente, ya trabajaban en el proyecto de reelección de su abanderado. Les preguntamos por qué no se había podido cumplir con casi ninguna de las promesas electorales de Lula. Nos respondieron que, tres meses antes de asumir el gobierno, tuvieron que firmar un acuerdo con el FMI prometiendo acatar los lineamientos de este organismo para la economía brasilera. Es decir, aun antes de ganar las elecciones, aceptaron comenzar a “gobernar” totalmente amarrados de manos frente a los intereses de los grandes capitales. Ante nuestra pregunta acerca de cuál podía ser entonces el objetivo de ese primer gobierno, en esas condiciones extremas de limitación, se nos dio la sorpresiva e insólita respuesta de que era “lograr pasar al segundo gobierno”. Esta afirmación, tan sorprendentemente vacía de significado, hubo de ser acompañada de un discurso acerca de que en ese gobierno futuro sí podrían hacer lo que no

---

<sup>12</sup> Plutocracia, del griego *ploutos*, riqueza y *cracia*, gobierno.

<sup>13</sup> – ¿A qué se refiere cuando dice que las democracias, en el orden mundial, están debilitadas, al punto de haberse convertido casi en una farsa?

– Vivimos en una plutocracia: un gobierno de los ricos, cuando éstos, proporcionalmente al lugar que ocupan en sociedad, deberían estar representados por una minoría en el poder. No hay actualmente ningún país del mundo que viva verdaderamente en democracia, y éste es el debate que nos debemos, el que tenemos la obligación de imponer. La injusticia social es como una nueva capa atmosférica que envuelve al planeta entero. ¿Creemos que participamos del destino de nuestros países porque votamos a determinados funcionarios gubernamentales o municipales? Son las multinacionales las que en este mundo globalizado ejercen el auténtico poder, y devoran en su vientre los derechos humanos y las democracias como el gato devora al ratón. Son ellas las que determinan nuestras vidas. Son los intereses económicos los que dirigen las acciones de los gobiernos, de todos los gobiernos del mundo.

Entrevista a José Saramago. Verónica Abdala. Página 12/Web, 7 de mayo de 2003. Buenos Aires.

hicieron en el primero. Pocos meses después Lula ganaría su reelección en segunda vuelta, en medio de nuevos escándalos de corrupción.

### **Los Mandamientos del Capital Financiero.**

A veces se tiene la impresión de que el destino humano se parece mucho al de Sísifo<sup>14</sup>, aquel personaje de la mitología griega que está eternamente obligado a empujar cerro arriba la misma roca. Cuando cayeron los socialismos reales, hace no muchos años atrás, existía el consenso unánime de que el poder político y económico concentrado en el Estado era una amenaza contra la libertad individual. De hecho, ése ha sido uno de los argumentos más frecuentados para justificar el libre mercado y la propiedad privada de los medios de producción: así como la democracia consiste en la distribución del poder político en el conjunto de la población —se decía—, la democratización de la riqueza pasa por propiciar la iniciativa individual, traspasando los medios de producción desde la mano única del Estado hacia las múltiples manos del mundo privado.

En teoría sonaba bien pero nadie previó el efecto contrario a estas hermosas expectativas producido por el fenómeno de concentración del capital que, por la vía de la especulación bursátil y la usura bancaria, ha terminado por acumular —otra vez, como Sísifo— los medios de producción en unas pocas manos, acrecentando el poder de esa minoría económica sobre las sociedades hasta un nivel simplemente aberrante e incompatible con cualquier concepción y práctica democrática. Parafraseando a Churchill, nunca antes tan pocos mandaron tanto a tantos<sup>15</sup>. Al menos, el Estado era un enemigo claro y visible, lo que permitía organizar la lucha social alrededor de objetivos precisos. Pero el capital es ubicuo y no existe un centro de poder al cual referirse, lo que debilita la movilización social y la reduce a demandas puntuales o sectoriales, despojándola de su propósito colectivo que es donde encuentran su mayor fuerza esas reivindicaciones y luchas.

---

<sup>14</sup> “Los dioses habían condenado a Sísifo a rodar sin cesar una roca hasta la cima de una montaña desde donde la piedra volvía a caer por su propio peso. Habían pensado con algún fundamento que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza”, (pág. 129). “Si este mito es trágico lo es porque su protagonista tiene conciencia. ¿En qué consistiría, en efecto, su castigo si a cada paso le sostuviera la esperanza de conseguir su propósito? El obrero actual trabaja durante todos los días de su vida en las mismas tareas y ese destino no es menos absurdo. Pero no es trágico sino en los raros momentos en que se hace conciente. Sísifo, proletario de los dioses, impotente y rebelde, conoce toda la magnitud de su condición miserable: en ella piensa durante su descenso. La clarividencia que debía constituir su tormento consume al mismo tiempo su victoria. No hay destino que no se venza con el desprecio”, (pág. 131). *El mito de Sísifo*. Albert Camus. Editorial Losada. 2002. Buenos Aires, Argentina.

<sup>15</sup> La declaración textual de Sir Winston Churchill luego del triunfo británico en la Batalla de Inglaterra fue: "Nunca antes en el campo de los conflictos humanos, tantos debieron tanto a tan pocos".

Es necesario precisar que, en estricto rigor, quien tiene la capacidad (¿o la compulsión?) para concentrarse es aquel al que llamaremos “capital especulativo” o “capital financiero”, para diferenciarlo del capital productivo, ya que este último tipo de inversión, que permanece vinculado al lugar en el que se instala la infraestructura productiva y comprometido con ese entorno social, sí que enriquece la cadena del valor asociada a los procesos de producción y colabora eficazmente en la distribución de la riqueza. Al capital especulativo, en cambio, no le interesa la producción en tanto que aporte social concreto que beneficie a un conjunto amplio de seres humanos. Su única preocupación es usar los procedimientos productivos como medios para ir transformando todo en más capital financiero, fenómeno que puede constatarse con total nitidez en el caso de la explotación de los recursos naturales en los países de la región latinoamericana. Alegorizando, podríamos decir que se parece a un “agujero negro”, que se va devorando la diversidad del mundo real y humano para convertirlos en una abstracción uniformadora e inhumana. A propósito, la relación que se puede establecer entre este insensato comportamiento económico y la progresiva pérdida de sentido que observamos en nuestras sociedades, especialmente entre los más jóvenes, puede constituir un interesantísimo tema de estudio para los antropólogos. Seguramente, todos nos hemos reído alguna vez con aquel dibujo animado que pasan por televisión sobre un par de ratones patéticos que quieren conquistar el mundo<sup>16</sup>. La megalomanía es una patología siempre asociada a la ridiculez y por eso mismo es tan cómica. Existe incluso una imagen universal para ella, la de Napoleón con una mano escondida entre los pliegues de su uniforme. ¿Para qué podría servirle a alguien conquistar el mundo? Se trata de un proyecto desaforado y estéril, que no conduce a ningún destino útil. Pues bien, absurdo como suena, ése es el proyecto de los señores del dinero y podríamos seguirle los pasos uno a uno, desde las privatizaciones forzadas, el cuasi aniquilamiento de los estados nacionales, la esclavitud disfrazada de las sociedades a través del crédito usurario hasta terminar en la globalización y los tratados de “libre” comercio asociados a ella. Si vinculamos al capital productivo con la cadena del valor agregado (productos más complejos que requieren mayor tecnología, dan empleos más cualificados, con mejores sueldos, elevando la calidad de vida de los trabajadores, etc.), el capital financiero va exactamente en el sentido contrario ya que *resta* valor en vez de agregarlo: es

---

<sup>16</sup> Nos referimos a la serie de dibujos animados “Pinky y Cerebro”.

la cadena del vacío. El problema es que parecen estar logrando su objetivo, montados en tecnologías de punta y en una intencionada manipulación de la subjetividad a través de los medios de comunicación masiva, especialmente la televisión. En esa situación estamos, por ahora, los pueblos del mundo: embarcados en un proyecto absurdo que terminará en un caos total, pero sin la lucidez necesaria para discutirlo y tomar el control del proceso humano.

Lenin, que era un visionario además de ser un hombre bueno, dijo que el comunismo era el poder de los *soviets* (es decir, de la base social) más la electricidad (es decir, la tecnología)<sup>17</sup>. Desafortunadamente, este gran líder murió tempranamente y el proceso que había lanzado derivó en una dirección contraria cuando Stalin, su sucesor, enfatizó en el mecanicismo y la dictadura del partido, probablemente la causa principal del fracaso de ese ambicioso proyecto. Mientras el comunismo se movía al ritmo de la máquina de vapor, el capital financiero –ahora internacional- saltaba de país en país, transportado a la velocidad de la luz gracias a los avances de la electrónica; mientras el comunismo buscaba generar ciertas condiciones sociales objetivas, el capital financiero compraba canales de televisión para irradiar desde ahí su propaganda, que llegaba velozmente a cada casa y a cada conciencia, generando condiciones *subjetivas* favorables. Ni siquiera el muro de cemento y ladrillos que alguna vez separó al Este de Occidente, fue capaz de detener las ondas de televisión que bombardeaban cada uno de los hogares de Berlín Oriental, ofreciendo los últimos avances en artículos de consumo masivo.

En su afán enloquecido, este nuevo tirano utiliza procedimientos bien precisos para oprimir a los cuerpos sociales, que se resumen en lo que podríamos llamar *Los Mandamientos del Capital Financiero*. A continuación iremos comentando algunas de sus máximas.

1. *Tu propósito principal y único es acumularte cada vez en menos manos.*

¿Pero acumularse para qué? No es posible responder a esta pregunta cuando se trata de un poder que muestra tan alto nivel de irracionalidad y cuya avidez producirá, en el futuro próximo, un colapso económico mundial que terminará por arrastrar también a la minoría que lo detenta. Si no fuera tan terrible, debido a los devastadores efectos sociales que provoca, sería hasta gracioso observar a esta especie de aspiradora monstruosa que se chupa

---

<sup>17</sup> “El comunismo es el poder de los soviets más la electricidad”. *El Estado y la Revolución*, Lenin. Editorial Nuestra América, 2004.

todo hasta terminar por aniquilarse a sí misma. No resulta fácil comprender las motivaciones que tienen esas minorías para impulsar un proyecto tan delirante; tal vez los Señores del Dinero estén, simple y llanamente, locos y posesos de la codicia.

Pero lo que se entiende aún menos es que el resto del mundo esté tan dispuesto a bailar esa danza frenética. A modo de anécdota, llega a ser chocante observar que al presentarse, casi como un dato más de la farándula, la clasificación de los hombres más ricos del mundo que publica la revista *Forbes*, los mismos que se debaten en la angustia del “qué comer” o el “cómo pagar la salud” se enorgullezcan al ver a alguno de sus connacionales en la monstruosa lista. Lo que debería ser un hecho que despierte la indignación y la rebeldía, se convierte casi en un motivo de orgullo nacional. Pero si el poder político, en casi todas partes, es cómplice y súbdito servil de la casta económica, los pueblos parecen estar despertando y comienzan a calibrar la magnitud y los alcances de ese delirio, con el altísimo costo que tiene para sus vidas.

*2. Debes convencer a todo el mundo de que tú eres el único factor importante para el aumento de la productividad y el crecimiento económico.*

Cuando esa creencia se instala, los pueblos están más dispuestos a sacrificarse y aceptar condiciones indignas con tal de que ese capital llegue: que no pague impuestos y que se lleve las ganancias que genera en el país hacia el circuito especulativo internacional, que no deje nada más que migajas. Y después decimos satisfechos: “¡Qué buen negocio!”. En ese momento, los países, las empresas y hasta las personas se han convertido en mendigos, aceptando cualquier despojo que les quiera arrojar el capital financiero. La necesidad tiene cara de hereje, dice el aforismo y frente al dinero, la dignidad humana se debilita.

*3. Si quieren atraer tu competencia, debes exigir condiciones que aseguren tu máximo rendimiento.*

Los países y las sociedades son extorsionados por el capital financiero para obtener condiciones favorables de inversión, exigiendo básicamente tres cosas: legislaciones laborales, impositivas y ambientales débiles que le permitan explotar a los trabajadores, no pagar impuestos y depredar el medio ambiente. Ejemplos hay muchos y baste sólo citar el caso del cobre en Chile, Perú y otros países, donde se ha modificado la legislación minera para que puedan sacar todas sus ganancias sin tributar prácticamente nada. Y cualquier intento de esos países para aplicar algún impuesto o royalty como retribución mínima por la

extracción de sus propios minerales, suscita la amenaza inmediata de mover la inversión hacia otros lugares. Y si la legislación no bastara, siempre se puede disponer de otros métodos algo menos delicados, como muy bien lo saben en Medio Oriente.

Cabe preguntarse por qué se aceptan estas exigencias leoninas, tan perjudiciales para los países. Si suponemos que quienes gobiernan son hombres y mujeres que realmente quieren el bien para sus pueblos, no habría como entenderlo. Entonces la lógica es otra y sólo existe una respuesta posible: hay funcionarios pagados por el capital, con acceso a los niveles de decisión, que inclinan la balanza a su favor. Por ello es una ilusión pensar que, en el marco de este sistema, vaya a lograrse una mejor distribución del ingreso. Eso no es posible porque amenazaría la máxima utilidad del capital.

Por cierto, no se trata de rechazar la inversión extranjera por una cuestión de principios sino que por las condiciones en las que ésta se realiza. De hecho, seremos los primeros en darle la bienvenida siempre y cuando cumpla con cinco requisitos básicos: que se invierta en actividades productivas *nuevas* en vez de, simplemente, adquirir acciones de aquello que ya existe; que pague impuestos por las utilidades obtenidas, como lo hace cualquier otra empresa nacional; que genere empleos intensivos y de buena calidad; que su gestión productiva sea ambientalmente sustentable; que realice transferencia tecnológica hacia las universidades locales. En esas condiciones, muy diferentes a las que obtiene hoy, esa inversión es un aporte y se transforma en factor de desarrollo para nuestros países.

*4. Debes forzar a los pueblos a adoptar un modo de vida único, basado en el modelo de libre mercado.*

El objetivo de la internacionalización de los mercados ha estado presente desde el comienzo en el delirio hegemónico de los Señores del Dinero y la globalización es la etapa final de ese proceso: un solo gran mercado universal, la homogeneización de los modos de producción y de intercambio, una división internacional del trabajo con países que aportan materias primas y otros que las procesan industrialmente. Por cierto, nada de esto es “natural” ni “libre”, como les gusta decir a los promotores a sueldo del modelo sino, más bien, se trata de un dirigismo encubierto y responde a una planificación estratégica muy precisa.

No deja de ser paradójico el hecho de que quienes poseen las mayores reservas energéticas del planeta para hacer viable este proyecto pertenezcan a otra cultura que no comparte la

visión del mundo ni el modo de vida capitalista. Ahí, en la urgencia de lograr libre acceso al petróleo por parte de Occidente, se encuentra la razón de fondo para las invasiones y guerras en el Medio Oriente, no en las justificaciones baratas que se difunden a través de los medios de comunicación. No podemos dejar de recordar aquel chiste que circuló por Internet después de la invasión de Estados Unidos a Irak, en el que Bush le preguntaba a su Secretario de Defensa: “¿Por qué hay tantos iraquíes viviendo sobre *nuestro* petróleo?”. Éste es también el motivo del enojo del gobierno norteamericano con Hugo Chávez. El gigante del norte no está habituado a que el presidente de un país sudamericano le levante la voz, rechazando su orden económico y denunciando sus atropellos. Pero esta insolencia le gusta aun menos cuando proviene de quien es uno de sus mayores proveedores de petróleo. Ése es el principal problema para ellos.

5. *Debes debilitar el estado nacional y poner al poder político a tu favor.*

Ya lo anticipaban Marx y Engels en el Manifiesto Comunista, hace más de 150 años:

*“La burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”*<sup>18</sup>.

Los políticos “tranquilizan” al pueblo con sus promesas electorales, aunque saben que al llegar al poder no podrán cumplirlas. Una vez electos, traicionan a sus electores y se someten a todas las condiciones que les pone el capital financiero, mientras manipulan a la opinión pública con los índices macroeconómicos y las expectativas de bienestar, que nunca se cumplen para esas mayorías falsamente esperanzadas. Pero aun si llegaran a darse cuenta, no tendrían forma de remover a esos gobernantes incumplidores, porque hoy no existe ningún mecanismo para hacerlo salvo esperar hasta la próxima elección<sup>19</sup>. Al mismo tiempo, al Estado se le restringen cada vez más los recursos, dejándolo sin posibilidades materiales para resolver realmente las carencias sociales, con lo cual, quienes aparecen como responsables y sufren el desprestigio público son los gobernantes y no el capital financiero (¡lo tienen todo bien calculado!).

---

<sup>18</sup> *Manifest der Kommunistischen Partei*, por su título en alemán, es una proclama encargada por la Liga de los Comunistas a Karl Marx y Friedrich Engels en 1847 y publicado el 21 de febrero de 1848.

<sup>19</sup> En 1990 la diputada humanista chilena Laura Rodríguez propuso una Ley de Responsabilidad Política, que permitiría remover de su cargo a cualquier autoridad que habiendo prometido algo, luego no hiciera ninguna gestión para cumplir con su promesa. Por supuesto que el proyecto de ley jamás fue ni siquiera puesto en tabla para su discusión.

Hay muchas otras medidas suplementarias que no vamos a detallar aquí, como la desestructuración del tejido social, la desactivación de la movilización popular y generacional, la hipnosis televisiva, la esclavitud del endeudamiento bancario; y si la paciencia de los pueblos se agota y empiezan a corcovear, a ponerse ariscos, entonces viene la época de la mano dura. Sólo hemos querido develar y poner en evidencia que nada de lo que sucede hoy es producto del azar o de “leyes naturales”, sino que hay intenciones humanas operando desde hace décadas para instalar un determinado modo de vida que favorezca a unas minorías en desmedro de las mayorías, adecuadamente distraídas para inhibir o debilitar su reacción. Manuel Vásquez Montalbán dice en el prólogo al libro *El Informe Lugano* de Susan George:

*“La globalización implica no sólo el objetivo de un gran mercado universal marcado por las pautas del neoliberalismo más salvaje, sino un control total de las conductas, impidiendo la simple posibilidad de insinuar, diseñar o practicar la disidencia”<sup>20</sup>.*

En la medida en que los pueblos logren percibir este hecho, tendrán la fuerza y la convicción para rebelarse y tomar el destino en sus manos.

### **Frente a un poder absoluto, dos contrapoderes.**

Desde que la conciencia humana se articuló como tal, la libertad se ha constituido en su máxima aspiración y en una tarea constante. Todo el laborioso quehacer de nuestra especie a lo largo de la historia ha estado fundamentalmente acicateado por el anhelo profundo de romper con aquellos condicionamientos y trabas que limitan su ejercicio pleno. En este empeño liberador, hemos esclavizado a las plantas, a los animales y a las fuerzas naturales, hasta la reciente invención de las máquinas como aplicación práctica de los avances científicos. También hemos esclavizado muchas veces a nuestra propia especie, una práctica que hoy día es considerada aberrante e inaceptable, aunque su abandono se debió, en principio, más a razones económicas que éticas: era más productivo un trabajador pagado que un esclavo.

Si dejar atrás la esclavitud directa, del modo que fuera, resultó una gran conquista para la libertad humana, las concepciones totalitarias posteriores que ponían el poder absoluto en manos del Estado volvieron a encadenar a las sociedades anulando o reprimiendo el control

---

<sup>20</sup> *Informe Lugano. Cómo preservar el capitalismo en el siglo XXI* (9ª edición), Susan George. Editorial Icaria. Barcelona.

que sobre ese centro neurálgico ejercían las poblaciones organizadas. Cuando pudimos liberarnos de tan ominoso dominador, avanzamos un paso más y creímos haber alcanzado, por fin, la verdadera democracia. Pero estábamos equivocados puesto que ahora nos vemos enfrentados a una nueva forma de absolutismo, sólo que su actuar es solapado, subterráneo e invisible. Un dictador que saca los militares a la calle, que tortura y hace desaparecer opositores, que aparece en la televisión haciendo discursos patrióticos es mucho más fácil de identificar como enemigo que un fondo internacional de inversiones, al que nunca se lo ve y del que no se conoce ni su nombre ni su ubicación precisa, pero que es capaz de mover millones de dólares para hacer caer una economía o un gobierno ¿Qué contrapeso podemos oponer al totalitarismo del capital financiero para limitar su acción, cuando ni siquiera alcanzamos a percatarnos de su existencia?

El Estado se encuentra desacreditado, debilitado y se ha convertido en dócil instrumento de esta nueva tiranía. El tejido social, que era la base del poder de las poblaciones, se encuentra totalmente desintegrado. La manipulación mediática distrae y controla a los individuos que se rinden antes de alcanzar siquiera a darse cuenta. El nivel de aturdimiento y paralización general es la condición ideal para que el capital financiero tenga el camino abierto y pueda saquear a las sociedades del planeta entero a su antojo y conveniencia. La limitación del poder estatal y la desregulación de los mercados locales, cuyas “bondades” ensalzan a coro, con total liviandad y aparente convicción, los líderes políticos y económicos de todas partes, no son más que tácticas utilizadas por el capital financiero para anular cualquier otro poder y asegurar su libre circulación por el mundo.

Sin embargo, si los pueblos son capaces de elevarse por encima del distraimiento generalizado, tal vez aún sea posible contener a esta fuerza irracional y sin control, a pesar del avance arrollador que la ha llevado a convertirse en los últimos años en un fenómeno universalmente extendido. Pero, para lograr este urgente propósito es necesario levantar contrapoderes equivalentes que le arrebatan al capital financiero el dominio absoluto que hoy ejerce, de modo que las sociedades consigan recuperar su soberanía e independencia. En principio, existen tan sólo dos vías para crear esos contrapesos: recuperando la autonomía del Estado a través de la lucha electoral y reconstruyendo el tejido social y la organización ciudadana mediante un trabajo intencional en la base, capaz de articular un

auténtico movimiento social. Así, el Estado podrá encuadrar al capital mientras que la comunidad organizada cumpla la función de regular al poder estatal.

No parece posible hacer desaparecer al capital financiero, que hoy es un poder de hecho y no de derecho. Más bien, se trata de ponerle los encuadres necesarios para obligarlo a comportarse dentro del marco definido por los planes sociales de cada país y no, como sucede hoy, que esos planes locales deban acomodarse a los mandatos de un poder internacional, lo que constituye, en esencia, la prédica del fundamentalismo globalizador. En Latinoamérica, Venezuela y muy especialmente Bolivia son intentos esperanzadores y, hasta el momento, han demostrado para todos los demás pueblos de la región que ambos caminos —la recuperación del Estado y la reorganización de la base social— son viables.

En realidad, se trata de dos experiencias con características bastante disímiles entre sí, pero convergentes en sus búsquedas. El caso venezolano corresponde a una revolución iniciada desde arriba, por un teniente coronel del ejército que primero intenta acceder al poder mediante un golpe militar y que, luego de estar preso por varios años, regresa como candidato presidencial y triunfa arrolladoramente en las elecciones. Desde ese cargo y utilizando los enormes recursos de uno de los países más ricos del planeta, gracias a sus yacimientos de hidrocarburos, comienza un proceso de transformación social, inyectando importantes sumas de dinero en salud, educación y vivienda. Simultáneamente, avanza en una intensa agenda de integración latinoamericana, que se comienza a materializar en torno al ALBA<sup>21</sup> y otras iniciativas como PetroCaribe, PetroSur, Telesur, Operación Milagros, Oleoducto al Sur, compra de bonos de la deuda externa de otros países de la región, etc. Sin embargo, en ese proceso ha sido crónica la falta de cuadros medios, de organizaciones de base capacitadas que permitan multiplicar los efectos de la llamada revolución bolivariana. Por su lado, el intento boliviano se produce en uno de los países más pobres del continente, pero con una enorme capacidad de organización social. Allí el proceso se construye desde la base, a través de grandes movilizaciones para reivindicar derechos ciudadanos, como la ya famosa “guerra del agua” con la cual los habitantes de Cochabamba recuperaron el agua que había sido privatizada por una multinacional norteamericana. Es así que un dirigente social de base, formado en las calles, al calor de las protestas y movilizaciones, llega a la

---

<sup>21</sup> Alternativa Bolivariana para las Américas, propuesta el año 2001 por el Presidente de Venezuela Hugo Chávez, en contraposición al ALCA estadounidense.

presidencia con un programa de nacionalizaciones, de igualdad de derechos para los pueblos indígenas, de reforma agraria y de justicia comunitaria. En ambos casos, habrá que ver ahora si son capaces de sostenerse en el tiempo y consiguen darle profundidad y solidez a sus respectivos proyectos político-sociales.

El historiador inglés Arnold Toynbee (1889-1975) utiliza el concepto griego de *hibris* (desmesura) para describir el estado de desproporción al que entran las civilizaciones en aquel momento de su proceso que anticipa la decadencia, ya que tal exceso o frenesí de la potencia creadora, que es el corazón de una cultura, se vuelve en su contra y termina por arruinar a las sociedades que debía favorecer. Cada civilización ha sufrido su propia forma de desmesura y ya casi no caben dudas respecto de que, en el caso de la nuestra, corresponde a este actuar desorbitado del gran capital, una fuerza que se ha excedido por mucho en su despliegue y está a punto de hacer colapsar todo el sistema si no se la controla. Aunque, a estas alturas, esta tarea constituya un enorme desafío y no se pueda estar del todo seguro si ya no es demasiado tarde, bien vale la pena intentarlo porque, en el caso de fracasar o de renunciar por anticipado a llevarla adelante, el proceso seguirá mecánicamente el curso descrito, con un único y desastroso desenlace posible.

### 3. La globalización, un callejón sin salida

---

*Haremos lo mismo de siempre, Pinky: tratar de conquistar el mundo.*

*Cerebro*

#### **La paradoja de sistema.**

La crisis actual está marcada por un hecho singular en nuestra historia: el mundo, la sociedad humana, va en la dirección de convertirse en un sistema cerrado y único. Y esto, ¿en qué me afecta a mí?, habrá de preguntarse más de alguno. Pues bien, sucede que la dinámica estructural de todo sistema cerrado es la tendencia al aumento del desorden; y al pretender ordenar ese desorden creciente, lo único que se logra es acelerarlo. De manera que aunque un individuo aislado quiera vivir en paz, no podrá sustraerse al caos que está afectando a esa estructura que lo incluye<sup>22</sup>.

Es así que, cuando desde un centro imperial se intenta imponer un Nuevo Orden mundial disciplinando a las sociedades para que se sometan a un único patrón socio-cultural, lo que se obtiene es exactamente lo contrario, como se está viendo todos los días en los medios de comunicación mundiales: se acentúan las diferencias y se polarizan los conflictos. Con una característica particular, propia del momento: esos conflictos hoy no son geopolíticos como sucedió durante la Guerra Fría, son culturales y étnicos. Recuérdese la guerra de los Balcanes o el conflicto con el Islam, por nombrar los más importantes.

Hay muchos indicadores de este “desordenamiento” progresivo que describimos y que, por simple inercia, podría tender a acentuarse en el futuro hasta llegar a la descomposición total del sistema. El que haya caído la Unión Soviética hace algunos años atrás no es una victoria del Capitalismo, como tienden a verlo interesadamente los defensores de dicho modelo; por el contrario, puede ser un anticipo de lo que sucederá con este otro lado en un futuro próximo. Si la caída del sistema capitalista resultara algo inimaginable, no está de más recordar que en la Unión Soviética nadie sospechaba siquiera la posibilidad de un derrumbe tan rápido, estrepitoso y total como el que finalmente se produjo. La gente despertó una

---

<sup>22</sup> De acuerdo con el Segundo Principio de la Termodinámica, un sistema cerrado es aquel que no tiene intercambio de energía con otro sistema. En esa situación, la degradación energética se produce en forma inevitable hasta llegar a su muerte térmica, momento en el que ningún fenómeno puede producirse ya en el seno de ese sistema. Hasta el momento, nada parece poder escapar a este destino, ni siquiera la vida humana. (*El azar y la necesidad*, Jacques Monod. Ediciones Orbis. Barcelona, 1985).

mañana y el poderoso Estado Soviético había dejado de existir. “No puede ser”, “es increíble”, eran las expresiones más escuchadas por todas partes y se dio el caso gracioso de un astronauta ruso que despegó con un sistema y aterrizó con otro. Pues bien, así son los procesos sociales. En el año 1989 nos reunimos en Berlín Oriental con algunos de los jefes de ese país y, teniendo al Muro como paisaje de fondo, preguntamos casi ingenuamente cuánto tiempo duraría ese muro. Con gran seguridad histórica (y también histriónica) nos respondieron que, sin duda, no sería necesario para siempre y que ellos estimaban que en cincuenta años más no estaría ahí. Pocos meses después, ya no estaban ni el muro ni los solventes jefes. Los procesos sociales no son lineales ni responden a las planificaciones de uno u otro bando, porque si algo hay de maravilloso en el ser humano es su radical impredecibilidad.

Como se ve, a estas alturas ya no se trata de la buena o mala voluntad de individuos o pueblos sino de *una mecánica* que en algún momento de la historia una minoría irresponsable puso en marcha, abusando del poder arbitrario que detentaba y que hoy sigue su curso inercial, sin que los seres humanos incluidos en ese sistema cerrado podamos modificarlo. El problema, entonces, no está en los contenidos sino en el “continente”, más aún si es el único que existe. Lo que estamos diciendo es que, por más que lo intentemos, no será posible resolver los graves problemas sociales y humanos que aún subsisten en el mundo y en nuestra sociedad particular *si no abrimos el sistema*<sup>23</sup>. ¿Pero abrirlo hacia dónde si no hay otro distinto? Ése es el punto. Tal vez porque las poblaciones perciben intuitivamente esta dificultad es que comienzan a buscar señales de otras formas de existencia en el espacio exterior. Entonces, no ha de extrañar que a medida que aumenta la presión social, la angustia y la pérdida de sentido, se hagan cada vez más frecuentes los avistamientos de ovnis y los relatos de encuentros fantásticos con los visitantes interestelares, esperados como verdaderos salvadores externos de la encerrada situación planetaria.

Cabe hacer notar que cuando este mismo proceso se produjo en anteriores culturas y civilizaciones, no se trataba de imperios mundiales. Eso significó que el intento

---

<sup>23</sup> Abrir un sistema significa romper el equilibrio energético que le impide funcionar. Cabe hacer notar que, para la termodinámica, uniformidad (o equilibrio) equivale a desorden y muerte del sistema, ya que desaparecen en su interior las diferencias de potencial que le otorgan su capacidad de trabajo.

hegemónico fuera limitado, con lo cual quedó asegurada la reserva de diversidad en las periferias más lejanas de esos imperios. Esas reservas fueron el germen de las nuevas civilizaciones que reemplazaron a la cultura dominante, cuando ella entró en decadencia. Hoy día, preservar esa diversidad es mucho más difícil porque el fenómeno tiene carácter global. Pero, por lo mismo, es aun más necesario porque si no, ¿de dónde saldrán las alternativas que reemplazarán a la cultura dominante, que ya ha comenzado a decaer aceleradamente? De manera que la preservación de la diversidad cultural no es ya un nostálgico ejercicio de etno-folklorismo sino que una necesidad histórica.

### **La globalización y sus consecuencias.**

La etimología de la palabra “homogeneidad” es algo así como “el mismo gen”. ¿Alguien puede imaginarse a la naturaleza apostando a una sola especie, a una forma de vida única? Si el proceso evolutivo se hubiera dado de ese modo, la vida no habría durado mucho sobre la faz de la Tierra y la especie humana no habría existido nunca. La vida, en su despliegue incesante de adaptación creciente al medio, se apoya en la diversidad, asegurándose que algunas de las infinitas respuestas de adaptación que continuamente da, tendrán éxito y seguirán adelante.

Pues bien, nosotros los seres humanos, empujados por la estupidez patológica de nuestros actuales líderes, estamos haciendo justo lo contrario: apostar a la homogeneización, a un estilo de vida único, a una sola respuesta de adaptación que se ha tratado de generalizar por la fuerza a todo el planeta. Eso es la globalización. ¿Y si fracasa, tenemos un plan B?, se preguntará alguien con más sentido común del que tienen aquellos que nos dirigen. La respuesta es que, en este momento, esa alternativa no existe, o, para no ser pesimista, existe pero está débilmente socializada. Como se sabe, este particular estilo de vida vio la luz con el surgimiento del Capitalismo, fuertemente potenciado por la Revolución Industrial. De allí en adelante, hemos asistido al nacimiento y expansión de una burguesía cada vez más poderosa que ha luchado por adueñarse del mundo. Este proceso ha pasado por varias etapas hasta llegar al momento actual, en el que la concentración del poder financiero tiene postrada a la industria, el comercio, la política, los países y los individuos. Se ha llegado a la etapa de sistema cerrado y en esa situación no queda otra alternativa que el aumento de la entropía hasta su total desestructuración.

Ya hemos descrito cómo el capital financiero internacional tiende a homogeneizar la economía, el Derecho, las comunicaciones, los valores, la lengua, los usos y costumbres. Mientras arriba se va consolidando ese monstruoso paraestado que intenta controlarlo todo, abajo el tejido social seguirá su proceso inexorable de descomposición. Estas tendencias contradictorias se irán acentuando hasta que la antigua obsesión de uniformar todo en manos de un mismo poder se desvanecerá para siempre. Lo que sigue después es lo mismo que hemos visto en las decadencias de otras civilizaciones, salvo por el hecho de que, al ser éste un sistema mundial cerrado, no hay expresiones humanas distintas que puedan reemplazar lo que se cae. Sólo podemos esperar una larga y oscura “edad media” mundial. A menos que...

### **La apertura de un sistema cerrado: de lo “mono” a lo “multi”.**

La tendencia a uniformar las cosas parece ser característica de los últimos dos o tres siglos de nuestra historia. De hecho, si no nos uniformábamos hacia “la derecha”, como sucede hoy, lo habríamos hecho hacia “la izquierda”, ya que los socialismos reales tenían una compulsión parecida. Cuando Mao lanzó su revolución cultural, dijo: “Que florezcan mil flores”; el lema sonaba bien, pero después se encargaron de precisar que todas las flores debían de ser iguales. Los totalitarismos son malos para los individuos, porque restringen o anulan su libertad por la fuerza. Pero cuando un totalitarismo se impone sobre toda la especie humana, como sucede con la globalización, eso ya es un desastre mayúsculo porque nos deja sin otras opciones de respuesta.

La pregunta que surge frente al dilema planteado es: ¿hacia dónde puede abrirse un sistema cerrado si es único? La única respuesta posible es un tanto extraña: hacia adentro, hacia su propia diversidad. Afortunadamente, los seres humanos no somos sólo condiciones objetivas sino, fundamentalmente, subjetividad que varía de individuo en individuo en un maravilloso despliegue multicolor. Este jardín infinito que constituye la intención humana manifestándose en el mundo es la principal reserva de diversidad que tenemos para encontrar una salida frente a los caminos que parecían cerrados; y eso es lo que los pueblos de distintas latitudes parecen estar intuyendo: estamos pasando de lo único a lo múltiple, mal que les pese a los señores del poder<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> En sistemas alejados del equilibrio, la disipación de energía permite a veces observar la creación de un orden local. Ilya Prigogine, físico belga y Premio Nóbel de Química 1977, ha descrito esas formaciones, que denomina estructuras

En este nuevo marco contextual que comienza a irrumpir, la diversidad no sólo es tolerada como algo ineludible, sino que se la *valora*, al comprender que en ella está el germen del futuro. El argumento de este nuevo paradigma ya no es lo económico sino lo cultural, entendiendo por cultura a la diversidad de estilos de vida, de relación y de producción que se están proponiendo en reemplazo del modelo único central. Desde esta óptica, lo económico es una parte de la cultura y no al revés, como está planteado hoy por el mercantilismo imperante.

Por todas partes, el interés por lo genuinamente humano ha comenzado a desplazar a los intereses de esa fuerza abstracta, uniformadora e inhumana que es el dinero. Por ello, las urgentes transformaciones sociales y económicas que se requieren deben orientarse a impedir cualquier forma de concentración de poder que inhiba o reprima la expresión de esa diversidad. En esa dirección apuntan la superación de la democracia representativa por una plebiscitaria, la regionalización efectiva y la empresa de propiedad de sus trabajadores, por poner algunos ejemplos.

Los verdaderos artistas se adelantan al futuro. Cuando las vanguardias de comienzos del siglo XX dijeron que el arte no es para copiar la realidad externa sino para crear nuevas realidades, dijeron una gran verdad. Los surrealistas proclamaban que “hay otros mundos pero están en éste”; el poeta chileno Vicente Huidobro proponía a sus pares que no cantaran a la rosa sino que la hicieran florecer en el poema. En otras palabras, valoraban más la dimensión subjetiva y creadora del ser humano que su realidad concreta, exactamente a la inversa de lo que sostiene la actual cultura materialista que ha intentado imponerse. Un siglo después comienza a realizarse, aún tímidamente, el sueño de esos visionarios.

### **El proyecto de los pueblos.**

La mundialización es una antigua aspiración humana que está tomando forma hoy gracias al enorme desarrollo de las tecnologías de comunicación, que mantienen conectados todos los puntos del planeta instantáneamente. La globalización, en cambio, es el proyecto de una minoría económica poderosa que se monta parasitariamente sobre esa tendencia mundializadora y utiliza los medios de comunicación para difundir sus paradigmas. El

---

disipativas. Dichas estructuras rompen la tendencia al aumento de la entropía del sistema y generan lo que Prigogine ha llamado una bifurcación. (*El pensamiento de Prigogine*, Arnaud Spire. Editorial Andrés Bello, Chile, 2000.). De acuerdo con nuestra hipótesis, las variantes culturales al interior de la especie humana producirían lo mismo y se abrirían una o más bifurcaciones que romperían la tendencia mecánica a la desestructuración total del sistema.

mismo nombre da cuenta del énfasis territorial y geopolítico de su propuesta (el globo terráqueo), muy lejos de las auténticas preocupaciones humanas.

Cabría esperar que esos modelos, que tanto trabajo se toman en propagar, dieran cuenta de un ser humano más evolucionado pero, desgraciadamente, no es así. Más bien al contrario, se trata de un salto pero hacia atrás: del *homo sapiens* estaríamos involucionando al *homo oeconomicus* o, peor aun, retrocediendo hasta el *homo erectus* o tal vez más allá. Es decir, volviendo a ser vulgares animales de rapiña, lo mismo que éramos hace tres millones de años, en los albores de la especie humana, sólo que con algunas herramientas algo más destructivas que las hachas de sílex. Han estado a punto de lograrlo, pero da la impresión de que los pueblos están reaccionando y la discusión final será entonces entre naturalización o humanización, entre un ser humano objeto o sujeto, pasivo o activo, mecánico o intencional. Nada nuevo, siempre lo mismo: lo natural versus lo humano.

Si la globalización es el proyecto de las cúpulas que, afortunadamente, parece estar fracasando, el proyecto de los pueblos es uno muy distinto aunque también tiene alcance mundial: los pueblos aspiran a construir una *nación humana universal*, que consiste en una confederación de naciones, multiétnica, multicultural, multiconfesional; se trata, en suma, de la convergencia de la diversidad humana. Aunque los manipuladores a sueldo los quieran asimilar, son proyectos antagónicos: mientras las cúpulas se pelean el “globo” y promueven o imponen por la fuerza la homogeneización que —creen ilusamente— les permitirá controlar todo, los pueblos van recogiendo en su sensibilidad las genuinas aspiraciones humanas y apuestan sabiamente a la diversidad.

La integración, cualquiera sea el nivel en el que se dé (nacional, regional o mundial), sólo puede construirse a partir del respeto y la valoración de lo distinto. Tratar de uniformar lo diverso no sólo es un error histórico, como ya lo hemos expuesto, sino que además es un paso seguro y rápido hacia el efecto contrario, la desintegración: frente a una acción se está produciendo la reacción proporcional. Entonces, en la medida en que esa fuerza aumente, se multiplicarán los separatismos, las luchas étnicas, las guerras civiles y todas aquellas reacciones que tienen los pueblos cuando sienten aplastada o negada su identidad por un suprapoder arbitrario. Así, las dos tendencias opuestas quedan nítidamente perfiladas: integrar la diversidad cultural y étnica implicará resolver difíciles problemas, pero es un

camino evolutivo, ascendente, libertario; en cambio, pretender uniformar lo múltiple para controlarlo es una dirección involutiva, arbitraria y forzosamente violenta.

El Documento Humanista<sup>25</sup> dice lo siguiente:

*“Los humanistas no desean un mundo uniforme sino múltiple: múltiple en las etnias, lenguas y costumbres; múltiple en las localidades, las regiones y las autonomías; múltiple en las ideas y las aspiraciones; múltiple en las creencias, el ateísmo y la religiosidad; múltiple en el trabajo; múltiple en la creatividad.”*

Ése es el mundo que comienza a emerger en el amanecer del siglo XXI. Pero para que ese nuevo mundo se consolide, se hace urgente y necesario modificar radicalmente el sistema de relaciones sociales y económicas que hoy nos rige, porque la floración de la diversidad requiere de una tierra fértil y acogedora para desplegarse, no el agresivo páramo que quieren imponernos los poderosos.

---

<sup>25</sup> *Cartas a mis amigos*, Sexta Carta. Silo, Obras Completas Vol 1. Editorial Plaza y Valdés, Argentina. 2004.

## 4. El absurdo económico

---

*Cuanto peor, mejor.*

*Trotsky*

### **Violencia económica y explosión social.**

Gracias a la intensa y eficiente manipulación mediática que practican a diario los formadores de opinión del sistema, tenemos asociada la palabra “revolución” a desorden, violencia y destrucción social en general. Se trata de un vocablo a tal punto desprestigiado que aquellos políticos y líderes que antes acostumbraban a usarlo profusamente en sus discursos y proclamas, hoy prefieren evitarlo como si fuera una blasfemia. Aunque es cierto que, bastante a menudo, la conquista del poder por parte de las organizaciones radicales se ha conseguido utilizando la fuerza, la verdad histórica indica que, en casi todos los casos, el caos generalizado era una consecuencia del estrepitoso fracaso del orden imperante y no de la acción revolucionaria. Esos grupos pueden haber aprovechado las “condiciones objetivas” de malestar social para agitar y, de ese modo, llevaron agua a su propio molino, pero no eran ellos los responsables del levantamiento popular. *Las verdaderas causas de esas explosiones sociales se hallaban en las condiciones de violencia y sufrimiento que, durante largo tiempo, le habían sido impuestas al pueblo por el poder establecido.*

Para poner sólo un ejemplo, en la Rusia zarista de 1917 la gente moría de hambre y la situación de injusticia social era tan atroz que desembocó en múltiples levantamientos, muy anteriores a la toma del poder político por parte de los bolcheviques, obligando incluso al zar Nicolás II a abdicar. Cuando Lenin y sus compañeros llegaron al gobierno, varios meses después, se encontraron con un país en ruinas, involucrado en una guerra que lo había desangrado económicamente y con un pueblo sometido a siglos de servidumbre y miseria. Los revolucionarios no destruyeron al país sino que, por el contrario, debieron reconstruirlo íntegramente desde la situación de catástrofe en que lo había sumido la prolongada autocracia zarista y para ello hubieron de desplegar ingentes esfuerzos, dada la colosal magnitud de la tarea. La forma en que reorganizaron a esa sociedad sí que fue revolucionaria, pues implicó un cambio súbito y profundo de las estructuras sociales, rompiendo con el modelo anterior e instalando otro completamente distinto.

El caos y la explosión social no son otra cosa que la *reacción proporcional de los pueblos* frente a unas condiciones existenciales violentas que les imponen las minorías gobernantes. Los sistemas sociales se revolucionan cuando la presión popular se desborda y ya no logra ser controlada ni a través del adormecimiento colectivo ni mediante los procedimientos represivos habituales. Entonces —y sólo entonces, cuando el desorden se ha generalizado— queda en evidencia, dolorosamente para la mayoría, el fracaso de un determinado orden. Una vez puestos frente a este escenario, existen sólo dos cursos de acción posibles: o se acentúa la represión por parte del poder establecido, avanzando hacia sistemas autoritarios de corte fascista (habitualmente, tales regímenes se instalan con la justificación de evitar una guerra civil inminente) o se modifican radicalmente las condiciones que producen ese profundo malestar popular.

Como se ve, la respuesta revolucionaria es imperativa cuando se busca restablecer un orden social quebrado por la violencia económica sostenida, sobre todo si no se quiere entrar en la siniestra espiral del autoritarismo represivo y homicida, cuyas atroces consecuencias conocemos de sobra los latinoamericanos. Cuando una sociedad llega a ese punto de quiebre, como consecuencia de la ambición ciega de los poderosos, más que por la acción desestabilizadora de las organizaciones radicales, *no existen otras opciones*. Sin embargo, los actuales gobernantes parecen no darse cuenta de que casi en todas partes ya se ha llegado a esa situación límite y siguen apostando a un parsimonioso gradualismo, como si tuvieran todo el tiempo del mundo; o bien, se dedican a la administración provisoria de los conflictos a través de la irónicamente denominada “chequera corta”, con la secreta pretensión de que la cuerda pueda estirarse aún un poquito más y que los pueblos van a seguir aguantando indefinidamente nuevas postergaciones en el cumplimiento de sus demandas. Esta actitud irresponsable y acomodaticia revela una profunda ignorancia respecto del funcionamiento de las dinámicas sociales. Uno de los maestros en este arte de la postergación por la vía de las dádivas oportunas es el expresidente de Chile, Ricardo Lagos, un socialdemócrata típico. Cada vez que algún sector social elevaba la voz y comenzaba a movilizarse por alguna reivindicación concreta, el personaje mencionado anunciaba, con gran despliegue mediático, algún subsidio, bono o aguinaldo miserable, con el que apagaba el incendio social que se le venía encima, sin llegar jamás a modificar estructuralmente la situación que originaba la angustia del sector movilizado. Esa política le

significó abandonar el poder con un altísimo nivel de apoyo popular, pero como nada había cambiado en realidad, los conflictos le han explotado en la cara a su sucesora.

Al interior de América Latina, Chile es “el modelo del modelo” y se lo ha hecho aparecer como el país más exitoso de la región en cuanto a desarrollo económico y conquistas sociales. De hecho, tanto en esta región como en Europa, hemos escuchado todo tipo de alabanzas hacia ese país mítico que, por supuesto, no coincide con el Chile real. ¿Cómo ha llegado a adquirir entonces esa imagen idealizada? Bueno, como se hace todo hoy día: a través de la propaganda financiada por las grandes corporaciones multinacionales financieras, mineras, pesqueras y forestales que utilizan a Chile como plataforma publicitaria para “exportar” el éxito de sus políticas económicas. Por supuesto que cuando se habla de las bondades del modelo chileno se cuidan muy bien de no mostrar la otra cara, pero existe una gran distancia entre el Chile real y el Chile publicitario. Lo que sucede es que ni los trabajadores, ni los mapuches, ni los estudiantes tienen la oportunidad de recorrer el mundo para dar a conocer su realidad y mostrar ese lado oculto. Todos los problemas sociales que constituyen el *fracaso del éxito* han sido deliberadamente escondidos.

Pero en el último tiempo ya comienzan a hacerse visibles en ese país los síntomas de aquella efervescencia popular que describimos. El crecimiento explosivo e incontrolable de la delincuencia se parece cada vez más a una forma de distribución forzada y violenta de la riqueza por parte de los más desposeídos que a una conducta antisocial de excepción, a pesar de los comentarios claramente interesados de los emisarios políticos del poder económico, que exigen a los gobiernos de turno más represión para neutralizar esta “lacría social” (exigencias que no hacen más que confirmar el trasfondo autoritario de tales agrupaciones, contradiciendo el cacareado e hipócrita *mea culpa* por el apoyo incondicional que, en su momento, le entregaron a las dictaduras militares). La movilización sostenida de amplios sectores para exigir satisfacción a sus necesidades básicas como salud, educación o vivienda ha constituido una incómoda herencia para el actual gobierno conducido por la socialista Michelle Bachelet. Todas estas manifestaciones, en un país al que se exhibe como máximo ejemplo de avance hacia el desarrollo gracias a la aplicación estrictamente ortodoxa de una política económica neoliberal, admiten una sola interpretación: el crecimiento económico está muy lejos de ser sinónimo de distribución. De hecho, Chile

ostenta un oprobioso record: posee una de las peores distribuciones del ingreso en el mundo y una gigantesca brecha social.

### **La marcha de los postergados.**

Desde que el mañoso paradigma del chorreo no se cumplió nunca en ninguna parte, el argumento más fervientemente enarbolado hoy por los apologistas del modelo neoliberal sostiene que el esfuerzo más importante de un país debe estar puesto en alcanzar, año a año, una alta tasa de crecimiento porque eso significa que se está produciendo más, con el consecuente aumento de los puestos de trabajo. De acuerdo con esta lógica, el empleo sería entonces el mecanismo distributivo por antonomasia y, de allí en adelante, todas las discusiones girarán en torno a las diferentes formas de favorecer al capital para atraer su inversión y con eso disminuir la cesantía. Pues bien, llevamos años creciendo y *el empleo no tiende a aumentar en el tiempo sino que a disminuir*<sup>26</sup>, paradoja que puede explicarse por el uso cada vez más intensivo de avanzadas tecnologías que suplantán a las personas en los procesos productivos. En palabras crudas, la gente sobra ya que las máquinas son mucho más eficientes y menos problemáticas que los seres humanos. En realidad, es aun más perverso porque el empleo es utilizado como “fusible” para mantener estable el flujo de ganancias. Actualmente está más que probado que cuando empieza a bajar el desempleo y los salarios comienzan a mejorar, automáticamente aparece una súbita recesión en el horizonte que obliga al despido masivo y a la reducción salarial para los afortunados que mantienen su trabajo.

Aunque están perfectamente al tanto de la falsedad de su argumentación respecto de la relación crecimiento-aumento del empleo, las minorías económicas, en complicidad con los gobiernos, siguen manteniendo viva esa esperanzadora promesa para hechizar a los pueblos con una expectativa futura que jamás podrá cumplirse. ¡Qué mala fe más flagrante y vil! En el caso de Latinoamérica, este fenómeno es aun más drástico porque se trata de economías extractivas de materias primas exportadas con escaso valor agregado, en donde lo que busca la inversión es convertir los recursos naturales extraídos directamente en capital financiero, sin aplicar ningún otro proceso productivo intermedio. Francamente, esos países pierden muchísimo más de lo que ganan: sus recursos naturales no renovables, la base

---

<sup>26</sup> Esta es una realidad que se impone sobre la que entregan las cifras oficiales amañadas que, por ejemplo, consideran con trabajo estable a los millones de informales o a quienes han trabajado sólo dos horas a la semana. En la medición de este índice es donde encontramos la mayor cuota de manipulación y engaño.

material de su soberanía, son saqueados sin ningún disimulo; los puestos de trabajo que aportan esas faenas son escasos y poco calificados; el deterioro ambiental es irreversible.

En su momento, el marxismo develó que la ganancia del capital se obtenía a costa de la explotación del trabajo y convocó a la unión del proletariado mundial, apelando a la dignidad superior del trabajador respecto del empresario burgués. Hoy ese paisaje humano ya no existe, como lo describe dramáticamente Vivianne Forrester en su hermoso libro (más bien, un alegato) *El horror económico*, porque los mecanismos de explotación hoy son mucho más sutiles y elaborados. La rentabilidad y el lucro se han desplazado desde lo exclusivamente productivo hacia el intercambio especulativo a través de la red virtual. Es así que el capital financiero recorre las bolsas del mundo con total libertad, comprando y vendiendo acciones de empresas productivas a las que exige la máxima rentabilidad, obligándolas a prescindir del elemento humano o abaratarlo al máximo, por la vía de una completa desregulación (léase “flexibilización”) de los mercados laborales locales o incluso mediante el traslado de las instalaciones productivas hacia aquellas zonas del planeta donde el costo de la mano de obra es menor. Durante los últimos años, se han instalado en China más de un millón de empresas extranjeras, atraídas por los bajísimos salarios, pero ese éxodo se ha traducido en una altísima tasa de desempleo para las localidades de origen.

Mientras se toman esas decisiones en el ciberespacio, en el mundo real los seres humanos, totalmente limitados en sus desplazamientos físicos por las innumerables trabas a los movimientos migratorios (incluido el muro que Estados Unidos construye en su frontera con México), se disputan a muerte los pocos puestos disponibles, en lo que se llama eufemísticamente “competencia”. Por cierto, esa guerra despiadada por acceder a una ocupación empuja los salarios a la baja obligando a los trabajadores a endeudarse. Entonces se cierra el maquiavélico círculo: ahí están los bancos, los dueños del capital, los mismos que practican la especulación internacional a gran escala, pero ahora con su simpático disfraz de usureros, ofreciendo créditos a diestra y siniestra a millones de desesperados dispuestos a esclavizarse de por vida con tal de acceder a recursos que no pueden obtener a través de su actividad laboral. Aunque suene apocalíptico, de no cambiar la dirección de los acontecimientos, cada vez más personas se irán integrando a este verdadero ejército de cesantes, que vagan excluidos y abandonados a su suerte bajo la mirada indiferente de los tecnócratas desde su olimpo virtual: es la marcha de los postergados, donde sobrevivirán

sólo los más feroces. He ahí entonces que la visión de esos enormes conjuntos humanos condenados a su lento exterminio debería poner brutalmente en evidencia ante nuestros ojos el factor de selección natural que subyace en el orden económico instalado, unido al absurdo que ese hecho contiene: toda la gran travesía evolutiva de la especie humana ¡para volver al comienzo y terminar transformando a la sociedad que nos cobija en un despiadado ecosistema animal! Es, simplemente, absurdo e insensato.

No podemos seguir llamándonos a engaño: esta monstruosa farsa debe terminar o el precio que pagaremos será altísimo. Ha llegado el momento de poner a la economía al servicio del ser humano y no al ser humano al servicio de un orden económico aberrante. Si es verdad lo que hemos querido demostrar aquí respecto de la falacia del empleo como mecanismo de distribución de la riqueza entonces, más temprano que tarde, el famoso “modelo de mercado” se derrumbará estrepitosamente como un coloso con pies de barro, porque será evidente su completo fracaso como articulador del esfuerzo colectivo. Dentro de poco, ya no será más que un viejo mito olvidado y toda la palabrería hueca, todas aquellas incansables retóricas economicistas repetidas hasta la náusea para justificar la perpetua y vergonzosa morosidad en el pago de una inmensa deuda social, desaparecerán para siempre dispersadas por el viento de la historia. Y serán finalmente los jóvenes, verdaderos protagonistas de este drama en pleno desarrollo, quienes habrán de tomar una decisión crucial: o aceptan las actuales condiciones y se arrojan a una lucha fratricida cada vez más cruel, violenta y destructiva o despliegan toda la potencia de su imaginación creadora para encontrar nuevas soluciones que reemplacen a los primitivos y estúpidos balbuceos hoy vigentes.

En esas nuevas generaciones ponemos toda nuestra esperanza.

### **Estado o mercado, un viejo y repetido falso dilema.**

Pero si el orden económico en uso ha fracasado, entonces aún subsiste la pregunta respecto de la forma en que debería efectuarse la asignación de los recursos en una sociedad cualquiera.

La verdad es que en los últimos años no se ha producido una discusión seria y abierta sobre el alcance de los roles público y privado en la gestión social, porque el adoctrinamiento neoliberal a través de los medios de comunicación ha buscado presentar como verdades teologales concepciones que son derechamente falsas o, al menos, discutibles. Esos

empaquetados señorones de voz engolada predicando por la televisión que el mercado y sus “leyes” son parte de un orden natural universal que no puede ser modificado de ningún modo por la intención humana sino que, cuando más, bien o mal administrado, practican un ejercicio grosero de manipulación y mala fe para engañar a los incautos, parecido al que los sectores dominantes practicaban, hace unos pocos siglos atrás, respecto del cosmos. Lo penoso es que, al parecer, en cualquier época siempre hay gente dispuesta a dejarse engañar.

Pero dejemos atrás la ironía y analicemos con más detalle las diferentes opciones de respuesta a la pregunta inicial.

Para la corriente liberal hoy dominante, quien debe cumplir con la función de asignar los recursos es el mercado, ese mago invisible y ciego que, si lo dejan tranquilo, rara vez se equivoca. Pero claro, eso implica que ninguna supuesta inteligencia planificadora (léase el Estado) puede entrometerse ya que dicha intromisión distorsiona el juego y atenta contra la libertad de los individuos que conforman esa sociedad. ¿Por qué el Estado tendría que decirme, por ejemplo, dónde y cómo debo educar a mis hijos? Si se estima que hay una condición inicial de desigualdad que es necesario reparar para que todo funcione bien, esa inversión no debe hacerla el Estado sino que los recursos asignados para efectuar tal nivelación deberían repartirse entre los privados, de modo que ellos decidan cómo los ocuparán. Así, la libertad individual queda asegurada y se estimula la competencia entre quienes quieren captar esos dineros, lo que se traduce finalmente en una mejora de los servicios o productos ofrecidos.

No podemos engañarnos porque es ridículamente evidente: escondido tras la maraña de los tecnicismos económicos y las exultantes alabanzas de sus acólitos reconocemos al viejo darwinismo social de Herbert Spencer<sup>27</sup> (1820-1903), es decir, la supervivencia del más

---

<sup>27</sup> El darwinismo social sostiene que las personas y los grupos sociales compiten por la supervivencia, a través de una selección natural que es el resultado de la “ley del más fuerte”, igual que los animales y las plantas. El principio sobre la “supervivencia de los más aptos” fue formulado por Spencer seis años antes que Darwin. En su obra *La estática social* (1851) y en otros escritos, planteó que a través de la competencia la sociedad podía evolucionar hacia la prosperidad y libertad individuales, una teoría que clasificaba a los grupos sociales según su capacidad para dominar la naturaleza. Desde este punto de vista, las personas que alcanzaban riqueza y poder eran consideradas las más aptas, mientras que las clases socioeconómicas más bajas, las menos capacitadas. Esta teoría fue utilizada por algunos como base filosófica del imperialismo, el racismo y el capitalismo a ultranza.

apto y, para describir la situación completa, *la eliminación del menos apto*<sup>28</sup>. Un Estado ausente, que cada vez tiene menos funciones hasta casi desaparecer y que genera una suerte de anarquismo burgués supuestamente autorregulado. Desde esta óptica, cualquier alza de impuestos es una aberración porque va a contramano de la dirección que se quiere profundizar: si, en una concepción clásica, los privados pagaban al sector público para que cumpliera ciertas funciones asociadas al bien común, para el neoliberalismo esas tareas bien pueden quedar en manos de cada individuo, con el mercado como regulador, de manera que se vuelve innecesario alimentar el paternalismo estatal. Lo mismo sucede con la empresa pública: no existe ninguna razón para que el sector público administre complejos aparatos productivos dado que, amén de hacerlo mal, ya no necesita dinero. Entonces, las privatizaciones, las rebajas impositivas, la reducción del gasto público son todas perlas del mismo collar: el debilitamiento del Estado, para traspasar todas sus funciones al ámbito privado.

En la posición opuesta se encuentran aquellos que piensan que el principal asignatario de los recursos es el Estado, merced a la planificación centralizada de un proyecto de país. De esta visión han surgido las grandes utopías estatales, que impusieron complejos sistemas colectivos para ordenar la convivencia social. A lo largo del tiempo, esta concepción ha ido sufriendo algunas variaciones que van desde los totalitarismos de izquierda y derecha a comienzos del siglo XX, pasando por el Estado Benefactor de la Europa de posguerra hasta llegar a la llamada Tercera Vía de hoy. Es gracioso ver esta sucesión histórica como en cámara rápida, porque da cuenta de la capitulación progresiva del estatismo frente al avance arrollador de la concepción opuesta: al comienzo, un Estado omnipresente y omnipotente (caracterizado en forma magistral por George Orwell en su novela *1984*) que termina cumpliendo funciones menores y rogando para que no se las quiten. Cabe hacer notar, a modo de ejemplo, que la “originalidad” de la dictadura militar que se impuso en Chile durante casi dos décadas es el ensamble que hizo de ambas concepciones: totalitarismo político y liberalismo económico. Nunca antes se había creado semejante engendro.

Para sus detractores, el Estado es un pésimo agente distribuidor de la riqueza y su crítica principal apunta a que los recursos habitualmente se “pierden” en los vericuetos de una

---

<sup>28</sup> En una campaña para publicitar una revista de negocios en Chile, se mostraba una reunión entre los ejecutivos de una gran empresa. Todos tenían cabeza de león salvo uno que tenía cabeza de gacela. El llamado del anuncio decía: “En esta reunión está claro quien no lee nuestra revista”.

burocracia corrupta y nunca llegan al sector que se quiere favorecer. A su vez, el neoliberalismo no tiene cómo asegurar la igualdad de oportunidades, condición básica para que el mercado funcione en forma medianamente justa, dado el inexorable proceso de concentración del capital en manos de la banca, hoy ya demasiado avanzado. El gran problema de esta concepción, estructurada a partir del idealismo imperante en el momento histórico en el que surgió, es que el automatismo, la transparencia y la simetría perfectos que supone todo este armado ideológico *no funcionan en la realidad*. Entonces, en el estadio final de este proceso perfecto, serán unos pocos “privados” los que controlen todo y ya no habrá nada ni nadie que pueda controlarlos a ellos. Así, habrá total libertad... pero sólo para ese pequeño grupo, que podrá disponer de todo el resto a su entera conveniencia. Y ¡jojó!, que no estamos demasiado lejos de ese momento. En definitiva, ambas posiciones despliegan sus razones y sus sinrazones pero, *a la luz de los hechos*, lo que se ve es el traslado de un poder político centralizado hacia un poder económico concentrado, mientras la libertad de las personas permanece eternamente conculcada.

¿Y cuál es la posición del Nuevo Humanismo frente a este dilema? Para nuestra concepción, *no se trata de una cuestión de modelos sino que de prioridades*. La salud y la educación son necesidades humanas básicas y, como tales, se constituyen en derechos humanos inalienables que deben ser asegurados igualitariamente. Hoy día, la desigualdad en el acceso a la salud y educación ha llegado a ser estructural porque durante mucho tiempo se han tenido otros primarios (el dinero, por ejemplo) y esa debilidad social debe ser corregida antes que ninguna otra cosa. La verdadera revolución es, en el fondo, un asunto muy poco vistoso (pero profundamente significativo) de reordenamiento de prioridades, poniendo a la salud y la educación en el primer lugar. El paradigma neoliberal se puede formular del siguiente modo: “Para tener salud y educación, primero hay que ganar dinero”; el Humanismo invierte ese paradigma: “Para ganar dinero, primero hay que tener salud y educación”. Por el momento, el Estado parece ser la única entidad que puede asegurar la construcción de ese suelo común, así es que la sociedad debe proveer los recursos necesarios para que cumpla su función sin dilaciones y con la máxima excelencia. Pero hay otros campos que no afectan a esas necesidades vitales, en los que sí pueden intervenir libremente el mercado y la iniciativa privada.

En términos más amplios, la propuesta humanista tiene la forma de una *economía mixta*<sup>29</sup> en la que el Estado opera, podríamos decir, *en consenso* con el mercado, estableciendo un nuevo contrato social con los actores privados, entendidos ahora ya no como sectores antagónicos o competidores sino que complementarios y sinérgicos. La principal resistencia a esta especie de acuerdo-marco proviene del neoliberalismo, que ha tenido un éxito notable en instalar criterios absolutos de desregulación en los mercados locales para permitir la internacionalización del capital y favorecer su libre flujo. Contra esa tendencia hay que luchar y no contra el mercado, un simple mecanismo al que no es necesario ni conveniente destruir, sino tan sólo ubicar en su proporción correcta, estableciendo qué es lo que puede y no puede hacer.

Seamos claros: no estamos propiciando, de ningún modo, un regreso al estatismo (ya demostradamente fracasado) sino que proponiendo *la construcción de un gran acuerdo público-privado para actuar en convergencia*. Basta de alimentar el falso dilema entre gestión pública y privada, como si fuesen factores opuestos e irreconciliables. El Estado puede y debe regular para impedir los abusos de poder que tienden a darse en el mercado. Asimismo puede y debe intervenir para financiar y apoyar aquello que favorece al bien común, así como también castigar impositivamente lo que funciona mal desde el punto de vista de la equidad. Un usurero puede prestar dinero a la tasa que quiera, aunque la ley lo prohíba oficialmente, porque siempre habrá forma de realizar operaciones clandestinas mientras exista gente que acepte las condiciones de usura, urgida por sus necesidades. Pero si creamos una banca estatal que no cobre intereses, financiada con recursos públicos, entonces el usurero tendrá que bajar sus tasas o perderá toda su clientela. El Estado puede planificar y coordinar muchas cosas y eso no necesariamente significa centralizar la economía. Se trata de incentivar, de financiar, de premiar lo que conviene y castigar lo que no conviene al conjunto, disolviendo cualquier forma de monopolio, a veces legislando y a veces creando competencia a esos monopolios.

---

<sup>29</sup> “Mucho es lo que se ha intentado y mucho es lo que se ha aprendido de cada fracaso. Hoy sabemos que no se trata de imponer una economía centralizada en la que un estado burocrático digita y controla todo, pero tampoco se trata de esperar que el mercado administre justicia social ni planifique el desarrollo. Tampoco se trata de una “tercera vía” donde el estado le pide permiso al poder económico para realizar tibias reformas cosméticas, porque eso no es otra cosa que capitalismo disfrazado con buenos modales. No se puede hablar de sistemas mixtos como si se tratara de mezclar agua con aceite, porque el aceite siempre se las arreglará para terminar arriba del agua; se trata de crear un nuevo sistema, una nueva sustancia que tal vez rescate algunas propiedades del aceite y del agua, pero incorporando otras, más adecuadas a un ser humano que está creciendo”. *Economía Mixta, más allá del capitalismo*. Guillermo Sullings. Ediciones Magenta. Buenos Aires, 2000.

En pocas palabras, la economía mixta consiste en un mercado que puede funcionar libremente hasta cuando precise ser regulado por el Estado. Para decirlo con una imagen, el mercado en estado salvaje es domesticado por la acción estatal, estableciéndose una relación de reciprocidad entre ambos factores. Se trata de encontrar el punto de equilibrio entre la ferocidad de la competencia individual y la racionalidad de los acuerdos conjuntos, entre las veloces respuestas de corto plazo y la meditada planificación de largo plazo, para aquellos problemas que así lo requieran. Si se quiere un mercado basado en una competencia justa, entonces es necesario asegurar *una completa igualdad de oportunidades entre los participantes*, cosa que hoy no ocurre ni de lejos y el Estado parece ser la única entidad capaz de establecer esa condición básica de justicia competitiva.

Pero esta convergencia sólo podrá alcanzarse cuando se abandonen las absurdas (y para algunos convenientes) creencias respecto de los aparentes automatismos de algunas formas de organización social. Esas visiones acerca de supuestas “naturalezas” que no pueden ser alteradas por la intención humana son patrañas que, desde siempre, forman parte del discurso público de los poderosos para mantener el *status quo* y llama poderosamente la atención el hecho de que aún hoy sigan utilizándose sin ninguna discusión. Para nosotros, el ser humano es histórico y todas sus creaciones también lo son, así es que, en virtud de esa cualidad, están sujetas a una incesante transformación.

Aunque los fundamentalistas neoliberales pongan el grito en el cielo, *la experiencia práctica demuestra que dejar todo en manos del mercado es el camino más corto hacia el caos porque en realidad quien toma el mando, ocupando el vacío de poder generado por la desregulación extrema que promueven, es el capital financiero internacional*. Este es un hecho evidente que ha sido maliciosamente ocultado de la mirada pública por el abuso de la manipulación mediática. Hasta Karl Popper, uno de los más lúcidos defensores de la que él mismo llamó “sociedad abierta”, terminó reconociendo la necesidad de una participación estatal en la gestión social<sup>30</sup>. Al contrario, centralizar todo en el Estado conduce fatalmente al totalitarismo y el sacrificio de la libertad. Pero es significativo constatar el hecho de que en ambos extremos se está manifestando el mismo vicio: *un poder que se independiza del cuerpo social que le dio origen, para terminar oprimiéndolo*.

---

<sup>30</sup> *La lección de este siglo*, Karl Popper. Entrevista con Giancarlo Bosetti. Editorial Océano. México, 1992.

No puede haber ninguna duda respecto de que la imaginación humana será capaz de concebir nuevas soluciones para los problemas de coordinación de la acción colectiva, y no limitarse a volver, una y otra vez, a esta añeja confrontación entre pragmatismo e idealismo que ya tiene más de doscientos años, encarnada en el antagonismo incompatible entre mercado y Estado. Pero eso nos obliga necesariamente a reflexionar sobre la cuestión del poder.

## 5. La traición de las cúpulas

---

*La democracia es una broma griega.*

*Carlos I de Inglaterra*

### **Una fábula para despistados.**

Tradicionalmente, las asociaciones políticas y comerciales se habían esforzado por mantenerse formalmente diferenciadas e independientes, aunque en los hechos las relaciones de intercambio y corrupción entre ambos mundos siempre fueron intensas y conocidas. Pues bien, tenemos el honor de anunciar que aquel largo y clandestino concubinato se ha formalizado, ¡por fin!, en matrimonio: ha nacido la asociación político-comercial. Lo que sigue es la “crónica social” de este conspicuo enlace.

*“La tradicional familia de los Políticos y la próspera familia de los Bancos han unido sus destinos para siempre, con el júbilo de todos”, diría el parte.*

*Como en todo matrimonio de clase, los Políticos deben entregar una dote a los Bancos para formalizar el contrato nupcial. Esa dote es una gran empresa llamada El País S.A., pero como la convivencia previa de la parejita dura ya varios años, sucede que la familia de los Bancos está a cargo desde hace rato de su administración y posee buena parte de la propiedad. Entonces, sólo se trataba de regularizar todo, tal vez para efectos de herencia o algo por el estilo.*

*El País S.A. es una empresa muy pujante donde el 99,9% de sus componentes trabaja como bestia con pésimos sueldos, mientras el 0,1% se lleva las enormes ganancias que ella genera (por eso, su imagen corporativa es un embudo). En realidad, esa plata termina yendo a parar, casi toda, a los bolsillos de los Bancos, cuyo páter familia, don Especulo (con acento en la “u”), vive en el extranjero y, según dicen, puso muchísimo capital para salvar a la empresa de las garras de los Estadistas, otra familia que llegó a su dirección hace algunos años atrás apoyada por los trabajadores y que intentó hacer importantes reformas sociales y laborales que perjudicaron fuertemente su rentabilidad.*

*Pero los trabajadores reclamarán —dirá usted— frente a tanta desigualdad. No, fíjese, nadie reclama. Más bien al contrario, están todos felices y orgullosos porque El País S. A.*

crece y es un ejemplo para el mundo. Lo que sucede es que se ha aplicado un modelo económico muy bueno, que trajo este caballero desde el extranjero pero, al ponerlo en marcha, le dejó las cosas muy claras a los administradores de la empresa: “O lo aplican tal como yo digo o no pongo ni un solo peso más ahí...” y dejó la frase en suspenso.

La familia de los Políticos se aterró, porque advirtieron un peligro cierto de que la inversión extranjera pudiera echarse a volar. Por su parte, los Bancos, como era de esperar, manifestaron un completo acuerdo con la medida sugerida por don Espe. Frente a esta tremenda presión, los Políticos cedieron... con una sola condición: que siempre los eligieran a ellos en el directorio de El País S.A., porque había que mantener la tradición y cuidar la imagen. Además, desde esa posición se comprometían a defender a muerte los intereses de los Bancos, ya que ahora también formaban parte de la familia.

Y así ha sido. Cada cierto tiempo, se organizan en la empresa unas farsas electorales preciosas llenas de color, alegría y promesas que dejan a todo el mundo contento. A los trabajadores, porque creen decidir algo; a los administradores, porque se mantienen sacando su tajadita; y al dueño, porque tiene a varios millones de esclavos trabajando para él sin que lo sepan. El lema más repetido al interior de la empresa dice: “Qué bello es el mundo cuando todo va bien”. Esta máxima interpreta tan claramente el espíritu de El País S.A. que se componen “jingles” y canciones para que los trabajadores coreen mientras desarrollan sus actividades laborales. Los Políticos también cantan y hasta bailan, para hacerse los simpáticos y los Bancos no cantan ni bailan, pero son los que ponen la música. Es una relación encantadoramente perfecta.

Lo único que ha venido a empañar esta maravilla es que en otras empresas similares, pésimamente mal administradas por cierto, los trabajadores han empezado a darse cuenta de que algo anda mal en este cuento. Y se han enojado a tal punto que han manifestado su descontento exigiendo destempladamente a los Políticos (que son los que tienen que dar la cara, para eso les pagan y, además, la tienen bastante dura) que se vayan. También se han producido desórdenes que hacen disminuir la productividad y aumentar el riesgo. Un desastre por donde se le mire. Don Especulo y los Bancos deben estar bastante preocupados y molestos, porque el caos tiende a ser contagioso.

Aunque, pensándolo bien, tampoco es para tanto ya que siempre existen formas de restablecer la disciplina productiva, si las cosas se desordenan más de la cuenta.

## **El Estado cautivo.**

Corría el año 1917. La turbulencia social que explotó en Rusia a causa de la profunda crisis económica que vivía el país derivó en la renuncia del zar Nicolás II. La Duma (el parlamento ruso), que hasta ese momento no había logrado ejercer un poder real, estableció un gobierno provisional que terminó a cargo de Alexander Kerensky, un socialdemócrata. Frente a esa situación caótica y a la anarquía general era necesario tomar medidas urgentes, entre otras, convocar a una Asamblea Constituyente para redactar una nueva constitución. Pero mister K se tomó su tiempo, lo que no se condecía con la urgencia del momento y esa parsimonia le costó perder el poco apoyo con el que contaba. Los bolcheviques se tomaron el poder y Kerensky tuvo que huir precipitadamente del país, al que jamás regresó<sup>31</sup>.

Noventa años después, mister K ha obtenido su venganza: la socialdemocracia triunfa políticamente en casi todo el planeta. Sin embargo, da la impresión de que su comportamiento al llegar al poder sigue siendo el mismo: un llamativo impedimento para llevar a cabo cambios de fondo cuando la situación social así lo exige. Los socialdemócratas en el gobierno se dedican a contemporalizar tomando medidas cosméticas que no molestan a nadie y a “bocinearlas” a través de los medios de comunicación, para tratar de ganarse la simpatía de un lado y de otro. Como lo grafica el ejemplo histórico citado, su acción política se ha caracterizado invariablemente por un gradualismo exasperante y, a estas alturas, demandar otra cosa de ellos es como pedirle peras al olmo,

---

<sup>31</sup> Alexandr Fiódorovich Kerensky (1881-1970) Tras la caída del Zar y el establecimiento de un gobierno provisional republicano, fue nombrado ministro de Justicia y pasó a ser ministro de Guerra dos meses después. Intentó rehacer su ejército para llevar a cabo una ofensiva contra los alemanes, pero un gran número de soldados se negaron a obedecer a sus oficiales, abandonaron sus puestos y regresaron a sus hogares. Kerensky fue nombrado jefe del gobierno provisional establecido tras la revolución de julio que siguió al fracaso en el frente. Una de las primeras medidas que adoptó fue la supresión del Partido Bolchevique presidido por Lenin. Éste se ocultó en Finlandia; otros dirigentes bolcheviques, entre los que se encontraba Trotsky, fueron arrestados. Sin embargo, Kerensky no consiguió neutralizar el deterioro constante de la situación económica y militar del país, lo que permitió a los bolcheviques minar el prestigio de su gobierno y hacerse con el control de los soviets de trabajadores, soldados y campesinos, llegando a establecer una estructura de poder paralela a la del gobierno provisional. Kerensky también se veía acosado desde la derecha por los monárquicos y otros sectores reaccionarios que pretendían aplastar la revolución. No tomó medidas efectivas cuando el general Lavr Kornílov intentó marchar sobre la capital en el mes de septiembre y proclamar una dictadura militar dirigida por él. Kerensky, que se encontraba en el frente en esos momentos intentando ganar el apoyo de las tropas, organizó una fuerza militar y trató de capturar Petrogrado, pero los soldados se negaron a combatir. Huyó a París y finalmente se trasladó a Estados Unidos y se dedicó a impartir conferencias sobre política y sociología.  
"Alexandr Fiódorovich Kerensky." Microsoft® Student 2007 [DVD]. Microsoft Corporation, 2006.

más aún si su desempeño en el poder político está siendo monitoreado al milímetro por el poder económico.

No cabe duda de que la socialdemocracia se ha convertido en una *fuerza política vacilante* (¡valga la paradoja!) y esa debilidad le ha significado ser utilizada por el poder económico para contener los conflictos sociales y ganar tiempo<sup>32</sup>, mientras éste sigue avanzando en concretar su idea fija: el desmantelamiento de la institucionalidad estatal. La estrategia neoliberal para destruir a los Estados nacionales se ha concentrado en dos frentes: su desprestigio sistemático frente a la opinión pública y el debilitamiento progresivo de su poder de decisión. La mala imagen pública del Estado es consecuencia de una intensa campaña mediática sostenida durante largo tiempo, utilizando la tribuna masiva y casi monopólica que otorgan los medios de difusión en manos del poder económico. Por cierto, también colabora graciosamente a esta “cruzada” la endémica venalidad de la clase política, cuando regularmente se ve implicada en sonoros escándalos de corrupción con recursos públicos. La reducción de la capacidad decisoria del Estado ha sido una operación algo más compleja, que va desde la extorsión que el capital financiero internacional ejerce sobre los países, condicionando cualquier inversión o crédito al mantenimiento de ciertos equilibrios macroeconómicos y a drásticas reducciones en el gasto público, hasta la incrustación de una casta de tecnócratas en la burocracia estatal con el explícito mandato de ejecutar al pie de la letra las políticas neoliberales, incluso pasando por encima de los gobernantes elegidos por el pueblo. Ahí está el viejo y poderoso Estado, esa gloriosa cumbre de la razón humana, la máxima realización de la Idea en palabras de Hegel, *ninguneado* (de acuerdo con el afilado vocablo acuñado por la poetisa chilena Gabriela Mistral) sin piedad por la pandilla de rústicos mercachifles que ha dominado el mundo, y ahora degradado a la condición servil de un poder cautivo. Es un espectáculo penoso y lamentable, bien difícil de tragar para cualquier espíritu genuinamente republicano.

Como enseña la primera lección escolar de educación cívica, en una democracia representativa los gobernantes son simples mandatarios de la voluntad popular, ejecutores de lo que el pueblo ha ordenado y su única legitimidad emana del poder que les ha

---

<sup>32</sup> En honor a la verdad, esto no siempre ha sido así. En sus orígenes, los partidos socialistas surgieron como vanguardia organizada del proletariado y, a poco andar, comenzaron a diferenciarse en los caminos elegidos para instalar el socialismo. La socialdemocracia responde a la línea reformista, que también terminó siendo fuertemente influenciada por el gradualismo de Edouard Bernstein. En todo caso, lo que indica la experiencia histórica es que ni el radicalismo revolucionario comunista ni el gradualismo socialdemócrata han logrado detener o reorientar al capitalismo.

transferido la comunidad mediante el acto eleccionario. Si esos representantes, una vez electos, reniegan de tan sagrado mandato y se someten, por debilidad o conveniencia, a un poder ilegítimo (como lo es el poder económico), están perpetrando un acto gravísimo de traición política y con ello reducen la democracia a una pura formalidad, la convierten en un ritual vacío despojado de su atributo esencial. Pues bien, eso es lo que está ocurriendo en casi todas partes, con gobiernos que ganan elecciones apoyados en promesas de reformas económicas y sociales que responden a las demandas de las mayorías para luego, en la intimidad del poder, acomodar aquellas políticas a las restricciones y ajustes que les imponen los grandes banqueros desde el exterior (apartando también una tajadita para sus propios bolsillos, acto quizás justificado en sus conciencias como la merecida comisión por servicios cumplidos). Y, para colmo de males, ese poder arbitrario ya ni siquiera necesita ampararse en las sombras para actuar sino que, por el contrario, hoy alardea descaradamente frente a la comunidad: a fines del 2005, durante la última elección presidencial en Chile, Eleodoro Matte, uno de los principales voceros de la minoría económica nacional (y también una de sus mayores fortunas, dicho sea de paso) declaraba enfática y casi amenazadoramente que daba lo mismo quien saliera electo porque nadie osaría cambiar el modelo económico y que, a fin de cuentas, el país se movía *con piloto automático*<sup>33</sup>. Difícilmente podríamos haber encontrado una imagen más explícita para graficar la situación.

Gobernantes que no pueden gobernar sino tan sólo administrar. Representantes que traicionan a sus representados para terminar representándose a sí mismos. Dirigentes incapaces de dar otra dirección que no sea aquella que va hacia su propio bolsillo. Y pueblos sumisos, a fuerza de desorganizados. ¿Esto es, al fin, la democracia? No. Esto es llamar al caos por otro nombre.

### **La representatividad en crisis: el pueblo a la deriva.**

Así como antes hemos descrito detalladamente el maltrato brutal que sufren los pueblos por efecto de la violencia económica, ahora podemos constatar, también en el campo político, una nueva manifestación del mismo mal: la violencia implícita que oculta ese acto arbitrario de usurpación de la soberanía popular por parte del poder económico internacional, con la abierta complicidad de los gobernantes democráticamente elegidos.

---

<sup>33</sup> Diario *La Tercera*, suplemento Reportajes. Domingo 17 de abril del 2005. Santiago de Chile.

Este infame comportamiento de las cúpulas dirigentes ha puesto definitivamente en jaque a la representatividad porque ha llevado a las sociedades a desconfiar de sus líderes, quienes ya no pueden justificar dicho proceder como parte de los casos excepcionales puesto que constituye una conducta extensamente replicada por todas partes. La brecha entre la base social y sus líderes se ha hecho cada vez más profunda y quizás nunca pueda volver a cerrarse del todo. El vínculo de confianza que unía a los conjuntos humanos con sus conductores se ha roto y será muy difícil volver a reconstruirlo. Además, se trata de un fenómeno universal, que atraviesa a la sociedad de arriba a abajo y que se manifiesta en cualquier organización donde exista la representatividad. Puede que la gente incluso no sepa con exactitud qué es lo que huele mal, pero percibe nítidamente el hedor y eso la hace arrugar la nariz y alejarse del foco maloliente, repliegue que ayuda a entender, por ejemplo, la tasa creciente de abstención electoral. Para bien o para mal, este divorcio es una consecuencia natural del recurrente actuar impropio de nuestros representantes y si ellos esperaban otra cosa, entonces su desfachatez es aun mayor de lo que se podía suponer. En realidad, los pueblos han tenido una paciencia infinita (casi rayana en la resignación), y si hoy la están agotando, ¡enhorabuena!

La credibilidad y, sobre todo, la confiabilidad de los políticos y líderes sociales se ha deteriorado gravemente por estos días y esos personajes concentran sobre sí muchos más atributos negativos que positivos. Los cómicos hacen reír a la gente apelando a chistes sobre su habitual deshonestidad y en las conversaciones de café son descritos como parásitos inútiles. Todas las encuestas de imagen pública sobre las instituciones ubican a los partidos políticos en el último lugar. Además de su propio proceder, esta negativa visión se ha visto reforzada por el discurso neoliberal que degrada a las ideologías y, en general, a cualquier conjunto de ideas directrices que sustente proyectos sociales distintos al que ellos promueven, ámbito en el cual esos conductores tendrían un importante papel que cumplir. A causa de ello, las elecciones ya no son un juego de ideas sino que *una competencia de imágenes*, con el enorme margen de error para los electores que dicha táctica comunicacional comporta.

Pero, como siempre sucede con los asuntos humanos, esta profunda desilusión tiene dos caras. En su dimensión negativa, al perder fe en una conducción viciada los conjuntos humanos han entrado en un estado de confusión que los llevó a refugiarse en una resignada

y silenciosa pasividad, sin mostrar casi ninguna reacción visible frente a la cada vez más flagrante violación de sus libertades y derechos ciudadanos. Y cuando han logrado expresarse lo hacen catárticamente, a través de explosiones más o menos destructivas pero sin una verdadera dirección transformadora de aquellas situaciones opresoras. Ahora, como aspecto positivo, el proceso histórico nos ha traído hasta esta encrucijada, de la que únicamente podremos salir avanzando hacia nuevas formas de democracia que se muestren capaces de clausurar para siempre cualquier intentona de alguna minoría para arrebatarnos el poder a las comunidades. Entonces, experimentamos sentimientos encontrados: aunque no nos gusta lo que está sucediendo con las “dirigencias que no dirigen”, porque eso inmoviliza a los pueblos y los sumerge en la perplejidad, no podemos dejar de alegrarnos porque ese complejo desafío que, desde su orfandad, están impelidos a afrontar los obligará a tomar el destino histórico en sus propias manos, dejando atrás la necesidad de obedecer a cualquier forma de arcaico paternalismo.

Sin embargo, ese tiempo no ha llegado aún y, por ahora, los líderes sociales siguen siendo importantes y necesarios incluso en el contexto que hemos descrito o, tal vez, justamente a causa de él. A nadie podría extrañarle que si las dirigencias “tradicionales” se han desprestigiado hasta el punto de dejar a los grandes conjuntos en la más completa ceguera respecto del rumbo que deben tomar y, peor aún, en un momento de fracaso del modo de vida que esas mismas dirigencias promovían, se busquen nuevas referencias capaces de ver más allá del presente inmediato, para definir una dirección a seguir. En momentos históricos de confusión como el que estamos viviendo, los pueblos no se pueden mover sin ellas y las buscarán hasta encontrarlas. Pero claro, esa misma ansiosa urgencia puede conducirnos también a cometer errores fatales para el proceso humano, ya que aquello que está finalmente en juego no es tanto quién nos dirija sino *hacia dónde nos dirige*. El Nuevo Humanismo ha invertido muchos años en el diseño y la construcción de ese paisaje futuro y hoy, en medio de la desorientación general, trabajamos arduamente para ofrecerlo a los seres humanos del planeta entero, porque estamos firmemente convencidos de que éste es el mundo en el que todos merecemos vivir. Es por ello que seguiremos poniendo el máximo empeño en hacer llegar nuestro mensaje a todas las latitudes, con la íntima esperanza de tocar alguna vez los corazones de toda esa gente sencillamente torturada por los poderosos y de persuadirlas a acompañarnos en este hermoso intento.

La crisis de la representatividad ya es demasiado aguda como para no percibirla. Cualquier solución real a este complejo problema (y no un remiendo más, para salir del atolladero por un rato) debe pasar, necesariamente, *por desplazar el foco de análisis desde la “reingeniería” de las cúpulas políticas hacia la reconstrucción de la base social*. Es urgente volver a poner la mirada sobre el actor más importante en una democracia; aquel que ha sido casi siempre olvidado, manipulado, perseguido y hasta despreciado: el pueblo.

### **El pueblo a la intemperie.**

El estruendoso fracaso del mercado para asegurar la igualdad de oportunidades y la incapacidad característica de los gobiernos actuales para realizar cambios estructurales que corrijan esta escandalosa iniquidad han dejado las cosas en una especie de empate, de congelado equilibrio entre el poder económico y el poder político. Como siempre sucede, lo que ha venido a romper esa simetría es la manifestación popular, es decir, la expresión pública del poder del pueblo, fundamento y sostén de las democracias. La movilización juvenil en distintos lugares es un signo más que alentador para los tiempos que corren, es la energía en estado puro de las nuevas generaciones expresándose en el mundo. Sin embargo, como ya hemos dicho, la *dirección* de esos movimientos sociales aún es incierta.

La única posibilidad de que los gobiernos respondan plenamente a las demandas de un pueblo movilizado es desalineándose de la tutela neoliberal, pero dicha conducta implica un coraje político del que los gobernantes carecen por completo. *Entonces, la movilización popular debiera mantenerse en el tiempo hasta forzar ese divorcio, porque la alianza legítima de un gobierno democrático es con el poder del pueblo que lo ha elegido, no con el poder económico*. La lucha social debiera sostenerse hasta lograr reconstruir ese principio fundamental, totalmente desvirtuado por la “asociación ilícita” político-económica. He aquí el problema de fondo, no la aplicación de tal o cual modelo económico, debate inútil si las sociedades no tienen la libertad suficiente para decidir qué hacer.

Sin embargo, una dinámica social tan enérgica demanda un pueblo fuerte, organizado y activo que se encuentra a años-luz del actual. El alguna vez denominado “cuerpo social” hoy está completamente fragmentado, sin ninguna cohesión interna y reducido a una aglomeración inorgánica de millones de individuos aislados que compiten entre sí por la supervivencia. Como consecuencia de esta pérdida radical de su cualidad estructural (desestructuración), la base social ha dejado de ser una fuerza inteligente para devenir en masa

informe, susceptible de ser fácilmente manipulada, como de hecho sucede diariamente. Y he aquí que hemos asistido desolados a este verdadero derrumbe, en el que un sistema tan altamente complejo y vibrante como lo era aquel que identificábamos como *pueblo* termina desintegrado y convertido en una ruina, arrastrado por un proceso regresivo incomprensible y doloroso.

Mientras tanto, las cúpulas se dedican a hacer su negocio con una inefable irresponsabilidad, sin siquiera entender lo que está sucediendo bajo sus propias narices y con el único propósito de mantener la situación social controlada, cosa que será cada vez más difícil en la medida en que vaya aumentando la presión ciega de las energías humanas desbordadas y sin dirección. El pueblo, aquel por quien esas cúpulas dicen desvivirse y poner en el centro de sus desvelos, en realidad ha sido abandonado por ellas y arrojado a la intemperie, en el áspero páramo de lo natural, desde donde lo sacan transitoriamente cuando necesitan legitimarse gracias a su apoyo. El pueblo, único objeto y sujeto del quehacer social, convertido en un guiñapo y obligado a mendigar lo que le corresponde en pleno derecho.

Es posible que, para muchos, ésta sea una mirada demasiado oscura y, por ello, hasta insoportable. Pero es una mirada genuina y valiente para ver lo que todos parecen querer ocultar: que una democracia simplemente no puede existir si no se sustenta en un pueblo fuerte y solidario, en un tejido social vigoroso, en una participación real de la comunidad en las decisiones conjuntas, en la colaboración más que en la competencia. Es responsabilidad de los gobiernos el poner las condiciones sociales para habilitar esas vías de expresión popular y no restringirlas cada vez más, en beneficio de un orden impuesto artificialmente desde arriba. El verdadero orden social es el resultado último de la enorme complejidad del fenómeno humano colectivo y se radica en la existencia de organizaciones de base bien constituidas y diferenciadas, en una participación permanente de la población y en un proyecto conjunto que convoque a la convergencia. Si no se dan, como mínimo, estas tres condiciones, la democracia se vuelve una forma vacía, un vocablo sin significado para emperifollar los discursos. Como dicen en el campo, un huevo huero.

Sin embargo, las cúpulas dirigentes, adecuadamente “estimuladas” por las minorías económicas, han hecho todo lo contrario: se han quedado con el poder destruyendo todo lo demás. Ahora se ufanan de su victoria pírrica como si fuera la máxima conquista del

maquiavelismo estatal, sin advertir que ellas también forman parte del mismo proceso entrópico y no se librarán de terminar arrastradas por el desorden general que colaboraron a esparcir. Al observar, una vez más, el absurdo que parece avanzar y extenderse irremisiblemente sobre las construcciones humanas no podemos dejar de recordar a Sísifo, empujando su roca hacia la cumbre, pero siempre volviendo a caer y recomenzando el ascenso. ¿Será, de verdad, posible modificar esta persistente tendencia al caos y corregir intencionalmente el rumbo del proceso, para beneficio de todos? Los humanistas creemos firmemente que sí.

**En una democracia real, el pueblo es protagonista.**

Pero no podemos esperar que una resolución tan radical provenga desde las cúpulas, cegadas por el brillo del oro o distraídas en su propia conveniencia. Si bien hay algunas experiencias en curso que podrían reivindicar a las esferas del poder, no estamos aún en condiciones de asegurar el éxito de dichos intentos, aunque lo deseamos fervientemente. La respuesta tiene que venir desde los pueblos, que renacerán de entre sus cenizas como el Ave Fénix. Esos mismos pueblos, pisoteados por las tiranías, maltratados por los poderosos, traicionados por sus dirigencias y extenuados por la dura exigencia vital, se levantarán desde su actual postración para construir un orden nuevo, tal vez nunca antes intentado a esta escala en la historia humana.

Siempre que se habla de democracia, se la asocia obligadamente a la representatividad, como si existiera allí una frontera infranqueable para la imaginación, que pareciera no atreverse a ir más allá de esos límites. Por su parte, la clase política, temerosa de ser desplazada al baúl de los recuerdos, se encarga de reforzar esa vacilación martillando sin pausas acerca de la imposibilidad de gobernar sin partidos ni representantes. Pero, como ya lo hemos dicho antes, lo humano es histórico y por ello siempre está *en proceso*, es un continuo devenir. Toda construcción humana se verá siempre impulsada hacia una inagotable metamorfosis y nada allí puede ser considerado como definitivo. Es así que aquellas soluciones a determinados problemas sociales que fueron útiles en un momento histórico, dejarán de serlo cuando las condiciones cambien y será necesario buscar nuevas respuestas. Si en épocas de cobardía como la nuestra se tiende a esconder la cabeza y se aspira vanamente a clavar la rueda de la historia, un cambio de mentalidad implicará reconciliarse con la transitoriedad y asumir las dificultades como un desafío permanente.

Entonces, ¿qué innovaciones seremos capaces de proponer para superar esta dura prueba que enfrenta hoy la democracia?

Cuando los partidos políticos hundían sus raíces en las corrientes subterráneas que atraviesan a los pueblos, recogiendo y expresando las distintas sensibilidades colectivas que estaban en juego, entonces tenían legitimidad y reconocimiento social. Pero cuando, literalmente, se desarraigaron de ese suelo nutriente que les daba la vida y sólo les interesó el poder, perdieron para siempre su autoridad como intérpretes y portavoces de la realidad social, que era su único capital político. Entonces, esos referentes se convirtieron en máquinas electorales productoras de funcionarios públicos y abandonaron el vínculo directo con aquellos pueblos y sus problemas, para optar por una relación intermediada (es decir, utilizando *únicamente* los medios de difusión masivos). Dicha forma de comunicación es eminentemente manipuladora, dado su carácter unidireccional: los candidatos pueden hablar a pueblos que permanecen mudos (salvo por las encuestas, que hoy se han convertido en su única voz, a pesar de las sospechas de manipulación también asociadas a ese medio). Además, para montar campañas electorales eficientes, esas máquinas necesitaban siempre más y más dinero y en su insaciable avidez se incubó la traición, porque debieron negociar el acceso a esos recursos con el poder económico, con el poder político o con ambos. La institucionalización del “lobby” por parte de minorías poderosas y el clientelismo político en la base social son algunas de las deformaciones que la democracia representativa ha ido experimentando en su debacle.

Las garrafales distorsiones del espíritu democrático son tan evidentes que todos los intentos para recuperar las confianzas a través de reacomodos políticos cupulares estarán siempre contaminados por su cercanía al poder y no harán más que corroborar la eterna mala fe de las élites, que pretenden mantener su posición privilegiada a cualquier precio. Al salir electa, en 1989, la diputada humanista chilena Laura Rodríguez manifestó que su conducta política sería *“de cara al pueblo y de espaldas al Parlamento”*<sup>34</sup>, consignando con claridad la dirección de su mirada. Como se puede ver, la suya fue una conducta exactamente opuesta a la que acostumbra tener un político tradicional, que se hipnotiza con el poder olvidando a sus electores... hasta la próxima elección. El ubicarse siempre del lado de la gente le costó más de un conflicto con los “barones” de la Cámara, quienes la acusaron de

---

<sup>34</sup> *A quien quiera escuchar*. Laura Rodríguez. Ediciones Chileamérica, CESOC. Chile, 1994.

rebajar la dignidad parlamentaria, sin que nunca quedara claro exactamente a qué se referían con aquella acusación. Lo curioso es que ese emplazamiento de la diputada humanista, que debería constituir la norma en una democracia auténtica, aparece hoy como una excepción encomiable. ¡Qué mal estamos!

En realidad, la democracia recuperará su alma cuando el pueblo deje de ser simple comparsa y vuelva a ser el protagonista. Pero esa energía colectiva va a manifestarse en plenitud sólo cuando dicha participación sea sinónimo de decisión, cosa que se hará efectiva si se ponen en marcha ciertas transformaciones de fondo al sistema democrático orientadas a traspasar a la comunidad organizada niveles de decisión cada vez más altos. Silo, uno de los creadores del pensamiento del Nuevo Humanismo, ha dicho:

*“El punto es que a la progresiva descentralización y disminución del poder estatal debe corresponder el crecimiento del poder del todo social. Aquello que autogeste y supervise solidariamente el pueblo (sin el paternalismo de una facción), será la única garantía de que el grotesco Estado actual no sea reemplazado por el poder sin freno de los mismos intereses que le dieron origen y que luchan hoy por imponer su prescindencia”.*<sup>35</sup>

Si, en otro momento, las dificultades operativas podían servir de justificación para inhibir estos cambios, hoy los avances de la tecnología informática permiten una administración eficiente y segura de tales procesos de participación colectiva permanente.

La fórmula de un Estado fuerte y un pueblo débil desembocó fatalmente en los totalitarismos estatales que aplastaban la libertad a través de la violencia institucional. Un Estado débil y un pueblo débil han generado un vacío de poder que permitió la irrupción de un ilegítimo estado paralelo en manos del poder financiero internacional, el que mantiene “secuestradas” a las sociedades mediante la imposición de condiciones de violencia económica generalizada. Un Estado y un pueblo fuertes estarían en situación, al menos, de neutralizar al paraestado y podrían establecer entre ellos un equilibrio dinámico de poderes. Pero, en la medida en que las comunidades adecuadamente coordinadas vayan aumentando su poder real, el dominio estatal disminuirá proporcionalmente y la organización colectiva se irá acercando cada vez más al ideal de una democracia directa, tantas veces descrita por los soñadores de todos los tiempos, desde la Atenas del siglo de Pericles en adelante. Y

---

<sup>35</sup> *Obras Completas, Vol. 1. Humanizar La Tierra. El Paisaje Humano.* Silo. Editorial Plaza y Valdés. México, 2004.

cuando los pueblos sean capaces de tomar *todas* las decisiones respecto de aquello que los incluye directamente, entonces la libertad dejará de ser una mera palabra para convertirse en realidad social, largamente anhelada y duramente conquistada.

## Apéndice

---

*No hay destino que no se venza con el desprecio.*

*Camus (El mito de Sísifo)*

Aunque sea una verdad difícil de sostener para aquellas conciencias anhelantes de absoluto, los procesos humanos parecen eludir siempre cualquier forma de determinismo. El progreso infinito propio del optimismo de la Ilustración fue una bella quimera brutalmente desmentida por la barbarie que caracterizó al siglo XX<sup>36</sup>. Las predicciones del materialismo histórico (presuntuosamente científico) anunciadas por el marxismo, tampoco se cumplieron<sup>37</sup>. El cacareado “fin de la historia” asociado al pragmatismo neoliberal no tiene más realidad que la de ser una figura vistosa, funcional a la manipulación mediática ejercida a pasto por estos sectores<sup>38</sup>. La única predestinación que aún queda en pie y se alza como una nube sombría sobre el futuro inmediato de la humanidad es la amenaza de la entropía final, acerca de la cual hemos venido advirtiendo a lo largo de toda nuestra reflexión.

Si es falso que la travesía humana consista en un ascenso perpetuo, o en un determinismo de trayectoria al modo de la física clásica, o en una inaudita suspensión del devenir, entonces significa que existen ciclos. Desde siempre, los historiadores han buscado caracterizar con rigor esos grandes períodos históricos y determinar el momento en el que se encuentra su época. Por si aún no ha quedado claro, nosotros estimamos que la nuestra es la antesala de la decadencia que comienza a afectar a esta soberbia civilización tecnológica a la cual pertenecemos. ¿Significa esto que dicho proceso es inevitable y entonces siempre se termina cumpliendo fatalmente alguna forma de determinación? No. Esos ciclos pueden constituir *tendencias*, que ponen ciertas condiciones entre las cuales debemos elegir, pero en ningún caso definen un curso inexorable para los acontecimientos. Si así fuera, entonces

---

<sup>36</sup> "L'espèce humaine marche d'un pas ferme et sûr dans la route de la vérité, de la vertu et du bonheur." Condorcet (1743-1794) ("la especie humana camina a paso firme y seguro por la ruta de la verdad, la virtud y el bienestar").

<sup>37</sup> Nos referimos a su concepción determinista del proceso histórico y a la predicción de una revolución inevitable... que nunca se consumó.

<sup>38</sup> Hay que decir que al señor Fukuyama ya no lo toma en serio casi nadie. Da la impresión de que le bastó con obtener ese “reconocimiento” que, en su libro, identificaba como motor de la acción humana, para desembarcarse de su escatológica teoría y empezar a criticar a los que se la creyeron, actividad a la que hoy parece estar dedicado.

nada tendría sentido y sólo quedaría abandonarse estoicamente al desplome definitivo, como si se tratara de una catástrofe natural.

Lo que justamente hemos querido poner en evidencia son aquellas opciones de las que disponemos hoy. La historia no es una caótica y azarosa acumulación de acontecimientos ni tampoco una mecánica, como nos han querido hacer creer interesadamente distintos sectores. La historia es la expresión vibrante de una búsqueda colectiva, es el rumor subterráneo de la intención humana escudriñando el futuro y tratando de construir certezas al interior de un paisaje desolado e incierto. Hoy existen algunas minorías poderosas que, para favorecer sus pequeños intereses, intentan traicionar aquel propósito legendario deshumanizando el esfuerzo conjunto y hundiéndolo en lo natural, con lo cual sólo conseguirán acelerar la descomposición de todo el sistema. La única posición válida que cabe, frente a este grave desatino de unos pocos, es rebelarse y volver a conectar con el proyecto humano básico que busca superar el dolor y el sufrimiento. Si ello sucede será porque la intencionalidad de individuos y pueblos se ha puesto en marcha de nuevo para corregir el rumbo del proceso.

Los pueblos son los sujetos de la historia. Si alguna vez lo supieron, hoy parecen haberlo olvidado y se han convertido en objetos: la historia, aparentemente, hace con ellos lo que quiere. Nuestro propósito es ayudarlos a recordar.

## **Segunda parte: La transformación social**

---

## 6. El ser humano, ese desconocido

---

*De nadie estamos más lejos que de nosotros mismos.*

*Nietzsche*

### **La desobediencia abrió la ruta.**

Un día cualquiera, entre 1.000.000 a 500.000 años atrás. El olor del ozono en el aire denso de la estepa africana y los enormes cuerpos de nubes oscuras que se extienden hasta el horizonte anuncian la tormenta. El grupo de homínidos se acurruca bajo una cornisa de piedra, esperando la lluvia. De pronto, un fulgor intenso y silencioso rasga el cielo, seguido casi al instante por el aterrador estruendo que rebota en los confines montañosos del valle. La luz celeste se estrella contra un enorme árbol seco, que se parte por la mitad y comienza a arder. El grupo se inquieta porque el fuego está demasiado cerca y le temen, pero hay algunos que contemplan fascinados las llamas que se elevan rápidamente a gran altura. Uno de ellos (hombre o mujer, no lo sabemos), desobedeciendo al imperioso mandato de sus instintos que le gritan *¡huye, aléjate!*, se levanta y avanza hacia el incendio. Una rama se desprende y cae a los pies del osado curioso quien, en vez de retroceder, se acerca aún más hasta casi tocar el fuego. A sus espaldas se escuchan las exclamaciones de la tribu, que observa la escena en actitud casi reverencial. El homínido toma un trozo de madera encendido y lo estudia cuidadosamente, experimentando con las variaciones de temperatura que registra según la distancia a la llama. Luego se vuelve y camina hacia sus excitados congéneres, con el tizón ardiente en la mano y una sonrisa de triunfo en el rostro simiesco.

Probablemente, éste no fue el primer acto de rebelión contra la naturaleza, pero sí el más significativo ya que determinó profundamente el proceso posterior. Todos conocemos la importancia que ha tenido el dominio de las altas temperaturas en el desarrollo de las distintas culturas. Como todos los animales, los homínidos también padecieron un temor sacro hacia el fuego. Eso es lo meritorio y lo interesante. Habría que ponerse en esa cabeza, con un cerebro que tiene la capacidad cúbica de una naranja, que ve el fuego y le da vueltas hasta animarse e ir en contra de ese temor. ¡Que interesante el circuito mental, aquel que hace que el ser humano se oponga a lo que dicta el reflejo condicionado!

A partir de esta radical desobediencia, el ser humano comenzó a distanciarse de su origen animal hasta llegar a reemplazar al medio natural por un entorno eminentemente cultural, en un proceso creciente de humanización. Es el acto de Prometeo que, de acuerdo con la mitología griega, se rebela contra los dioses del Olimpo para favorecer con el fuego y otros dones a la criatura que él mismo había modelado: el ser humano. Muy acertadamente, el nombre del titán, en griego clásico, significa *pre-visión* (Προμηθεύς, “el que ve antes”), es decir, capacidad anticipante: había emergido, desde las profundidades de una conciencia todavía oscura, aquella aptitud exclusivamente humana capaz de romper con la respuesta refleja animal, para adelantarse al futuro y dirigir sus acciones hacia una imagen aún inexistente en el mundo. Súbitamente, como una descarga eléctrica, se habían manifestado la *intención* (tender hacia) y el *proyecto* (lanzar hacia adelante). La irrupción de este acto de conciencia y de su objeto recíproco, cambió para siempre el destino del mundo.<sup>39</sup>

De ahí en adelante, lo artificial se opone y reemplaza a lo natural en todos los ámbitos, incluido el propio cuerpo. Seguimos las palabras de Spengler:

*“El hombre arrebató a la naturaleza el privilegio de la creación. La voluntad libre es ya un acto de rebeldía y nada más. El hombre creador se ha desprendido de los vínculos de la naturaleza; y a cada nueva creación aléjase más y es cada vez más hostil a la naturaleza. Esta es su historia universal, la historia de una disensión fatal, que, incoercible, progresa entre el mundo humano y el Universo; es la historia de un rebelde que, desprendido del claustro materno, alza la mano contra su propia madre”<sup>40</sup>.*

En el otro extremo de la historia, se dice que Einstein comenzó su investigación a partir de una pregunta que se formuló cuando aún era un escolar: ¿Cómo se verá el mundo si uno va montado en un rayo de luz? Aquella búsqueda temprana también respondió a la desobediencia original y, desde ahí, el científico alemán desarrolló toda su teoría, revolucionando la física y también la vida de todos nosotros. Tal parece que toda investigación y, por tanto, todo descubrimiento, siempre arrancan desde una insaciable curiosidad. Mirar al mundo como si fuera un territorio virgen siempre abierto a la investigación y el descubrimiento es una actitud típicamente humana, desde aquel momento

---

<sup>39</sup> Aunque el dramatismo narrativo nos ha llevado a acentuar la emergencia de lo humano como un punto de ruptura respecto del mundo natural (el “acto prometeico”), en estricto rigor esto no es así ya que formas primitivas de intencionalidad también se aprecian en el mundo animal, hecho que da cuenta del proceso continuo de la vida hacia un aumento de su complejidad.

<sup>40</sup> “Der Mensch und die Technik” - München 1931. Oswald Spengler.

de su evolución en que se acercó al fuego en vez de alejarse de él, como le indicaban todos sus instintos animales.

Y debe haber sido en ese mismo momento, cuando el ser humano conseguía desprenderse de aquellos lazos instintivos que lo ataban a una naturaleza sometida a lentas modificaciones genéticas, que surgía también la libertad, ya que por primera vez dejaba de estar encadenado a respuestas únicas y automáticas. Ahora podía *diferir esas respuestas*, desplegando ante sí una variedad de opciones a elegir. Pero tan enorme ampliación del horizonte de posibilidades trajo consigo la necesidad de fundamentar el alcance y los límites de esa autonomía; entonces aparecieron la ética y la moral, que buscaban regular la difícil interacción entre muchos individuos libres. Allí comenzó también la lucha por la libertad, ya que toda esclavitud y todo exterminio siempre se han justificado mediante el recurso ilegítimo de *deshumanizar* a quienes se quiere someter o eliminar. Para ello, es necesario volver a sumergirlos en lo natural, negándoles la capacidad intencional y así todo derecho a ejercer su libertad. La historia está plagada de episodios que dan cuenta de los múltiples métodos utilizados por distintos grupos para anonadar lo humano y justificar la opresión y el asesinato, que van desde la aplicación de la violencia física más brutal hasta las formas más sofisticadas de manipulación.

En coherencia con estas definiciones y de acuerdo con el propósito inicial de nuestra reflexión, ahora podemos decir con propiedad que la raíz de toda violencia social y de toda infelicidad individual está en el ejercicio ilegítimo del poder de algunos seres humanos sobre otros, porque para ejercerlo es necesario objetivar a esas personas, arrebatándoles el derecho a desplegar su intención sobre el mundo para transformarlo. En pocas palabras, para dominarlos hay que convertirlos en cosas, en objetos sin intención. Pero quien deshumaniza a otros también se deshumaniza a sí mismo. Por ello, la eliminación definitiva de la violencia sólo se alcanzará cuando seamos capaces de desarticular aquellas estructuras sociales que hacen posible cualquier forma de concentración del poder y, por tanto, cualquier forma de dominación.

Sin embargo, esta visión de lo humano es algo muy reciente, que no tiene más de 100 años. La fenomenología primero y luego el existencialismo, se plantearon la necesidad de ir más allá del positivismo decimonónico para caracterizar al fenómeno psíquico y describieron a la subjetividad como una dimensión nueva, que escapaba a cualquier análisis que utilizara

los métodos de conocimiento aplicados al mundo físico. Hasta ese momento clave se seguía considerando al ser humano, en el mejor de los casos, como un “animal racional”, de acuerdo con la vieja concepción aristotélica. Por cierto, el Humanismo Universalista se considera el heredero y legítimo continuador de aquellos lúcidos intentos por asir lo inasible, por alcanzar lo inalcanzable, por describir lo indescriptible<sup>41</sup>.

Puede que a muchos estas precisiones les parezcan inútiles y lejanas. Sin embargo, ya hemos advertido las consecuencias que pueden derivarse de una u otra concepción de lo humano en el ejercicio del poder. Veamos ahora algunos ejemplos en otros ámbitos. En muchos países existe una fuerte controversia respecto de si el embrión debiera ser considerado vida humana o sólo vida biológica. Lo mismo sucede con la eutanasia: ¿puede alguien decidir su propia muerte si, a causa de algún impedimento irreversible, no está en condiciones de desplegar su intención en el mundo y realizarse plenamente como ser humano? Sin duda, se trata de temas difíciles y dolorosos para todos porque están cargados de culpabilidad. Por eso mismo, las sociedades no deberían eludir la discusión de fondo, a saber: cuándo comienza (o termina) la vida humana. Si aceptamos que esta forma tan particular de vida ya se encuentra completamente definida desde y por la corporalidad, se la estaría enunciando desde lo más externo, sin consignarse con exactitud qué aspectos la diferencian de otros “tipos” de cuerpo. En ese caso, tendríamos muchísimos problemas para precisar sus límites. En cambio, si la establecemos a partir de esta exclusiva y única *actividad de conciencia* que hemos tratado de describir (es decir, desde su interioridad), lo humano saldrá a la luz en toda su originalidad y grandeza. Si conciencia y mundo están esencialmente entrelazados en una estructura indivisible, ¿puede hablarse de vida humana plena al faltar alguno de ambos factores? Dejamos planteadas estas preguntas para aportar a la discusión, dado que hoy, debido a las infinitas posibilidades que proponen los progresos de la ingeniería genética, se han abierto nuevas y complejas interrogantes. Pero acotamos

---

<sup>41</sup> “Pero hay otro sentido del humanismo que significa en el fondo esto: el hombre está continuamente fuera de sí mismo; es proyectándose y fuera de sí mismo como hace existir al hombre, y, por otra parte, es persiguiendo fines trascendentales como puede existir; siendo el hombre este rebasamiento mismo, y no captando los objetos sino en relación con este rebasamiento, está en el corazón y en el centro de este rebasamiento. No hay otro universo que este universo humano, el universo de la subjetividad humana. Esta unión de la trascendencia, como constitutiva del hombre —no en el sentido en que Dios es trascendente, sino en el sentido de rebasamiento— y de la subjetividad en el sentido de que el hombre no está encerrado en sí mismo sino presente siempre en un universo humano, es lo que llamamos humanismo existencialista. Humanismo porque recordamos al hombre que no hay otro que él mismo, y que es en el desamparo donde decidirá de sí mismo; y porque mostramos que no es volviéndose a sí mismo, sino siempre buscando fuera de sí un fin que es tal o cual liberación, tal o cual realización particular, como el hombre se realizará precisamente en cuanto a humano”. *El Existencialismo es un Humanismo*. J. P. Sartre. Editorial Losada. Buenos Aires. 2002.

que las respuestas sólo podrán alcanzarse si logramos construir acuerdos en torno a la concepción de ser humano.

### **Determinismo y libertad.**

El marxismo concibió al proceso humano como el resultado de fuerzas evolutivas mecánicas y deterministas (y por ello, abordaron la realidad social desde una óptica que definían como “científica”). Para esa visión, tan propia del paisaje cultural europeo del siglo XIX, el ser humano (la mente humana) era un simple reflejo de aquella gran dinámica procesal y, como tal, un fenómeno secundario y periférico. Pues bien, aunque respetamos profundamente los intentos de dicha corriente por transformar a la sociedad para corregir las escandalosas desigualdades que incubaba en su interior, no podemos cerrar los ojos ante la visión de millares de vidas individuales sacrificadas entre los fríos engranajes de aquella maquinaria gigantesca<sup>42</sup>, tal como lo mostró el gran cineasta inglés Charles Chaplin en una de sus películas<sup>43</sup>. Esa monstruosa masacre sólo pudo ser posible por la posición secundaria en la que se había ubicado al ser humano y por la grotesca cosificación a la que se lo sometió. A su vez, el neoliberalismo, que también tiene su origen en el mismo ambiente cultural, ve a la sociedad como un ecosistema natural más y al ser humano condicionado por impulsos instintivos ineludibles. Es una mirada zoológica que también naturaliza al ser humano, y ya hemos descrito extensamente el silencioso y atroz exterminio que se deriva de ella, al imponer la cruda supervivencia individual como único criterio de validación social.

Entre la mecánica y la zoología, lo humano como interioridad no aparece por ninguna parte (¿habrá que inventar en el futuro una nueva ciencia, la humanología?). Tanto las utopías totalitarias de comienzos del siglo XX, como la antiutopía de comienzos del siglo XXI objetivan al ser humano porque le niegan ese atributo esencial para definirlo como tal: la libertad. Si la subjetividad es simple reflejo de las condiciones objetivas o respuesta refleja a los apremios de un medio hostil, entonces la libertad no es más que una palabra vacía. Los extremos se unen por su base.

---

<sup>42</sup> En rigor, la concepción del proceso histórico de Marx deviene en materialismo dialéctico primero con Engels, luego con Lenin para ser entronizado definitivamente por Stalin en su famoso opúsculo “Materialismo dialéctico y materialismo histórico”. Es así que la ubicación periférica del ser humano no proviene de Marx sino que de esas interpretaciones posteriores.

<sup>43</sup> Se trata de la película *Tiempos Modernos* (1936).

Digamos entonces que —para sorpresa de algunos— no tenemos ningún problema con uno u otro “modelo”, entendidos como artilugios técnicos para resolver determinados problemas sociales, pero sí los tenemos con las ideologías que esos modelos llevan de contrabando, porque ellas se convierten en los fundamentos teológicos de unos pocos para ocultar lo humano y, de ese modo, ejercer un dominio ilegítimo sobre el conjunto. Es aquí donde está la raíz de toda violencia y de todo sufrimiento, tanto individual como social. En realidad, somos felices cuando podemos ser libres y, al contrario, nos hundimos en el sinsentido y el absurdo cuando nuestra libertad se ve reprimida por la fuerza o, peor aún, negada por alguna forma de manipulación ideológica. Es por ello que, por ejemplo, nos rebelamos contra la muerte, esa gran negadora. Para el Nuevo Humanismo, el núcleo de la dignidad humana está en su libertad. Por cierto, no estamos hablando de la “libertad” para comprar uno u otro refrigerador sino que del derecho a afirmar o negar las condiciones en las que nos toca vivir y del derecho a desplegar actos intencionales para cambiar dichas condiciones.

Desde esta mirada, no es necesario esperar que se cumpla ninguna condición objetiva para actuar: *sólo depende de lo que estén creyendo (o descreyendo) los pueblos en un momento dado*. Entonces, se vuelve central la pregunta sobre qué es lo que quieren los seres humanos del futuro, esto es, las nuevas generaciones. Nos imaginamos que, sobre todo, quieren ser sujetos y no objetos de la historia, que es lo mismo que decir: quieren ser libres. Porque no parece haber una gran diferencia entre estar atrapados por una naturaleza humana o por una mecánica histórica. *¿Qué prefiere: horca o fusilamiento? Salir del campo de la necesidad al campo de la libertad por medio de la revolución es el imperativo de esta época en que el ser humano ha quedado clausurado*.

Sin duda que la revolución más importante hoy día es humana, más que política o social, porque ya conocemos los horrores que resultan de una concepción errada (interesada o no) de lo humano. Humanizarse significa tomar conciencia de la propia libertad y ponerla en marcha en una dirección transformadora del mundo. Y si el ser humano no asume su papel protagónico en la historia, ésta tiende a comportarse como un sistema natural afecto a la entropía, que es lo que está sucediendo hoy. El determinismo de lo natural está presente en el darwinismo del actual modelo. El determinismo histórico, en la mecánica de la desestructuración. Esos condicionamientos sólo podrán superarse por la vía del despertar

intencional de los individuos y los pueblos, lo que sucederá exactamente en el momento en que dejemos de creer que somos lo que no somos: piezas de una gran máquina o animales bípedos en lucha por la supervivencia.

Al final de cualquier análisis se llega siempre a lo mismo: los seres humanos somos unos eternos rebeldes y cuando esa rebeldía desaparece, como acontece en el mundo de hoy, lo humano se diluye. Nos rebelamos contra todo aquello que nos niegue y rechazamos cualquier forma de determinación que pretenda forzarnos a obedecer, ya sea la naturaleza, el dolor, la muerte, los dioses o, con mayor convicción aun, los otros seres humanos. ¿Cómo es que hemos podido tragarnos, durante tanto tiempo, estos trucos de prestidigitadores baratos para encubrir lo humano y sofocar la rebelión? Si logramos sobrepasar este momento oscuro que nos toca vivir será porque se habrá instalado a la libertad como centro de la vida social. Entonces, surgirá una ética de la libertad, una psicología de la libertad, una economía de la libertad, una organización política de la libertad, una religión de la libertad, un arte de la libertad y ningún determinismo ni naturaleza podrá esgrimirse para detener ese despliegue.

### **El primado del futuro.**

Como se sabe, para la mecánica clásica lo que importa es el pasado: si se conocen con exactitud las condiciones de origen de cualquier fenómeno, es posible predecir con precisión matemática su comportamiento futuro, que no será más que un efecto de aquellas causas. Para el animal, lo que importa es el presente, acuciado como está por las urgentes demandas de la supervivencia y condicionado por una batería de reflejos programados para responder a esos requerimientos. Para el ser humano, en cambio, el tiempo que manda es el futuro: allí se encuentran los significados, que lo succionan como imanes poderosos y cualquier modificación que efectúe en aquel distante paisaje hiperbóreo<sup>44</sup> reordenará instantáneamente su comportamiento presente y la apreciación de su pasado. Aquí no hay nada parecido a una trayectoria predefinida ni tampoco burdos reflejos condicionados sino que pura probabilidad y radical apertura. Mientras más duración en el tiempo alcancen aquellas imágenes y cuanto mayor sea su resistencia a la caducidad, más intensos serán los registros de sentido que proyecten y, por tanto, máxima será la potencia con que cumplan

---

<sup>44</sup> Para los griegos, el Hiperbóreo era un lugar mítico ubicado “más allá del norte”, desde donde todos los años, al comenzar la primavera, regresaba el Dios Apolo a su morada en el oráculo de Delfos.

su función orientadora de la acción. También, poseerán los mejores atributos para convocar a la convergencia.

Entonces, de acuerdo con cómo sean las imágenes de ese futuro, así serán las acciones del presente. Y si esas imágenes futuras tienen como máxima proyección temporal el momento de la propia muerte, eso generará un tipo de acciones, limitadas también por ese hecho fáctico. Pero imaginemos por un momento que cada individuo es capaz de tener imágenes que vayan mucho más allá de su muerte individual, de la desaparición de su cuerpo. Imaginemos que esas imágenes surgen desde la rebelión frente a ese ilusorio final, que están en el futuro lejano como fuertes aspiraciones o propósitos a lograr, más allá del aparente límite de la desaparición del cuerpo. ¡Qué fuerza alcanzarían esas imágenes, que capacidad de movilización individual y social pueden llegar a tener!

Si bien aún subsisten minorías interesadas que, como hambrientas aves de rapiña, se mantienen aferradas al cadáver de un mundo que ya se fue, es de sobra evidente que el determinismo decimonónico en cualquiera de sus variantes experimenta los últimos estertores de su agonía. Las distintas disciplinas (salvo, quizás, la economía) han ido abandonando el paradigma del racionalismo científicista, pero no para precipitarse a la irracionalidad sino que para construir una racionalidad más amplia, capaz de incluir en ella al infinito universo de la subjetividad humana y sus más íntimas motivaciones. La física, la psicología, las ciencias sociales ya han comenzado a revisar sus convicciones a la luz de esta inextinguible “voluntad de sentido”<sup>45</sup> que impregna y sostiene a todo lo humano. Quisiéramos transmitir palabras de esperanza a quienes aún se sienten atrapados “*entre una fría mecánica de péndulos y una fantasmal óptica de espejos*”<sup>46</sup> y decirles con sincera convicción: ¡El futuro está abierto! La pesadilla aplastante de lo inmutable comienza a quedar atrás y nuestra mirada danzarina puede ahora deslizarse sin trabas hacia lo desconocido. Todo está por hacer y sólo falta que estemos disponibles para responder al llamado de la historia. A fin de cuentas, se trata de nuestra propia historia.

Es desde esta mirada que nos atrevemos a afirmar enfáticamente: no serán las luchas reivindicatorias las que movilicen a los pueblos sino que la coincidencia en una imagen del

---

<sup>45</sup> Término utilizado por el psiquiatra austriaco Víctor Frankl (1905-1997) para explicar la raíz de las motivaciones humanas, en contraste con Freud (1856-1939) que las hacía arrancar desde la voluntad de placer y Adler (1870-1937) quien las derivaba de la voluntad de poder.

<sup>46</sup> *Obras Completas, Vol. 1. Humanizar La Tierra. El Paisaje Interno*. Silo. Editorial Plaza y Valdés. México, 2004.

futuro querido; en ella encontrarán la fuerza necesaria para romper con el naturalismo y la cosificación que hoy los esclaviza. Aquí radica nuestra fundamental divergencia con la izquierda histórica. Para nosotros, la revolución no pasa necesariamente por exacerbar las contradicciones sociales para generar ciertas “condiciones objetivas” que precipiten “mecánicamente” el proceso en una dirección determinada, ni por la “acumulación de fuerzas”, ni por la construcción de “ejes”. Toda esta pesada fraseología, propia de una concepción mecanicista asociada a relaciones de causa y efecto, no tiene nada que ver con lo humano y ya está demostrado que se trata de explicaciones erradas, por lo que deberían ser profundamente revisadas si es que se quiere trabajar en serio en la transformación de la sociedad. La revolución es un significado, una dirección, un sentido que sólo puede encontrarse en el futuro y si aspiramos a liderar los procesos sociales que se avecinan, debemos ser capaces de abrir para todos aquella dimensión del tiempo.

Como ya lo hemos dicho, sabemos con certeza que el cambio no se producirá mecánicamente. Al contrario, por pura mecánica al interior de un sistema cerrado, se seguirán profundizando los factores de la desestructuración, con el agravante de que, al ser éste un sistema global y único, no habrá ninguna posibilidad de acceder a elementos diferentes fuera de él para efectuar la superación de lo viejo por lo nuevo, opción que sí existía en la decadencia de anteriores civilizaciones. Entonces, los efectos de ese proceso podrían llegar a ser aun más devastadores. Tampoco se producirá por una “orden” desde el poder político hacia el resto de la sociedad, dado que aquél es hoy sólo un instrumento del poder real, al que nunca se atrevería a contradecir. Probablemente, tampoco sea por una “rebelión de las masas”, como respuesta catártica a una acentuación de la opresión y las contradicciones del sistema (¿cuánto más tendrían que acentuarse?...). Ese cambio se producirá cuando la intencionalidad de los individuos y los pueblos se ponga en marcha y corrija activamente el rumbo del proceso. Pero la factibilidad de dicha movilización está ligada, necesariamente, a una *transformación interna simultánea*: la modificación del sistema de creencias. Porque mientras cada uno se siga experimentando a sí mismo como un objeto pasivo vapuleado por fuerzas incontrolables (que es lo que nos dicen que somos), no habrá intencionalidad en marcha ni cambio alguno. En definitiva, el cambio se producirá cuando se revalorice aquella condición humana de ser una conciencia activa, cuyo destino es siempre transformarse y transformar las condiciones en que vive.

En resumen, hemos querido expresar que una mecánica no puede ser combatida con otra mecánica. Propósito tan extraviado más parece un buen chiste que un intento real de conducción. La revolución del futuro deberá superar el previsible movimiento pendular de acción y reacción, que se agota en su propio desgaste, para conectarse a esa inextinguible fuente de energía interior oculta *en lo que no está escrito*. Si antes se pretendió, erradamente, hacer la revolución prescindiendo de la conciencia humana, hoy la revolución es, antes que nada, un acto de conciencia. Lo que el marxismo tuvo de sugerente para los grandes conjuntos fue la descripción de aquella sociedad justa, solidaria y bondadosa del futuro, que se convirtió en imagen querida y paradigma movilizador para muchos. Pero lo que terminó arruinando todo fue su atroz concepción de la praxis revolucionaria.

Si hemos aprendido algo de la historia reciente, los líderes o guías de los nuevos tiempos deberíamos ser aptos para articular la movilización social en torno a la convergencia hacia aquellos objetivos y aspiraciones comunes, íntimamente acariciados. Este es uno de los atributos que valoramos en el liderazgo de Evo Morales. Otra de las virtudes de su conducción es el uso de la no-violencia activa como única metodología de acción. Con todas las dificultades que presenta esta forma de lucha, es la única que puede utilizar el humanismo, si quiere ser éticamente coherente. Por ello, hemos destacado públicamente la propuesta del Presidente boliviano, en orden a incluir en la nueva Constitución de su país un artículo que elimina la vía armada como método para resolver los conflictos, ejemplo que debería ser seguido por todos los gobernantes del mundo.

En muchas partes, la derecha política ha querido apropiarse del discurso del futuro, dejando a las izquierdas atadas a las reivindicaciones del pasado. Si bien dicha estrategia ha tenido un éxito momentáneo, ya comienza a caer por su propio peso que el “derechismo” miente porque sólo es capaz de ofrecer más de lo mismo, lo que ha terminado por desengañar a las poblaciones. Dado el enorme vacío que han generado, construir nuevas referencias que, como faros, alumbren el camino es la urgente tarea de hoy y de mañana para los nuevos líderes.

### **El oleaje de la historia.**

A la luz de estas reflexiones, no podemos esquivar la pregunta sobre el hecho de que estemos discutiendo concepciones que tienen más de ciento cincuenta años, cosa que queda aun más acentuada por el fondo de acelerado desarrollo tecnológico sobre el cual se efectúa

tal discusión. ¿Qué ha sucedido, no hubo nada interesante después? A primera vista, pareciera estarse cumpliendo la tosca creencia neoliberal sobre el fin de la historia. Sin embargo, al observar el fenómeno con mayor agudeza nos percatamos de que aquella no se ha detenido en absoluto sino que, en rigor, *pareciera estar retrocediendo*. Efectivamente, en la primera mitad del siglo XX florecieron algunas visiones que proponían nuevas direcciones, pero no lograron penetrar en la sensibilidad colectiva ni modificar los usos sociales. Uno de aquellos últimos intentos fue la revolución juvenil de los años sesenta, la que finalmente derivó hacia caminos destructivos y autodestructivos como la droga o la guerrilla, para terminar completamente desarticulada y absorbida por el mismo sistema que pretendía transformar. Hoy en día, todos los movimientos contestatarios se han extinguido y sólo el Humanismo Universalista, que surgió más o menos en la misma época, ha logrado mantenerse en la vanguardia durante los últimos cuarenta años.

¿Cómo puede explicarse este singular comportamiento histórico, aparentemente regresivo? Si somos fieles a nuestra concepción de que la historia no puede ser mirada desde afuera, ya que su devenir da cuenta de un proceso interior, el de la conciencia humana, ¿por qué entonces esa conciencia se acobardó y decidió regresar a territorios que ya parecía haber abandonado para siempre? Para responder a esta gravitante pregunta, necesitamos entender cómo se mueve la historia; deberíamos saber quiénes son los portadores de esos nuevos significados sobre los que se construyen los avances colectivos y también, de qué manera se efectúa el proceso a través del cual tales valoraciones terminan imponiéndose en el conjunto social. La mejor explicación a estas interrogantes la hemos encontrado en el filósofo español Ortega y Gasset y su teoría de las generaciones como motor de la historia, después ampliada por Silo al cruzarla con su teoría de la conciencia.

Por cierto, no pretendemos extendernos aquí sobre aquellas teorías, ya suficientemente desarrolladas por sus autores en diferentes escritos<sup>47</sup>. Sólo diremos que, en algún momento de nuestra historia reciente y por razones aún desconocidas, cesó la lucha por el poder (en sentido amplio y no sólo político) entre generaciones contiguas. A partir de ese hecho, el proceso humano pareció quedar suspendido en un momento del tiempo. Este fenómeno ha

---

<sup>47</sup> Para el tema de las generaciones en Ortega y Gasset, véase *El tema de nuestro tiempo* (1923). Para ampliar el tema de la conciencia en Silo, véase *Contribuciones al pensamiento*. Editorial Plaza y Valdés. México, 1990.

demostrado varias cosas y también enciende las alarmas entre aquellos que estamos preocupados por el futuro del ser humano.

Lo primero que se comprueba es que el supuesto fin de la historia no es más que un grueso error de apreciación (una “ilusión óptica”) derivado de la confusión producida por este repliegue de las nuevas generaciones. En definitiva, la historia nunca puede detenerse ni menos retroceder, pero existen momentos al interior de ese proceso en los que la conciencia humana se vuelve conservadora y tiende a apoyarse en modelos del pasado para interpretar las nuevas realidades que le toca vivir. Esto ha sucedido muchas veces antes y bástenos con mencionar el ejemplo del astrónomo pitagórico Aristarco de Samos, quién proclamó el heliocentrismo hace 2.300 años, sistema que después fue olvidado y reemplazado durante casi dos milenios por una concepción monstruosa del universo, hasta que Nicolás Copérnico, un oscuro canónigo polaco, retomó el hilo en el punto en que lo había dejado el griego.

Lo otro que puede constatarse se refiere a que el movimiento de la historia no es mecánico o independiente de lo humano, sino que intencional. Esa intencionalidad se hace visible (y también la dinámica histórica que pone en marcha) cuando una generación *contradice* a la que está en el poder y lucha por desplazarla para imponer su propio *paisaje*. Basta con que dicha oposición cese para que la historia parezca retroceder, aunque por cierto las que han retrocedido son las generaciones. Para decirlo con imágenes, las generaciones son como las olas que azotan el litoral y lo van transformando, al tiempo que se reemplazan unas a otras en esa faena incesante; sólo que aquellas “olas” no son movidas por una fuerza mecánica, física, externa que las empuja, sino que por una imagen interna que las atrae desde el futuro. Si lo natural evoluciona a través del lento azar biológico, lo humano, que es histórico, evoluciona por acción de la intencionalidad de las generaciones, expresada en la dialéctica que se establece entre ellas.

Esta visión es coherente con lo que hemos venido sosteniendo respecto de que todo lo humano se constituye a partir de su particular actividad de conciencia: el acto intencional de discusión con lo establecido y un proyecto de transformación del mundo, que emerge como objeto de dicha intención. Cuando esa auténtica *estructura* que conforman la conciencia y el mundo se rompe, ya sea porque no hay discusión de las condiciones sociales o no existe tal proyecto transformador, lo humano se va desdibujando

aceleradamente y, mientras el individuo experimenta aquella ruptura como *sinsentido*, la sociedad tiende a perder sus atributos y degradarse hacia un estado natural. Eso es lo que sucede cuando los jóvenes son premeditadamente excluidos del proceso social, impedidos de ejercer el protagonismo que les corresponde y forzados a replegarse hacia lo personal; con lo cual, aquellos paisajes nuevos que traían en su interior no pueden cuajar en el mundo, porque han renunciado a luchar por imponerlos. Al perder su historicidad, las sociedades decaen, degeneran y se deshumanizan, tal cual lo estamos viendo en el mundo de hoy.

La movilización juvenil que se produjo en Chile a comienzos del año 2006 (llamada “revolución de los pingüinos”), demandando mejoras estructurales en la educación, constituyó una señal alentadora del despertar de aquella dialéctica y, muy especialmente, porque las formas de acción utilizadas fueron eminentemente no violentas. Es muy interesante revisar, aunque sea someramente, el desarrollo de los acontecimientos y el tratamiento que dio el gobierno chileno a esas manifestaciones. La primera respuesta del ejecutivo fue descalificar al movimiento y a sus jóvenes impulsores, instándolos a volver a clases y a confiar en las autoridades; “ustedes son muy jóvenes y no saben de los serios esfuerzos que estamos haciendo por mejorar su educación”, les decían. Pero el movimiento continuó y creció. Los jóvenes comenzaron a salir a la calle levantando la voz por sus demandas. Entonces vino la segunda respuesta clásica: la represión. Y esta vez, fue la más dura que se ha visto en Chile desde el fin de la dictadura. El país entero fue testigo del dantesco espectáculo de policías arrastrando por los pelos a jóvenes estudiantes que pedían pacíficamente una mejor educación. Tal fue el grado de violencia policíaca que la misma presidenta de la república ordenó la destitución del oficial a cargo de las fuerzas represoras. Pero la represión tampoco funcionó y la movilización siguió creciendo. Entonces los jóvenes, en una respuesta inesperada, hicieron el vacío a la violencia que recibían, abandonaron las calles y se tomaron los colegios; primero cinco, a la mañana siguiente treinta y, en pocos días, mil colegios estaban en manos de los “pingüinos” (mote que alude al uniforme de los estudiantes, de cierto parecido al color de estas aves). El gobierno, sobrepasado por la decisión de los jóvenes, avanzó a la siguiente táctica conocida: recurrió a la “chequera corta”, muy utilizada por el predecesor de Bachelet, que consiste en tirar unas pocas monedas y algunas modificaciones secundarias, sin tocar el núcleo del

problema, a saber, la Ley Orgánica Constitucional de Educación (L.O.C.E.), firmada por el General Pinochet el último día de la dictadura. A través de esa ley se traspasó la educación al sector privado, convirtiéndola en fuente de rentables negocios. Los estudiantes, miembros de una nueva generación que está despertando, analizaron y rechazaron la oferta del gobierno, comprendiendo muy bien que en ella se anidaba el clásico esquema de ofrecer algo para no cambiar nada, dilatando el problema para más adelante. Entonces, llamaron a un paro nacional y el ejecutivo se vio forzado a entender que debía cambiar de actitud. Así, después de tres erráticos meses, finalmente se comenzó a avanzar en la dirección correcta al abrir espacios de participación a los jóvenes en una comisión supuestamente resolutive para tratar el tema. Pero esta última no es la conducta habitual del poder establecido.

Las actuales minorías en el poder, que no parecen interesarse por estas complejidades, hablan de la participación juvenil pero se trata de un discurso hipócrita y colmado de mala fe, ya que no están dispuestas a ceder ni un solo átomo del poder que administran. Digan lo que digan, esa es la razón por la cual discriminan a los jóvenes al negarles su capacidad intencional (la esencia de cualquier discriminación) y con ello los están empujando a explosiones catárticas inminentes, las que serán adecuadamente reprimidas, tratando de mantener todo dentro de los marcos tradicionales de la acción y reacción.

Si se ha entendido lo que hemos expuesto, ha llegado el momento de devolver a los jóvenes el protagonismo *real* en la construcción de la sociedad y podemos empezar por construir puentes sobre el abismo. Aquí no se trata de “gestos de buena voluntad”, como quisieran entenderlo interesadamente los paternalistas en el poder: las nuevas generaciones son los “guardianes del tiempo”, porque a través de su lucha por instalar una nueva sensibilidad en el escenario social, hacen andar la historia. Sólo ellas pueden desarticular esta verdadera trampa en el tiempo en la que nos ha metido el capital financiero internacional.

## 7. El fin de la prehistoria

---

*La revolución es un estado de espíritu.*

*Ortega y Gasset*

### **Del paternalismo a la autoorganización.**

El filósofo alemán Federico Nietzsche (1844-1900) decía que los griegos consideraron a la esperanza como el peor de los males, el más genuinamente perverso, precisamente por esa propiedad suya para mantener entretenidos a los desdichados, de modo que no alcancen a darse cuenta de la realidad de su desgracia<sup>48</sup>. Aunque no compartimos esta postura extrema, la citamos aquí para ilustrar una conducta reiterada de los pueblos, que tienden a dejarse engañar por las manipulaciones de las cúpulas y sus ofrecimientos de un futuro promisorio que nunca llega. Si bien no estamos proponiendo, de ningún modo, amputar esa enorme fuerza interior que se anida en la esperanza es preciso dejar de ponerla allí donde sabemos, por experiencias repetidas, que se va a frustrar: en las promesas de las dirigencias. Ha llegado el momento de que los pueblos rompan ese fatal encantamiento y dejen atrás para siempre el viejo hábito del paternalismo. No podemos vivir esperando dádivas que, como el maná bíblico, se derramen graciosamente sobre nosotros desde las alturas del poder. Nos guste o no, llegó la hora de hacernos cargo de nuestro propio destino y será mejor que lo asumamos alegremente, porque eso es lo que la historia está demandando a gritos de nosotros.

Lo más probable es que los tiempos que vienen sean por demás caóticos en este nuestro pequeño mundo. Y no podría ser de otro modo, dado que estamos asistiendo a la caída de una civilización y al surgimiento, por vez primera en la historia de la humanidad, de una nueva civilización planetaria. Pero no es menester asustarse si, en medio de la alteración y las convulsiones que anuncian ese nacimiento, mantenemos bien puesta la mirada. En este peculiar momento histórico, lo único realmente peligroso es quedarnos a esperar las soluciones desde donde nunca podrían venir, habida cuenta que nuestros líderes, alucinados con el poder, ni siquiera han sido capaces de advertir lo que está sucediendo realmente. Es por eso que las comunidades se verán enfrentadas al desafío de crear, ellas mismas, nuevas

---

<sup>48</sup> Nietzsche, F., *El anticristo*, Editorial Alba. Madrid, 1996.

formas de organización en la base social a través de las cuales se pueda compensar el desorden generalizado que se avecina, evitando de ese modo las consecuencias indeseables para las personas que podría arrastrar una situación tan traumática. El punto es que hay una cierta urgencia y no podemos seguir postergando el momento de poner manos a la obra sin correr el riesgo de ser sobrepasados por los acontecimientos.

En esta compleja circunstancia, adquiere nuevas resonancias la vieja pregunta de Lenin: ¿Qué hacer? Si los pueblos ya hubiesen tomado conciencia plena de la necesidad real de actuar, ¿qué pasos han de dar para llevar adelante su proyecto? Sin duda que lo primero será sacarse de la cabeza la aplastante creencia respecto de que el destino humano se resuelve (o no) por acción de una pura mecánica procesal, sin intervención humana. Esta falsa convicción, profusamente difundida por los poderosos con el fin de inhibir cualquier iniciativa que pudiese afectar a sus despreciables negocios, le ha hecho mucho mal al proceso histórico y a los seres humanos comprendidos en él. Todo lo que hemos dicho hasta aquí va en la dirección de desmentir ese dogma nefasto, de modo que los pueblos puedan sacudirse del inmovilismo al que se han entregado dócilmente por décadas. Es evidente que ése ha de ser el paso inicial.

Una vez que logremos ponernos en pie, será necesario en breve plazo encontrar un nuevo tipo de organización, mucho más flexible y capaz de responder dinámicamente a los esfuerzos que le exigirá la situación de inestabilidad social generalizada. Seguramente, alcanzar los mejores atributos para esas nuevas *estructuras* sociales que habrá que levantar implicará variados intentos hasta que, por la vía del efecto-demostración, se impondrán aquellas que funcionen mejor. Si bien no hay nada definido aún y todas las posibilidades están abiertas, estamos seguros de que esas nuevas orgánicas estarán muy lejos de la morfología piramidal y jerárquica tan propia de esta prehistoria que queremos abandonar y superar. El cambio mental que se está produciendo debería reflejarse en esas construcciones y lo más probable es que ellas se caractericen por su horizontalidad, por una total ausencia de jefes que movilicen a los conjuntos humanos desde afuera, puesto que cada uno de los individuos que conformen esas colectividades ya habrá avanzado en la tarea de poner en marcha su “motor interno”. Entonces, las relaciones verticales de *subordinación* serán reemplazadas por una red de vínculos de *coordinación* entre funciones diversas, sin un centro manifiesto del cual, más de alguno, pudiera querer apoderarse para gobernar a todo

el conjunto (cosa que tiende a suceder frecuentemente en la historia). En suma, seguramente serán organizaciones más cercanas a las formas de articulación que encuentra la vida que a unas geometrías ideales o a vetustos racionalismos de escritorio.

A modo de ejemplo (y ya que hablamos de estructuras), se trata de un proceso que podría compararse con el que siguió la arquitectura medieval cuando transitó desde las formas geométricas abstractas de las iglesias románicas (proyectadas en base a fórmulas que respondían a una visión preconcebida del mundo) hacia los diseños orgánicos de las imponentes catedrales góticas, que se elevaban por sobre las villas cual insectos fabulosos eternamente vivos y cuyas revolucionarias soluciones constructivas, al evidenciar las enormes fuerzas físicas que estaban en juego, afirmaban una realidad externa que hasta ese momento había sido negada. Tal como sucedió en aquella época remota, los nuevos “armados” también contendrán el germen del mundo futuro y estarán sustentados en una nueva concepción de ser humano, que ya comienza a despuntar. ¡Nada por encima del ser humano y ningún ser humano por encima de otro! Mientras existan amos siempre existirán esclavos, cualesquiera sean las formas de opresión que se utilicen. Por eso los humanistas no aceptamos ningún amo: ni a Dios, ni al Estado, ni al Dinero, las tres caras eternas del Poder. En su reemplazo, proponemos avanzar hacia modos de autogestión popular que impidan, desde su génesis, cualquier forma de dominación. El cambio verdadero no es el reemplazo de un poderoso por otro, de un dominador por otro, sino la total ausencia de poderosos y la superación definitiva de un orden social que implique dominadores y dominados.

Desde sus orígenes, hace ya más de dos siglos, quien ha tenido siempre muy claros estos fundamentos para su lucha ha sido el anarquismo: mientras las estructuras sociales existentes favorezcan cualquier forma de concentración del poder, la libertad no será más que una quimera. De acuerdo con esta mirada, es de sobra evidente que los actuales reformismos son totalmente insuficientes, puesto que no afectan en nada a las configuraciones autoritarias que tienden a darse en casi todas las sociedades del mundo. Hoy, en pleno siglo XXI, vivimos una revitalización del espíritu libertario anarquista, especialmente entre los más jóvenes, y el nuevo humanismo puede considerarse, en algunos aspectos, continuador de aquella línea de pensamiento, aunque incorporando la metodología de la acción no violenta como única vía para llevar adelante las profundas

transformaciones que nuestra época demanda<sup>49</sup>. Por ello, este renacimiento nos alegra ya que da cuenta, sobre todo, del enorme cambio mental que acompaña a ese nuevo mundo que comienza a asomar en el horizonte. La prehistoria, asociada al poder y la violencia animal, va quedando atrás y las puertas de la historia comienzan a abrirse para dejar pasar al ser humano en toda su grandeza.

El Movimiento Humanista ha sido concebido, desde sus inicios, como una estructura humana cuya morfología responde a este modelo de “diseño interior”, tal como hace la vida. Es por ello que no existen normas ni reglamentos que puedan operar desde algún ámbito externo o ajeno al fenómeno, que terminen limitando o inhibiendo su desarrollo. Tampoco existen conformaciones jerárquicas de ningún tipo, lo que imposibilita de raíz cualquier intento de acumulación de poder. Se trabaja en base a acuerdos conjuntos para fijar la *dirección* y a una cuidadosa coordinación de las acciones, dejando un espacio infinito para la iniciativa individual. En nuestra organización no existe nada parecido a una centralización o concentración de las decisiones y la diversidad no sólo es tolerada sino que, aun más, estimulada y valorada. El intento de recomposición del tejido social conforme a estos parámetros ha sido una tarea permanente y de primera importancia para el Humanismo Universalista, porque entendemos que las estructuras tradicionales empleadas para organizar a las sociedades han entrado en una crisis terminal y su inminente colapso amenaza seriamente la continuidad del proyecto humano.

Es así que, en términos organizativos, el fin de la prehistoria se caracterizará por el abandono y posterior derrumbe de las rígidas estructuras monolíticas para dejar el campo abierto a nuevas formas de autoorganización como las que hemos descrito. El físico belga Ilya Prigogine (1917-2003) logró demostrar que, en medio del caos, siempre pueden surgir soluciones de un orden más complejo que rescaten a dichos procesos de la entropía definitiva y los reorienten hacia un futuro irreversible<sup>50</sup>. Es de esperar que la respuesta de las poblaciones sea tan veloz como lo requiere la urgencia del momento.

---

<sup>49</sup> La coincidencia fundamental entre Anarquismo y Nuevo Humanismo es que ambas corrientes sostienen que los cambios radicales deben nacer de la iniciativa de los pueblos organizados. Bakunin, en su “Programa de la Alianza para la Revolución Internacional”, dice: “En todas partes las masas comienzan a percatarse de la verdadera causa de sus miserias, se hacen concientes del poder de la solidaridad y empiezan a comparar su inmensa multitud con el insignificante número de sus eternos expoliadores. ¿Qué les impide entonces liberarse ahora si es cierto que han alcanzado ese estado de conciencia? La respuesta es: La falta de organización y la dificultad de llegar a un acuerdo ente ellos.”

<sup>50</sup> *El fin de las certidumbres*. Ilya Prigogine. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1997.

## **Las nuevas generaciones vuelven a la lucha.**

Si es verdadera nuestra hipótesis de que el mundo ha entrado en una acelerada mecánica de descomposición social, a la que hemos llamado *des-estructuración*, tal situación nos propone un desafío inmenso en el caso de querer revertir esa tendencia destructiva. Dada la magnitud de la tarea, es probable que muchos opten por considerar estos análisis como especulaciones algo exageradas que carecen de sustento en la realidad y sigan entonces alegremente con sus vidas, sin voluntad ninguna para asumir las arduas exigencias que nos plantea el momento actual. Por cierto, no pretendemos forzar a nadie y nos limitamos a exponer nuestros argumentos, que discuten radicalmente la complacencia de la mirada oficial, de modo que cada cual tenga todos los elementos de juicio para decidir lo que quiere hacer en completa libertad. Pero con aquellos que comparten nuestra perspectiva y se sienten protagonistas en esta epopeya, es preciso ponerse de acuerdo para coincidir en imágenes comunes de acción que puedan corregir la dirección que lleva el proceso.

Un cuerpo social sano no es una masa indiferenciada y homogénea sino que una realidad compleja en la que convive la diversidad. Esta capacidad maravillosa que tiene el ser humano (y la vida en general) para hacer confluir lo múltiple dándole organicidad y orden, constituye la fuerza y la riqueza del fenómeno humano colectivo. Aquellas manifestaciones particulares al interior de este bullente sistema al que llamamos sociedad, se articulan entre sí como estructuras indivisibles, que luego se van entrecruzando con otras en una interacción incesante. Y no se trata sólo de diferencias étnicas o culturales las que, sin duda, también poseen un enorme valor para incrementar el empuje de ese gran río común, sino sobre todo de la coexistencia de distintas generaciones. Hoy se nos quiere hacer creer que tal multiplicidad es sinónimo de desorden y se ha puesto todo el valor en lo único, lo monopólico, lo singular; consumir es el fin último de cualquier actividad humana, las otras dimensiones deben ser sistemáticamente amputadas para poder mantener las cosas “bajo control”. Cualquier asomo de discordancias “perturbadoras” es instantáneamente sofocado y día a día se vuelve más vívida la sensación de que nos han querido convertir en un ejército de *zombies*. Una vez más, detrás de esta formulación se oculta el paradigma del poder, que pretende simplificar la realidad a la fuerza para así someterla a sus designios. Entonces, por ejemplo, empiezan a proliferar los sistemas electorales de carácter binominal para forzar artificialmente la conformación de grandes bloques políticos y ello es

justificado mediante el argumento de que el exceso de partidos y candidatos es “caótico”; y aun peor, al interior de esos bloques los candidatos ya no pueden ni siquiera representar sus ideas sino que son tratados como productos de consumo en el mercado electoral. O bien, se elimina la diversidad generacional mediante la exclusión de los jóvenes del proceso de toma de decisiones a través de burdas artimañas legales. Este torpe intento por reducir la vida social a una sola dimensión, impulsado por las minorías económicas, es la causa principal de la desestructuración.

Sin embargo, para desgracia de los simplificadores, las cosas son exactamente al revés: las sociedades deben *aumentar* su complejidad y no reducirla, a riesgo de degradarse completamente si no lo hacen. La ceguera (o la estupidez) de las actuales dirigencias no les ha permitido darse cuenta —aunque sobren en la historia episodios parecidos— que cuando la diversidad no puede converger explota como diferenciación irreconciliable y altamente destructiva al interior de esos sistemas<sup>51</sup>. La realidad humana es esencialmente compleja y si la incapacidad de esos líderes les impide encontrar formas de coordinar tal complejidad, entonces deberían renunciar y no tratar de acomodar los hechos al escaso alcance de su inteligencia. Siempre se dice que los pueblos tienen sólo los dirigentes que se merecen, aforismo que es, en parte, verdadero; pero aún queda algo de tiempo (no mucho) para atinar y corregir esta odiosa situación.

A causa de esta acumulación de errores que —como un alud— va empujando los acontecimientos, es un hecho cada vez más evidente que el proceso humano se encuentra en un punto de quiebre: o regresamos en acelerada caída hacia la desintegración total del sistema, o damos un salto cualitativo para avanzar hasta niveles más altos de orden y cohesión colectiva. Nuestro destino se juega en la decisión que tomemos hoy. Antes hemos dicho que alcanzamos a percibir tímidos pero promisorios avances en la dirección correcta, allí donde el tejido social ha comenzado lentamente a regenerarse a través de las nuevas formas de organización que han surgido *espontáneamente desde la base de las sociedades*. Forzando un poco los términos, podríamos decir que se trata de una reconstrucción del espacio social. Pero esto no es suficiente, puesto que es necesario restaurar también el tiempo social, que se expresa en el mundo a través de la interacción dialéctica entre las

---

<sup>51</sup> No hay más que recordar la tragedia de la hoy desaparecida Yugoslavia que, tras la muerte de Tito, se desintegró en una seguidilla de guerras étnicas que se tradujeron en millones de muertos y desplazados.

generaciones. Así como en la conciencia individual el pasado y el futuro se entrecruzan continuamente en el hoy, como flujo incesante que va en una u otra dirección del tiempo, en un determinado presente histórico coexisten distintas generaciones que encarnan también el pasado y el futuro social (en tanto que “tiempo mental” y no sólo como hecho biológico). Cuando hay generaciones que se niegan a responder a su rol histórico de cuestionar el mundo que han recibido de sus mayores y abandonan el intento por construir el mundo que quieren, como ha sucedido en las últimas décadas, las sociedades pierden esa dimensión temporal tan importante para que la historia pueda avanzar.

Como a los regentes de la estúpida matriz socio-cultural que impera hoy en el mundo no les gustan las complicaciones (y el tiempo es una de ellas, bastante difícil de masticar por lo demás), entonces han tomado, como siempre lo hacen, el camino más fácil: clausurar la historia, cercenar la variable temporal, negar lo procesal. Entre otras muchas cosas más, nos han robado también el tiempo que, por cierto, no es una cosa sino que aquella cualidad inmaterial que, justamente, hace que los seres humanos no seamos cosas. ¡A quién le importa —dirán— un intangible más que desaparece! Total, es mucho más fácil manejar a individuos que se rigen por impulsos biológicos básicos (como el lucro, el sexo o el poder) que lidiar con vagos imponderables que no se pueden cuantificar. A la luz de lo que hemos venido diciendo, el fin último de tales maniobras resulta bastante obvio: si se quiere retener indefinidamente el poder entonces hay que naturalizar lo humano, atribuyéndole ciertas condiciones de inmutabilidad que eliminen cualquier riesgo —para ellos— de ser desplazados por el inexorable flujo del devenir; y poco importa si dichas condiciones son totalmente falsas, ya que lo primordial es que *se las crea verdaderas*. Sin embargo, estos “ladrones del tiempo” vuelven a equivocarse ya que los seres humanos no aceptamos ser tratados para siempre como figuritas recortadas de cartón y, en el momento menos esperado, nos sacudiremos de este prolongado olvido para recuperar aquella dimensión interior que configura el registro más íntimo de la propia humanidad. Cuando eso suceda, el mundo cambiará para siempre.

Por ahora, una de las formas de reavivar aquella dinámica procesal está en manos de los adultos, quienes deberíamos tender puentes hacia los más jóvenes y facilitarles su acción en vez de entorpecerla. Lo primero que habría que modificar sería aminorar la presión inclemente que ejercemos sobre ellos para que se conviertan rápidamente en “factores

productivos” (¡otra vez ese maldito reduccionismo económico!). Pero el abismo generacional es un problema demasiado serio que no puede resolverse con recursos fáciles, como el de aumentar los cupos juveniles en estructuras que probablemente sean las primeras que necesiten de una transformación radical. Tal vez, esas sensibilidades nuevas que debían irrumpir desde las generaciones más jóvenes ya lo han hecho y están aquí, entre nosotros, sólo que no lo sabemos porque sus portadores se han replegado para conformar verdaderas culturas (y subculturas), encapsuladas al interior del sistema y ensimismadas en su propio universo particular. Entonces, si se quiere interactuar con ellas habría que tratarlas como se trata a una cultura distinta de la propia, es decir, asumiendo que manejan códigos de relación desconocidos, ajenos a los nuestros y haciendo esfuerzos genuinos por incorporar a nuestra vida social aquellos significados nuevos que habitan en esos grupos, a través de la participación real de sus integrantes en los niveles de decisión.

Esta “lluvia de ideas” no tiene otro objetivo que predisponer al mundo adulto a un mayor acercamiento hacia las nuevas generaciones, que pueda ayudarlas a salvar la distancia para volver a la lucha porque el proceso humano las necesita imperiosamente. De lograr llevar adelante todo esto que estamos proponiendo, el mundo futuro será muy distinto al de hoy y desde allí miraremos este pasado como parte de una larga prehistoria por fin superada. ¿Cómo será ese nuevo mundo? No lo sabemos, pero abrigamos la esperanza de que los principios que lo rijan se sustenten en el humanismo. El marxismo, el liberalismo, la socialdemocracia, en tanto que ideologías y formas de acción, ya tuvieron su oportunidad, la jugaron con distinta suerte y hoy son historia. Ellos, entre otros, pusieron al mundo en la situación en que se encuentra y creemos firmemente que ahora le corresponde al humanismo la tarea de orientar su transformación, corrigiendo el actual extravío y restableciendo la dirección correcta.

### **Sobre el fin y los medios.**

“Todas las formas de lucha son válidas, compañero”, nos ha dicho más de una vez algún amigo comunista, en una actualización de aquella vieja frase apócrifa (atribuida a Maquiavelo) respecto de que el fin justifica los medios. Cuando vemos, tanto ayer como hoy, el actuar descarado y sin escrúpulos de los poderosos para eternizarse en el poder y somos testigos del continuo maltrato al que someten a los pueblos para favorecer sus mezquinos intereses, nos inunda la indignación hasta el punto de sentirnos tentados a

coincidir con nuestro amigo. Porque si el célebre florentino ha revelado a los gobernantes la fórmula para dominar a sus pueblos, nadie ha enseñado a esos pueblos a defenderse de sus maquiavélicos príncipes. Es así entonces que el acceso al poder (político, económico, militar) para mantenerse allí durante el mayor tiempo posible se ha convertido en el objetivo principal y casi único para la mayoría de las distintas facciones en pugna al interior de una sociedad, haciendo pagar a las comunidades precios altísimos (en pérdida de libertad, en calidad de vida) a cuenta de futuros beneficios que nunca llegaron a recibir. Y he ahí que esas colectividades están obligadas a soportar estoicamente los mandatos del señor de turno, sin contar con ningún recurso efectivo para sacárselo de encima cuando se sientan perjudicadas. Y ahora más que nunca, cuando la democracia no es más que el amable disfraz de una feroz tiranía del dinero.

Convengamos entonces que la mayor violencia, la más extendida y sistemática, casi siempre ha venido desde la institucionalidad (o amparada por ella) hacia los pueblos y cabe, por lo tanto, preguntarse si no es lícito ocupar todas las formas de lucha para defenderse de esos abusos o, mejor aún, para liberarse definitivamente de ellos. La respuesta del Nuevo Humanismo frente a esta inquietud es categórica: no se puede combatir a la violencia con más violencia, porque una conducta brutal reiterada sólo consigue encadenarnos indefinidamente a la prehistoria que anhelamos abandonar. Esta verdadera simbiosis entre el poder y la violencia es el emblema de este largo período y se ha alzado —hasta ahora— como un sino ineludible, semejante al de ciertos argumentos trágicos propios del mito. Construyamos entonces nuestro propio mito: *En tiempos inmemoriales, Poder y Violencia eran hermanos siameses y, a causa de tal condición, inseparables. Mientras el primero tenía una mente fría y planificadora, el segundo era desenfrenado y brutal, sin ningún remilgo para mancharse las manos con sangre cuando su hermano se lo pedía. Así, uniendo sus particulares atributos tanto como sus cuerpos lograron alcanzar una complementación tan perfecta que eran capaces de someter a quien se les pusiera por delante. Durante mucho tiempo, eso fue lo que hicieron obteniendo enormes beneficios a costa del dolor y la desgracia de los demás. Pero un día el pueblo, al que habían expoliado por generaciones, se cansó de soportar la sumisión y se rebeló. Entonces recurrió a un sabio, humanista y médico, quien a través de una delicada operación consiguió separar a los siameses mientras dormían. Al despertar y recuperarse, el desconcierto de los*

*hermanos fue tan intenso que el Poder se perdió para siempre en la multitud y se diluyó entre la gente. Mientras que la Violencia, al quedarse sin señor al cual servir, se vio obligada a transformarse en fuerza útil, canalizando sus energías hacia el dominio de la naturaleza y prestando con ello un servicio inestimable a la humanidad.*

Nuestro mito ilustra que mientras se siga operando en el mundo con la fórmula maquiavélica *poder-violencia*, nada habrá cambiado realmente. Cuando el poder es un fin, generalmente se utiliza la violencia como medio para alcanzarlo y mantenerlo (y no estamos hablando sólo de violencia física), lo que constituye un axioma indiscutible para la forma mental prehistórica. Por ello, la única manera de evitar el uso institucional de la fuerza sobre las personas es impidiendo que el poder político se convierta en tentador botín de guerra para unos pocos, pero este nuevo paradigma sólo podrá imponerse cuando se encuentren sistemas efectivos para desconcentrarlo. A modo de comentario anexo, no deja de escandalizarnos el hecho de que cada vez que cae una dictadura en alguna parte, se juzga y castiga (dentro de los límites que imponen las transiciones, por supuesto) a quienes hicieron el trabajo sucio represivo, mientras que aquellos que formaban parte del cerebro de aquel régimen, los que planificaban y finalmente daban las órdenes a ese brazo armado, quedan *siempre* impunes y siguen operando en la vida política como si nada hubiera sucedido. En muchos países, Chile entre ellos, han llegado hasta el parlamento participando en elecciones democráticas. Sin embargo (y para la complacencia de muchos), a consecuencia de sus continuos excesos el poder ya tiene su propia Némesis, puesto que en medio de una sociedad en desestructuración se ha vuelto por completo inoperante para contener el desorden generalizado que ya comienza a manifestarse por todas partes.

A los aficionados a objetivar al ser humano (que hoy día son legión) les gusta decir que la violencia es propia de su “naturaleza” y con ello concluyen que es inextinguible. La óptica humanista es muy distinta porque se trata de una aproximación procesal: lo que sucede es que somos una especie muy joven, que viene recién irguiéndose desde la animalidad más profunda y cuyo progreso ha sido inmenso en un período de tiempo muy corto. Hace unos pocos millones de años atrás, todavía andábamos en cuatro patas; la manipulación del fuego no tiene más de 400.000 años y el manejo de las primeras tecnologías es muy reciente. Hace escasos cientos de miles de años aún nos estábamos comiendo unos a otros; luego, en vez de usarnos como alimento, descubrimos la esclavitud y, aunque suene terrible, fue un

progreso. No mucho tiempo después nos dimos cuenta de que, pagando un salario, el otro rendía más que como esclavo y entonces se acabó la esclavitud. Así, las condiciones fueron cambiando y, uno a uno, los distintos derechos humanos han terminado finalmente por imponerse, al menos en la letra; y estos avances no fueron el producto de una mecánica sino que han respondido a la intención humana de transformar al medio y a sí mismo. Es cierto que durante este periplo hemos sufrido innumerables caídas y regresiones, algunas tan horribles como la que se está produciendo hoy en Irak, donde los soldados norteamericanos humillan al enemigo mofándose de sus muertos, comportamiento despreciable que no se veía probablemente desde los estados más primitivos de la especie humana. Pero así son los procesos: como cuando un niño recién aprende a caminar, no puede darse todo de una vez.

¿Cuál será el próximo paso en esta apasionante travesía humana? Probablemente, consistirá en una verdadera transmutación interna que implique el abandono definitivo de cualquier forma de violencia, no sólo por una convicción racional sino porque los actos violentos nos producirán repulsión visceral. Pero eso aún está lejos de suceder y el ser humano habrá de seguir progresando hasta alcanzar las transformaciones físicas y psicológicas necesarias para que el acto violento le resulte imposible, porque su cuerpo y su psiquismo lo rechazarán. Desde nuestra mirada procesal, todo parece ir en esa dirección pero un cambio tan radical puede tomar largo tiempo para producirse. Uno de los propósitos más profundos y sentidos de la acción humanista es ayudar a que dicho proceso se acelere, de modo que la especie humana pueda avanzar desde la actual prehistoria, donde la violencia todavía es parte de sus códigos de conducta cotidianos, hacia un nuevo momento en el que esa forma primitiva de relación haya desaparecido y no sea más que un lejano y pálido recuerdo.

Justamente porque nos sentimos afectados por estas tendencias, como cualquier ser humano, los humanistas siempre hemos tenido especial cuidado en considerar al poder político sólo *como un medio más* —en ningún caso el único, ni siquiera el más importante— para llevar adelante una revolución que, entre otras cosas, aspira a desarticular para siempre la relación perversa entre poder y violencia. Pero si estimamos impracticables e incluso ilegítimos los medios tradicionales, ¿de qué modo podremos impulsar entonces aquellos cambios estructurales necesarios para salir de la indeseable situación social en la que nos encontramos? Sin duda que a través de formas de acción y de

lucha no-violentas, como las que desplegaron Gandhi y Martin Luther King en su momento; movilizaciones muchísimo más complejas, cuya puesta en marcha seguramente demandará una gran creatividad y una coordinación a toda prueba. Pero ya hemos dicho que nuestra mirada no está puesta en la creciente impotencia del poder establecido, sino en lo que sea capaz de hacer la base social organizada, porque todo ello forma parte del bagaje necesario para dar el enorme salto evolutivo que se avecina.

### **La lucha por la subjetividad.**

Muy poco tiempo después de haber abandonado el poder, a comienzos del decenio de los noventa, Mijail Gorbachov apareció en los medios de difusión mundiales como figura central de una campaña publicitaria para la cadena norteamericana de comida rápida Pizza Hut. Dada la relevancia internacional que había adquirido el personaje como último jerarca de la Unión Soviética, ese hecho chocante confirmó la derrota definitiva de un planteamiento que enfatizaba las “condiciones objetivas” para interpretar los procesos humanos y puso en evidencia gráficamente que, por el contrario, la batalla más importante era aquella que intentaba ganar el control de la subjetividad de las poblaciones. Esto último no tiene nada de nuevo y los poderosos de todas las épocas parecen haberlo comprendido bien tempranamente en la historia, empleando los caminos más diversos para ganarse el favor de los pueblos. Tal es el caso de la moneda acuñada con su propia efigie que Alejandro Magno hizo circular profusamente por todo el imperio persa, recurso genial todavía vigente; o el adoctrinamiento religioso intensivo que desarrolló la Iglesia Católica durante varios siglos, contratando los servicios de los mejores artistas de su tiempo. De modo que la gran diferencia entre esas experiencias del pasado y el momento actual no está en el fin sino en los medios, vistos el alcance, la potencia y la capacidad de penetración que han alcanzado gracias al soporte de la tecnología.

Ahora los mensajes ya no se construyen a partir de burdas y esquemáticas representaciones del mundo real —que debían contar necesariamente con una disposición favorable del receptor para hacerlos creíbles—, porque el altamente perfeccionado nivel de producción audiovisual al que se ha llegado los vuelve más reales que la misma realidad. Que se confunda a menudo a la persona con el personaje, como suele sucederle a la gente frente a muchas figuras de la televisión o el cine, es un hecho anecdótico que da cuenta de esta peculiar inversión. En cuanto a su reproducción, los satélites artificiales de comunicación

tienen hoy el poder de llevar instantáneamente esos mensajes hasta los lugares más recónditos del planeta, con lo cual ya casi no viven seres humanos que puedan escapar a su influencia. Así, sin apenas percibirlo, hemos terminado recreando por todas partes una curiosa versión contemporánea del célebre Mito de la Caverna<sup>52</sup>: lo que aparece en la televisión (el equivalente tecnológico del fondo de la caverna) es lo único real, lo demás simplemente no existe. Pero, al igual que Platón, confiamos en la capacidad humana para recordar...

No pasaría mucho tiempo antes de que el poder económico cayera en cuenta de las enormes posibilidades de manipulación que era capaz de aportar una herramienta tan poderosa y comenzara entonces a adquirir señales de televisión por doquier para lanzar su propaganda. A partir de ese momento, ya fue posible el adoctrinamiento masivo y a distancia de la opinión pública, en torno a una serie de supuestos y creencias sin fundamento, pero que interesaba instalar como verdades indiscutibles. Es así que, durante más de veinte años, hemos sido mañosamente engañados por los predicadores del sistema, que han hecho uso y abuso de su poder mediático para imponer la forma de vida y el modelo económico-social que mejor conviniera a los intereses de las minorías económicas, anulando cualquier forma de resistencia que pudiera venir desde las mayorías negativamente afectadas por esas decisiones. Hasta ahora, el nutrido bombardeo propagandístico parece estar consiguiendo su objetivo, dado el lamentable estado de “zombificación” que puede apreciarse al interior de los conjuntos humanos expuestos a su influjo, gracias al cual pueden ser mansamente conducidos hacia su propio exterminio mientras continúan hechizados por el ensueño de un ingreso inminente y largamente esperado al paraíso de la abundancia material.

Es interesante observar como opera esta verdadera máquina creadora de verdades. Diariamente, los medios (especialmente la televisión) bombardean a la opinión pública con aquellas consignas que quieren instalar. La gente, que tiende a creerle más a los medios que a su propia experiencia, pondera su propia vida comparándola con aquella verdad oficial. Si le dicen que las cosas están muy bien y ellos están muy mal, al cotejar ambas afirmaciones se impone la versión de los medios y entonces cada uno termina sintiéndose como un fracasado, incapaz de aprovechar las oportunidades que —según los medios— nos brinda el

---

<sup>52</sup> *La República*. Platón. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1982.

sistema. “Si lo dice la tele debe ser verdad”, y son muy pocos los que dudan o pueden inferir la existencia de una manipulación detrás de aquello que se está emitiendo.

¿Serán esos pueblos capaces de romper la inercia hipnótica que los arrastra y detenerse antes de cruzar el umbral del sacrificio? Estamos seguros de que así sucederá, porque el ser humano es imprevisible y frente a los caminos cerrados siempre encuentra una salida. Pero si quiere apoyarse ese paso hacia la toma de conciencia colectiva, las acciones basadas sólo en la comunicación directa parecen ser insuficientes ya que tienen un alcance muy limitado en el tiempo y en el espacio: es necesario dar la batalla a través de los mismos medios de comunicación masiva que el poder establecido utiliza para adormecer a la gente. Aun así, nada será fácil ya que el oligopolio que acumula la propiedad de esos medios querrá retenerlos sólo para sí y entonces utilizará todos los recursos a su alcance para tratar de eludir esa batalla.

Pero el mundo sigue adelante y su proceso se acelera. Si aún pervive una cierta sensibilidad dominante y, a partir de ella, determinadas conductas de los pueblos, es porque detrás o al centro de esa particular disposición subjetiva se emplaza un mito. Esa creencia central, que hoy rige nuestras búsquedas y configura nuestras más íntimas aspiraciones, puede durar más o menos tiempo, pero no es eterna y cuando decaiga su ascendiente será sustituida, como siempre ha sucedido en épocas anteriores. La mutación de esa imagen se corresponderá con un desplazamiento de la sensibilidad, todo lo cual arrastrará también una inmediata modificación de los comportamientos colectivos. Ortega, con su lucidez característica, definía este fenómeno con la siguiente reflexión:

*“El diagnóstico de una existencia humana —de un hombre, de un pueblo, de una época— tiene que comenzar filiando el sistema de sus convicciones y para ello, antes que nada, fijando su creencia fundamental, la decisiva, la que porta y vivifica todas las demás”<sup>53</sup>.*

Pues bien, el mito capital de nuestra época, aún vigente pero ya bastante debilitado, es —qué duda puede haber— el dinero. Y desde que ese pequeño dios profano se instaló en el trasfondo de la subjetividad colectiva, toda la sociedad se organizó de acuerdo con sus parámetros<sup>54</sup>. De ahí en adelante, la convivencia humana se ha modelado conforme

---

<sup>53</sup> *La Historia como sistema*. Ortega y Gasset. Alianza Editorial. Madrid, 1981.

<sup>54</sup> Contra lo que se pudiera pensar ingenuamente, no siempre el dinero ha sido el mito central. Es con el surgimiento de la burguesía, a fines de la Edad Media y comienzos del Renacimiento, que el dinero cobra especial relevancia. Ese proceso continuó avanzando hasta consumarse con la victoria de la burguesía en la Revolución Francesa. De todos modos, antes,

únicamente a variables económicas. Pero ya es posible percibir que la vigencia de este mito (y de la sensibilidad mercantil asociada a él) está en una fase final de su declinación y la repulsa visceral que el actual modo de vida desata entre los jóvenes es uno de los signos más evidentes de dicho agotamiento, lo que anticipa el profundo cambio social que se viene.

Seguro que muchos dirán que estamos equivocados, porque el dinero es un hecho objetivo imposible de eludir. Entonces tendremos que aclarar que no nos estamos refiriendo a su calidad de factor de intercambio, sino que a ese enorme potencial mágico que le atribuimos para modificar positivamente nuestra desgraciada realidad. La pregunta que surge es si el dinero tiene efectivamente esa aptitud transformadora, o es que nosotros *creemos* firmemente que la tiene y, entonces, nos movemos y actuamos en el mundo como si dicha creencia poseyera realidad objetiva. Si este último fuera el caso, estaríamos en presencia de un mito, y el problema se presenta cuando aquello en lo que hemos puesto nuestra fe carece del poder que le asignábamos, porque entonces la desilusión es cosa de tiempo. ¿Cómo puede ser posible que una simple herramienta, creada con el propósito utilitario de facilitar el intercambio de bienes, haya adquirido un poder de seducción tan enorme que logre mantener bajo su hechizo a las multitudes? Se trata de un fenómeno curioso que parece no tener explicación racional; es como si de pronto un zapato, un desatornillador, una plancha o cualquier otro objeto práctico, en virtud de no se sabe qué juegos ocultos de la conciencia, se convirtiera en dios y adquiriera poderes inmensos. ¿Será que nuestra época se caracteriza por una inteligencia algo decrepita que, a causa de su desesperada impotencia, puede terminar validando cualquier cosa? Sin duda, son preguntas interesantes pero que no sabemos responder.

Lo que sí sabemos es que cuando los pueblos se desilusionan y pierden fe en el poder de un mito, la forma de vida que se sustentaba en aquel dogma se derrumba como un cascarón vacío, que colapsa bajo el peso muerto de su propia estructura. Esta afirmación puede resultar altamente perturbadora para una mentalidad prehistórica pues, en el mundo humano, la subjetividad condiciona a la objetividad en mayor grado que la influencia inversa. Por tanto, si la convicción colectiva en los supuestos atributos mágicos que posee

---

en la cultura Latina del 300 a.c., ya se pedía a Juno Moneta la abundancia de bienes, pero para los creyentes era más importante Juno que el dinero de cuya buena voluntad éste derivaba. La misma palabra “moneda” deriva justamente de Moneta.

el dinero ha comenzado a debilitarse, entonces todo cambiará muchísimo más rápido de lo que esperaban aquellos que se acomodan en el poder como si fueran a permanecer allí para siempre. En ese momento estamos y aunque los poderosos sean dueños de todo el potencial mediático del planeta y consiguieran perfeccionar al máximo las técnicas de manipulación, ni aunque utilizaran toda la fuerza de su ilimitado arsenal destinado al control de la subjetividad, ni siquiera así podrían sostener un mundo en el que los pueblos han dejado de creer. Eso ya está sucediendo y sólo resta iniciar nuevas búsquedas. El Humanismo Universalista empleará entonces los medios de comunicación —los mismos que, hasta ahora, sirvieron al orden establecido— para poner sus propuestas al alcance de esas búsquedas.

## 8. Hacia una sociedad realmente humana

---

*Si el hombre fracasa en conciliar la justicia y la libertad, fracasa en todo.*

*Camus*

### **Un progreso de todos y para todos.**

*—Atención, jóvenes— dijo suavemente la Maestra, ajustando el micrófono inalámbrico mientras su mirada recorría el atestado y bullicioso auditorio. —El Ciclo Académico Formativo ha llegado a su fin. Durante este intenso período que hemos compartido, nuestro objetivo fue habilitarlos para comprender y enfrentar el futuro, un tiempo que aún no tiene realidad objetiva pero que habita en cada uno de ustedes como paisaje interno; el mismo que intentarán plasmar en el mundo durante los próximos meses y años. Tienen todo para hacerlo y los espacios de participación social estarán siempre abiertos, para que puedan ocuparlos con total libertad en la realización de su proyecto.*

*Mientras hablaba, la Maestra saboreó aquella fugaz nostalgia que la visitaba cada año para estas fechas, al recordar la vorágine creativa y el arrojito de su propia juventud. También sintió fluir una intensa corriente de simpatía hacia aquellos jóvenes discípulos que la escuchaban con impaciencia.*

*—Pero no siempre ha sido así— continuó, con voz teatralmente sombría —y aunque esta es una vieja historia, la volvemos a recordar todos los años porque, como dice el aforismo, un pueblo que no conoce su pasado está condenado a repetirlo—. Entonces comenzó la narración, que tanto ella como los asistentes al evento se sabían de memoria. Pero lo importante no era la novedad sino que la reiteración del compromiso. Ése y no otro era el verdadero sentido del acto en curso.*

*“Durante largo tiempo, el ser humano se debatió en una profunda confusión respecto de sí mismo y su destino. Se experimentaba dividido entre la animalidad ciega y un nuevo horizonte preñado de incógnitas, una de las cuales —la más dura, quizás— era la aguda conciencia de su propia muerte. En algún punto de su trayectoria, la evolución lo había dotado de visión de futuro y si bien ese atributo único lo llevó a ganar en libertad, también lo conectó con el absurdo, porque no tenía sentido lanzar la mirada hacia el mañana para*

*encontrarse allí con el abismo final. Casi parecía la broma macabra de algún sádico dios ignoto que quisiera divertirse a costa de la desgracia humana.*

*Pero ese angustioso misterio también acicateó sus búsquedas y lo condujo a una acelerada superación material que logró liberarlo, en gran medida, del dolor físico y de la esclavitud natural. Sin embargo, ni siquiera esas conquistas formidables eran capaces de llenar su vacío interior, que lo acompañaba como perro fiel a través de los diferentes pasajes de su historia. Y entonces no encontró otro camino para sofocar esa lacerante conciencia que la ejecución de un sacrificio radical: se negó a sí mismo, y mucho de lo que hizo llevaba la marca indeleble de esa negación. Levantó sociedades y civilizaciones muy complejas en las que, casi siempre, terminaba siendo desplazado a un lugar secundario. A veces era algún dios, a veces una idea, a veces una cosa, en cuyo nombre se sacrificaba lo humano y se justificaban las atrocidades más feroces cometidas en su contra. Todo porque se había negado a sí mismo, para escapar del absurdo intolerable al que lo arrojó una simple pregunta sin respuesta.*

*(Desde las graderías descendió un murmullo compasivo y la asamblea pareció temblar, profundamente conmovida).*

*La última etapa de aquella prehistoria se caracterizó por el predominio del dinero (en este punto de la narración siempre sucedía lo mismo: la asamblea explotaba en risas y la Maestra debía pedir silencio, sin pretender disimular una sonrisa cómplice). Se puso en el centro del orden social al... ¡capital financiero! (nuevas risas reprimidas), el que, a poco andar, se convirtió en una fuerza desbordada e irracional que empezó a devorarlo todo. La organización colectiva se fue desvencijando progresivamente y todas aquellas conquistas genuinamente humanas se perdieron, al transformarse en abstracciones económicas. Al final, sólo subsistía una patética e insaciable avidez que no hacía más que acentuar el sinsentido que intentaba vanamente mitigar. Frente a ese infinito vacío interno, que ahora estaba también afuera y por todas partes, el ser humano hubo de reconocer su fracaso. Entonces, todo empezó a cambiar. El capital financiero continuó su carrera enloquecida, hasta que el delirio acumulativo terminó en un colapso, arrastrando a todo el planeta en su debacle. Pero eso ya no importó mucho porque, en distintos puntos y al mismo tiempo, se estaban ensayando nuevas respuestas que tenían al ser humano por centro. Como explica*

*la teoría del caos, ese pequeño cambio —el leve aleteo de una mariposa— tendría enormes consecuencias.*

*Aquel fue el momento más glorioso de nuestra magnífica epopeya, porque los esfuerzos individuales dispersos y fragmentarios de la etapa anterior comenzaron a converger hacia un gran proyecto común y desde el fondo de las conciencias se alzó una imagen nueva: la nación humana universal. Por primera vez en mucho tiempo, pusimos nuestro trabajo al servicio del bienestar colectivo, utilizando los potentes recursos tecnológicos para alcanzar un progreso de todos y para todos, no sólo para unos pocos privilegiados. Cuando la totalidad de los seres humanos, sin excepciones, se puso a salvo de las amenazas de la supervivencia, la búsqueda de una respuesta definitiva a la pregunta sobre la muerte adquirió especial relevancia y hoy todos nosotros estamos recibiendo los beneficios de aquellas apasionantes indagaciones...”*

*La narración se detenía siempre en el mismo punto. Lo que venía después resultaba bastante más familiar para todos los presentes y no era necesario recrearlo, puesto que formaba parte de la nueva época que ya se estaba viviendo. La Maestra cerró el micrófono y se sumergió en el espeso silencio que había caído sobre el auditorio. Observó los rostros concentrados de sus discípulos mientras cotejaban su vida actual con aquella que describía la narración y se hacían sentidos propósitos para cuidar y mejorar lo que tenían, aprendiendo de los errores pasados. Una vez terminada la meditación, la reunión se disolvió en medio de una jubilosa algarabía.*

¿Sucederá todo tal como lo describe la narración? La verdad es que si pudiéramos tomar distancia respecto del momento histórico que nos toca vivir, y lo evaluáramos desapasionadamente, las opciones disponibles no parecen ser muy distintas a las que allí se presentan. De manera que si esta fábula un tanto ingenua nos hace reflexionar y nos ayuda a tomar decisiones, habrá cumplido su propósito.

### **Una revolución humana: de la competencia a la convergencia.**

Dime en qué crees y te diré qué tipo de sociedad construirás. Mientras el valor central sea el dinero, siempre surgirá algo parecido al neoliberalismo; si es el poder, emergerá el Estado totalitario en alguna de sus variantes; si es Dios, entonces será una teocracia. Cuando el valor central sea el ser humano real y concreto, entonces construiremos una sociedad humanista. El modo de vida imperante hoy día no es más que un subproducto de aquella

gran prioridad —el dinero— y el modelo económico, que parece tan real, es una “emanación” de los valores (o antivalores) que animan a quienes lo han diseñado y construido. Al final, las apariencias (lo que aparece) no son otra cosa que las manifestaciones externas de una mente afiebrada o lúcida. Entonces, además de discutir los sueños (o las pesadillas), enfrentemos también al soñador, porque si él no cambia seguirá soñando las mismas cosas.

Hoy vivimos en un mundo grotesco donde todo está al revés y en el que se han perdido las relaciones de inferencia, lo que acusa el tipo de mentalidad que está operando detrás. Los fines deben adaptarse a los medios, lo abstracto condiciona a lo concreto, lo cuantitativo a lo cualitativo, el bienestar humano está supeditado al interés económico. Para graficarlo mediante un viejo aforismo campesino, se ha puesto la carreta delante de los bueyes. ¿Cómo y por qué se produjo esta inversión? Ya el sociólogo alemán Max Weber (1864-1920) denominaba “racionalidad formal” a aquella mentalidad tecnocrática que se desentiende de los fines de su gestión y cuyo funcionamiento, aparentemente racional, en el fondo es pura irracionalidad, como quedó demostrado con trágica contundencia en nuestro pasado reciente<sup>55</sup>. Se trata de funcionarios miopes, condicionados por la lógica informacional del paso a paso, que carecen por completo de una visión de proceso o de estructura, lo que les impide siquiera atisbar cuáles serán las consecuencias de sus acciones. Cuando, por ejemplo, estos “tontones con poder” (¿tontócratas?) pretenden instalar pomposamente un nuevo orden mundial, les resulta un nuevo desorden local como el de Irak, que acaba devorándolos a ellos mismos (¡ojo Latinoamérica!). El proceso de copamiento del control social planetario por esta casta decadente se ha venido desarrollando durante casi todo el siglo XX y parece estar culminando en el caótico mundo de hoy. Ese caos es su funesta herencia.

Es necesario restablecer el orden de los factores para poder operar, con algún grado de eficacia, sobre la realidad. Pero ello implica, antes que nada, un cambio de perspectiva respecto de lo que es el mundo humano y de la relación entre esa experiencia colectiva y la humanidad individual. Debemos ser capaces de liberarnos del estrecho corsé en el que nos ha metido esta limitadísima cofradía dominante, para lo cual es estrictamente necesario aprender a mirar (y a mirarnos) de una manera completamente nueva.

---

<sup>55</sup> Esta idea surge de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt (Marcuse, Adorno, Habermas).

En el actual modelo, la dinámica social se sostiene en la competencia. Considerando la visión zoológica del quehacer humano que tiene la tecnocracia dominante, era muy difícil que se les ocurriera algo distinto, así es que han instalado a “la lucha por la supervivencia entre miembros *de la misma especie*” como único estímulo para la actividad humana. A estas alturas del progreso social, ese planteamiento resulta impresentable por imbécil y racista, pero se ha tendido a legitimarlo, a pesar de todo, al actuar cotidianamente bajo sus presupuestos. Lo menos que podría esperarse es que dicha competencia fuera justa y efectivamente libre, pero todos sabemos que no es ni una cosa ni la otra —aunque actuemos como si lo fuera—, dadas las enormes ventajas comparativas que obtienen, de distintos modos, los grupos de poder por sobre el resto. Es como si nos obligaran a jugar un juego que no nos gusta y, además, cambiaran las reglas a cada rato para favorecer a los apostadores... ¡todo mal! Si esto es así en el plano individual, con las naciones sucede algo parecido y entonces el desarme, la paz, la integración y el progreso se vuelven aun más difíciles.

Sin embargo, encerrar a la vida humana en la tautología del “vivir para comer y comer para vivir” es precipitarla en el absurdo. De hecho, estamos produciendo sociedades enfermas, no sólo en lo social (que ya es bastante) sino también en lo psicológico, al vaciar de todo sentido al quehacer humano. Porque si la actividad colectiva es pura mecánica natural, ¿qué proyecto conjunto puede impulsarse? Si las relaciones humanas consisten, básicamente, en rivalizar con otros miembros de nuestro entorno, ¿a qué colaboración solidaria podemos convocar y con cuál marco moral hemos de juzgar los excesos de dicho comportamiento? En cualquier caso, deberíamos saber que cuando el ser humano se queda sin un destino mayor hacia el cual proyectarse y converger, sucede que enloquece. ¿Cómo podríamos extrañarnos entonces si aumentan las depresiones, los suicidios, la drogadicción y el alcoholismo?<sup>56</sup> ¿Y con qué argumentos vamos a reprochar a los jóvenes su falta de participación? Tienen toda la razón: participar en qué cuando aquello que hoy se les ofrece, desde el punto de vista humano, es la nada misma.

Si para una sociedad mercantil como la actual, la única forma de generar energía colectiva es mediante un burdo efecto de fricción entre sus miembros, el proyecto de humanización

---

<sup>56</sup> Mientras escribíamos estas líneas, en Virginia, Estados Unidos, un estudiante mataba, sin ningún motivo, a treinta compañeros de universidad, lo que constituye una versión multiplicada del absurdo tan bien descrito por Camus en su libro *El Extranjero*.

se vuelve aun más urgente y necesario, porque formular las relaciones sociales en términos tan estrechos y unidimensionales es un indicador dramático de la escasa percepción que hoy se tiene de lo humano en cuanto interioridad, aspecto que ya desarrollamos ampliamente en un capítulo anterior. En realidad, somos “hacedores de sentido”, poetas iluminados por un fuego interior que se desparrama sobre el universo circundante, amasijos de sueños que vamos buscando aclarar para luego transformarlos en amadas realidades, inspirados constructores de mundos que caminan hacia su Destino. Eso somos y no permitiremos que la tortura cotidiana del materialismo imperante nos obligue a olvidarlo. En este sentido, el Quijote es, quizás, el personaje literario más genuino y entrañablemente humano, cuya vida fabulosa es una afirmación vibrante de estos valores, de ahí su inmortal universalidad.

Por el contrario, en una sociedad humanizada, es decir, aquella en la que sus miembros se vinculan a partir de su cualidad intencional, la fuerza motriz debiera emanar principalmente de la convergencia de la diversidad en torno a un proyecto común y no de la competencia (“De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades”, apelando al archiconocido aforismo de Louis Blanc). Somos todos distintos pero queremos lo mismo, de modo que el gran esfuerzo colectivo consistirá entonces en *ponerse de acuerdo en aquello que se quiere y no en competir por ello*. Esta última es una lógica necia y de corto alcance, mientras que la complementación de intenciones y acciones nos permitirá ampliar y potenciar nuestras capacidades mucho más allá de los límites actuales, para alcanzar cimas nunca antes escaladas. El Humanismo Universalista propone una dirección a seguir, un sueño colectivo hacia el cual converger, que reúne en único haz las aspiraciones de hermandad y colaboración que siempre han fecundado los mejores momentos de nuestra historia: la construcción de una *Nación Humana*, que vaya más allá de lo territorial, más allá de lo étnico y, por cierto, mucho más allá de lo económico. Ahora, cabalgando a lomos del progreso material, ese anhelo alcanza proyecciones universales.

Así, la revolución humana es, antes que nada, una revolución interna porque implica la sustitución de los actuales paradigmas, lo que va a manifestarse después en el tránsito desde aquel comportamiento competitivo animal hacia una respuesta eminentemente humana que busca la confluencia recíproca. Probablemente, seguirá habiendo mercado con todos sus derivados, pero ya restringido a ámbitos específicos y no condicionando (ni contaminando)

ilegítimamente la totalidad de nuestra valiosa convivencia colectiva. Por cierto, las ondas de este profundo cambio interno se propagarán también sobre la realidad social, engendrando en ella transformaciones radicales.

### **Una revolución social: de la acumulación a la distribución.**

Que el dinero siga instalado como el valor social más importante a pesar del profundo descontento y la insatisfacción general, sólo puede explicarse en función del enorme poder que aún ostenta la actual plutocracia y los pueblos, a pesar de su infelicidad, se ven obligados a bailar con la música que ponen los dueños del dinero. Excepto en el caso de las minorías acumuladoras directamente favorecidas, nadie quiere este presente miserable, cruzado por un materialismo infame que ha rebajado el destino humano a una angustiada lucha por sobrevivir. Y sin embargo, son pocos los que se muestran dispuestos a hacer algo para cambiar el actual estado de cosas, lo que da cuenta del profundo temor que esta dictadura invisible es capaz de infundir en las poblaciones del planeta para mantenerlas encadenadas, un miedo cerval a perder lo poco que se tiene.

Resulta muy sospechoso observar que en la discusión pública que se abre cada cierto tiempo, con el objeto de buscar “soluciones” al eterno déficit de equidad que presenta el modelo imperante, no se considere que acumulación y distribución son términos antitéticos: cuando se estimula de mil formas la obsesión compulsiva por acumular y los recursos son limitados, no puede esperarse que también se produzca justicia distributiva. Manipular las expectativas de la gente con semejante disparate es, francamente hablando, mala fe. Aunque se diga lo contrario para salvar las apariencias, podemos concluir entonces que la desigualdad no es una consecuencia aleatoria indeseable que pudiera ser corregida, sino que un mecanismo clave para el funcionamiento del modelo. Este jueguito perverso, en el que unos pocos acumulan mientras las grandes mayorías viven en privación, forzando de ese modo una lucha fratricida de todos contra todos por acceder a los escasos recursos que quedan disponibles, es el medio de dominación que utiliza la actual tiranía y tal vez la fuente más importante de violencia social. La sensación crónica de inseguridad material que experimentan las poblaciones es la base psicológica para mantener las cosas como están. Pero la vida humana es demasiado valiosa (amén de breve...) y no merecemos vivirla atrapados en tan estúpida trampa, diseñada exclusivamente para satisfacer la posesividad enfermiza de un pequeño grupo. Ha llegado el momento de sobreponerse al temor, de

rebelarse contra la extorsión despiadada que ejercen los poderosos y exigir a nuestros gobernantes el urgente reordenamiento de las prioridades sociales. Aunque no parece mucho, será más que suficiente.

Convengamos entonces que una transformación social auténtica (y no la programada distribución de míseras limosnas para apaciguar el descontento) empieza por redefinir los primarios en la gestión social. La ideología capitalista tiene los suyos, al emplazar al dinero y sus exigencias de rentabilidad en el primer puesto de la lista, relegando a los seres humanos a lugares secundarios. El humanismo lucha por modificar ese paradigma, ubicando a la existencia humana *y sus necesidades concretas* en el centro del esfuerzo colectivo, mientras desplaza los requerimientos del capital (abstracto) hacia posiciones secundarias. Como consecuencia de esta operación, la lógica acumulativa del actual sistema puede transformarse en su opuesto, porque al quedar asegurada —aquí y ahora— la base material de la vida humana, desaparece también la urgencia por acumular *ad infinitum*, en tanto que respuesta compensatoria frente a una agobiante situación de carencia vital. Así queda en evidencia también que el afán de poseer y el consumismo que apareja, conductas tan valoradas al interior de esta torpe cultura materialista, no son otra cosa que respuestas instintivas neuróticas, desproporcionadas y fuera de control. Es simplemente patético...

Y muy especialmente, porque la escasez (cuando no pobreza abyecta...) que debe soportar la mayoría de los habitantes del planeta, *es una falsa escasez*; se trata de otra invención sin fundamento instalada con total premeditación en la subjetividad colectiva, para poder dominarla a su antojo. El problema está, justamente, en que hemos sido condicionados a ponderar los hechos desde la mirada que impone el sistema pero, al cambiar de perspectiva, nos damos cuenta de inmediato que nunca antes en su historia, el ser humano había alcanzado un poderío tan grande sobre la naturaleza como el que posee hoy. Hemos llegado a dominar casi todos sus secretos y aprendimos a extraer desde su seno la máxima abundancia, lo que refuta toda la argumentación oficial en orden a que el progreso colectivo debe esperar, hasta que se logren ciertas desconocidas condiciones ideales que nunca se alcanzan. En rigor, el bienestar material está ahí, al alcance de la mano, y si no nos beneficia a todos por igual *no es porque no se pueda sino porque no se quiere*, ya que el control social ejercido a través de esta tramposa dosificación de la carestía, resulta enteramente funcional al proyecto acumulativo de los dueños del capital especulativo.

Si tal es el nivel de insensatez al que puede llegar una sociedad organizada alrededor de una abstracción como el dinero, veamos qué sucede cuando se ubica al ser humano real y concreto como interés central. Lo primero que constatamos es que sus demandas básicas (salud, educación, vivienda, trabajo) hoy están consignadas como derechos humanos fundamentales en la Declaración Universal de los Derechos Humanos<sup>57</sup>, muchos de los cuales ya han sido traspasados a las Cartas Constitucionales de los países que firmaron dicho acuerdo. Sólo que... no son exigibles legalmente, como sí lo es, por ejemplo, el derecho a la propiedad. La diferencia de categoría entre un derecho y otro habla con claridad de la dirección hacia las cosas y no hacia las personas que caracteriza al actual sistema. Pues bien, en una sociedad realmente humana se corrige tamaña aberración porque el énfasis se invierte y, en virtud de ello, la satisfacción de esas necesidades pasa a ser una obligación constitucional ineludible, con el mismo nivel de excelencia para todos, sin depender de los ingresos económicos de cada cual. Este suelo común, que pone las condiciones mínimas para que exista una real igualdad de oportunidades, es la única forma de asegurar el progreso efectivo de un pueblo.

¿Y qué se le puede objetar a un propósito tan razonable? Siempre se recurre a los mismos argumentos: que no hay cómo financiar tales inversiones, que el gasto social no puede incrementarse porque aumentará el riesgo de inflación, que se desincentivará la inversión privada, que hay que resistir a la tentación del populismo, etc., etc. Los conocemos todos, no porque seamos especialmente eruditos sino porque se repiten sin cesar en los medios de comunicación. En suma, economicismo en estado puro que, desde el marco de referencia que fijan las nuevas prioridades sociales, no puede sobreponerse al humanismo que las impregna, por muy complejos que sean los problemas técnicos a resolver. En la década de los años ochenta, cuando en Latinoamérica se realizaron crueles ajustes para acomodar las economías locales a las exigencias de la globalización, las tecnocracias no necesitaron de ningún respaldo popular, ya que se ampararon cobardemente en el poder absoluto ejercido por las dictaduras militares que imperaban en la región; sólo se preocuparon de puntualizar,

---

<sup>57</sup> Adoptada por resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de Diciembre de 1948. A modo de ejemplo citamos uno de sus artículos que, después de 60 años, sigue siendo letra muerta en muchas partes del mundo:

“Artículo 25

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad”.

con alegre desparpajo, que dichas reformas económicas implicaban un “costo social” que había que pagar inevitablemente. Pues bien, si aquel ajuste fue soportado a la fuerza por los pueblos, con enormes sacrificios y muy exigua retribución posterior (una relación costo-beneficio desfavorable, diría cínicamente un tecnócrata), el cambio de prioridades hacia lo humano implicará un “costo financiero” equivalente que tendrá que ser solventado por los grandes capitales, les guste o no. A fin de cuentas, eso se llama reciprocidad. Pero ya comienzan a soplar tímidamente los nuevos vientos: en Bolivia se han dado pasos decididos en esta dirección y los inversionistas no salieron huyendo del país ni complotaron para financiar un golpe de estado sino que *han aceptado las nuevas condiciones*<sup>58</sup>.

Como vemos, una revolución social humanista no se caracteriza por aparatosos despliegues cinematográficos sino que, básicamente, *por una reorientación de todo el sistema*, de la acumulación a la distribución. Si hoy todo apunta a favorecer la concentración del capital especulador, en desmedro de soluciones definitivas a las múltiples urgencias sociales, en una sociedad auténticamente humana el empeño estará puesto en mejorar radicalmente las condiciones de vida de los pueblos por encima de cualquier otro interés, sea éste económico o ideológico. Una vez que la sociedad así orientada haya garantizado igualitariamente el soporte biológico y cultural de la vida humana, haciendo uso intensivo del enorme arsenal de recursos que aporta la tecnología, será necesario proteger también a la conciencia humana contra la intervención de cualquier poder arbitrario que quisiese aplastar su libertad. Esta última tarea forma parte del programa de una revolución política humanista.

### **Una revolución política: la desconcentración del poder.**

Siempre resulta sugerente observar cómo aflora una cierta visión de mundo en los giros del lenguaje; por ejemplo, en la forma de referirse a los conjuntos humanos. Si la izquierda tradicional los concibe como “masas”, para las corrientes favorables al mercado son “consumidores” agrupables de acuerdo con segmentaciones socioeconómicas. Las masas pueden hacer número (una variable cuantitativa) pero no se las considera capaces de establecer distinciones cualitativas que den dirección al conjunto, así es que necesitan un líder político o social que decida por ellas. A esas masas ciegas hay que conducir las, como se conduce a un rebaño. La capacidad de decisión de los prototipos de consumo asoma

---

<sup>58</sup> Se trata de la nueva relación establecida por el gobierno de Evo Morales con las transnacionales energéticas que extraen el gas y los hidrocarburos en ese país, luego del decreto de nacionalización del 1º de Mayo del 2006. Todas las empresas, entre las que se encuentran Repsol y Petrobrás, aceptaron los cambios de los contratos.

igual de escasa, ya que sus respuestas parecen estar limitadas a unos pocos patrones imitados de ciertos “líderes de opinión” que aparecen en la tele. Los consumidores deben ser estimulados adecuadamente para activar ciertos reflejos condicionados a la manera pavloviana, y ahí está la publicidad para cumplir dicha función. Pareciera que, para ambas tendencias, la autonomía interna de las colectividades fuera muy limitada y por ello — según el caso— han de ser conducidas o estimuladas desde afuera de sí mismas. Curiosamente, las dos corrientes fundamentaron extensamente su rechazo radical al Estado y anunciaron su inminente desaparición, pero siempre terminaron utilizándolo para imponer a los pueblos sus respectivos proyectos político-sociales.

¿A qué vienen estas consideraciones? Básicamente, a que la figura del Estado como entidad concentradora del poder político, económico y militar emana de la misma convicción mencionada: que los grandes conjuntos humanos son incapaces de hacerse cargo de sus propias decisiones y, entonces, tienen que delegarlas en un suprapoder idealmente sabio, que las administrará correctamente. Este argumento ha bastado como justificación “filosófica” para que, con indeseable frecuencia, algún grupúsculo minoritario que se creía privilegiado, les arrebatara a los pueblos todas sus atribuciones soberanas y los mantuviera sumidos en la dependencia y el paternalismo por largo tiempo. En el mejor de los casos, aquel traspaso se realiza por la vía democrática pero, mientras exista un punto que acumule el control social, también subsistirá la atracción de acceder a él por la fuerza o de maniatarlo a través de la extorsión económica, para favorecer a ciertos sectores en desmedro del conjunto.

Esto es hoy así y también lo ha sido antes. Casi se trata de una lucha inmemorial, en la que los movimientos de liberación aspiran a conquistar el poder en manos de los opresores, quienes buscan conservarlo a toda costa, sin que nadie parezca advertir, como en esos juegos de claves, que el problema está justamente... en que exista la posibilidad de “tomarse” el poder. ¿Cuándo va a cesar esa lucha y la violencia que implica? Ya lo hemos señalado: cuando no haya nada que tomarse, porque el Estado dejó de ser un acumulador de soberanía para transformarse en coordinador eficiente de la actividad múltiple y autónoma en la base social. Cosa que, finalmente, sucederá cuando las sociedades se humanicen y tanto “masas” como “consumidores” se asuman como seres humanos plenamente intencionales, responsables de su destino individual y colectivo.

Para el Nuevo Humanismo, los conjuntos humanos son entendidos como complejos sistemas de relaciones que se van articulando alrededor de una coincidencia de intenciones entre sus miembros. De acuerdo con nuestra concepción, esas verdaderas redes intencionales no requieren de ninguna conducción ni estimulación externas a su propia iniciativa, sino que *de una adecuada coordinación*. Es importante que se entienda bien la diferencia: si consideramos a los seres humanos como conciencias activas, que no sólo reflejan el mundo sino que están siempre en situación de transformarlo, conforme a las direcciones de su intención, entonces se vuelve por completo ilegítimo interferir en ese proceso desde afuera porque lo que está en juego es la misma libertad humana. En este sentido, es infinitamente más miserable la acción concertada de las derechas política y económica, cuyos epígonos se llenan la boca con floridos discursos “en defensa de la libertad” mientras manipulan groseramente a las conciencias para restringirla o anularla; en suma, son hipócritas y arteros porque dicen una cosa pero hacen lo contrario y, para peor, por la espalda, furtivamente. En cambio, si la izquierda se ha equivocado muchas veces en la metodología utilizada, su intención ha sido, claramente, liberar a los pueblos y realiza enormes aportes en ese digno y laborioso intento.

Cabe hacer notar que este rol activo pero no coercitivo del Estado, no tiene nada que ver con esa suerte de ausencia o parálisis estatal —casi catatónica— que propugna el neoliberalismo, sobre todo porque *no se produce ningún vacío de poder*, al estar éste íntegramente radicado en la comunidad organizada. Si bien las nuevas funciones de coordinación serán muy distintas a las facultades de mando que hoy le conocemos, en ningún caso equivalen al inmovilismo impotente del Estado actual. Pero, si en la teoría todos estos cambios parecen fáciles y fluidos, en los hechos presentan más de alguna dificultad. Primero, porque continúa operando la concepción descrita, que no permite siquiera visualizar nuevas opciones de organización social. Después, porque es necesario desarticular e impedir cualquier forma de oligopolio, ya sea en el campo político, administrativo o económico, de modo que no se reemplacen unos a otros, cual fatídica carrera de postas.

El Documento del Nuevo Humanismo propone soluciones efectivas y viables a estos complejos problemas, algunas de las cuales ya han sido expuestas más ampliamente en capítulos anteriores: en lo político, avanzar desde la actual formalidad del proceso

democrático hacia una democracia real, profundizando en la participación permanente de la base social en la toma de decisiones, a través del plebiscito y la consulta popular; en lo administrativo, propiciar la descentralización de los países, mediante una regionalización efectiva que incluya elección democrática de las autoridades regionales y una gestión autónoma de sus recursos económicos, en camino hacia la conformación de repúblicas federativas; y en lo económico-productivo, impulsar las empresas de los trabajadores, un nuevo modelo de propiedad sobre los medios de producción y, principalmente, de gestión productiva que actuará moderando la acción desenfrenada del capital financiero internacional y permitirá avanzar hacia una mayor libertad y justicia social.

Debe quedar claro desde ahora que las principales dificultades para la ejecución de todas estas propuestas no son de carácter técnico (aunque también las hay, como en toda obra humana), sino que provienen de la resistencia que ejercen los grupos de interés, políticos o económicos, a cualquier innovación que pudiera amenazar su conveniente posición social. ¿Cómo eludir este verdadero bloqueo de los cambios? Siempre llegamos a la misma conclusión: sacando la mirada del poder y volviéndola hacia la base social, donde la coerción del aparato estatal llega debilitada (salvo por la acción de los medios de comunicación masiva...). Allí se pueden experimentar muchas de estas medidas a escalas pequeñas, y luego exportar los éxitos obtenidos a través de los medios de difusión, como “efecto demostración” para otros puntos que estén intentando algo parecido. Pero es una tarea ardua y humilde, que la podremos afrontar resueltamente cuando asumamos sin ambages que la clásica (o casi atávica) ilusión de acceder-al-control-del-poder-central-para-cambiar-desde-allí-el-mundo ha fracasado.

Por lo demás, este fracaso no responde a una posición puramente declamativa, ya que se asienta en el hecho cierto de que el Estado ha perdido su poder real al menos por dos razones, que ya hemos consignado detalladamente: porque es manejado desde arriba por el capital financiero internacional y porque la desestructuración de la base social le impide operar con algún grado de eficacia sobre las poblaciones. Entonces, la misma dinámica histórica se ha encargado de derrumbar a ese gran mito de la modernidad y la figura del acceso al Estado como sinónimo de conquista del control social, tan real en otras épocas, hoy ha quedado vacía de significado. No podemos quejarnos, ya que para esto hemos luchado durante tanto tiempo y ahora la historia nos está dando una mano. Sólo que esta

activa señora se ocupó de resolver la mitad del problema y nos dejó el resto a nosotros; “el poder ya no está centralizado y ahora es vuestra tarea traspasarlo a la gente”, parece decirnos burlonamente. Y bueno, nada puede ser perfecto, sólo queda agradecer la gentileza y poner manos a la obra. De aquí en adelante, todo el tema ha de ser la reorganización de la base social, de modo que la potestad allí encarnada pueda manifestarse.

## 9. El motor del cambio

---

*No puede haber una sociedad floreciente y feliz si la mayoría de sus miembros son pobres y desdichados.*

*Adam Smith*

### **Crecimiento versus desarrollo.**

Una cosa son los propósitos y otra muy distinta las realidades. Los intentos por cambiar el régimen capitalista burgués tienen cerca de doscientos años y eso, hasta ahora, no se ha conseguido. Nadie podría extrañarse de que el neoliberalismo haya revitalizado ese modelo de sociedad hasta llevarlo a los extremos que hoy conocemos; mal que nos pese, se trataba de su proyecto original. Pero, aunque la intención inicial de la izquierda revolucionaria fue romper ese marco previo, tampoco logró hacerlo y, más bien, lo profundizó sin querer como ha quedado de manifiesto por lo ocurrido después de la caída del llamado socialismo real, en los países que pertenecían a su órbita, donde todo se acomodó rápidamente en la dirección del modelo burgués<sup>59</sup>. Para decirlo claramente, aunque eran proyectos de sociedad antagónicos, ambos mantuvieron las mismas relaciones de producción y la emancipación de los trabajadores nunca se ha podido conquistar, dado que no parece haber mucha diferencia de status entre ser asalariado para el capital o serlo para el Estado. En los dos casos se mantiene el viejo vínculo “patrón capitalista-trabajador a sueldo”.

Sin embargo, hoy a nadie pareciera importarle tal discusión y la gente siente que es suficiente —cuando más— hacer resistencia a los abusos del sistema, sin intentar cambiar aquellas condiciones estructurales que los hacen posibles. Los fracasos revolucionarios previos han esparcido la desesperanza y el conformismo, y se tiene la impresión de que para la mayoría fuera preferible resignarse a tener poco que arriesgarlo todo en una aventura revolucionaria cuyo destino final es incierto. Pero ésta es una calma aparente que precede a la tormenta, ya que entre los más jóvenes el descontento por la desigualdad

---

<sup>59</sup> Desde que Rusia dejó de ser un estado comunista hace catorce años, Moscú ha llegado a tener actualmente veintitrés multimillonarios, superada solamente por Nueva York, según la revista Forbes. En contraste, aproximadamente 25,5 millones de habitantes de Rusia, o el 18% de la población, viven en la pobreza con menos de 45 euros por mes. Mientras los soldados del antiguo Ejército Rojo mendigan por las calles y los jubilados protestan por las pensiones de hambre, el consumo como terapia se estableció con fuerza entre los llamados "nuevos ricos" de Rusia. Se calcula que éstos gastan unos US\$ 4.000 millones de dólares al año en artículos de lujo, tanto en Rusia como en el exterior. En Moscú, los más ricos tienen 53 veces más que los más pobres. En toda Rusia, la proporción es de 15 a 1.

creciente, la exclusión y un estilo de vida carente de sentido, cunde como reguero de pólvora. Estas enormes tensiones internas del sistema van a desembocar forzosamente en la explosión social más devastadora que jamás se haya visto, y uno de los caminos para desactivar este conflicto inminente es modificar la relación burguesa entre los factores productivos, el capital y el trabajo. Quisiéramos pensar que entre las actuales cúpulas políticas aún existe gente razonable que entiende la gravedad del momento y está dispuesta a enfrentar este debate pero, para ser sinceros, lo vemos bien poco probable.

Desde hace ya varios años, la mayoría de los países latinoamericanos vienen experimentando crecimientos económicos sostenidos, pero que no se traducen en un desarrollo humano equivalente<sup>60</sup>. Todas las explicaciones que dan los promotores del actual modelo para justificar este porfiado fenómeno son falsas ya que su causa original se encuentra en aquello de lo que nunca se habla: la propiedad de los medios de producción, hoy en manos del capital. Aunque tanto el trabajo como el capital son ambos responsables solidarios de cualquier incremento productivo, es el capital en su calidad de dueño quien se lleva la ganancia obtenida, mientras que el trabajo permanece amarrado a un salario fijo, el que nunca aumenta si hay crecimiento económico pero que sí se deteriora cuando la productividad disminuye. Actualmente, esta distorsión perversa entre los factores de producción se ha amañado aun más, ya que el capital presiona al trabajo para acrecentar su productividad mediante la oferta de aumentos variables del salario, convirtiendo así el sueldo fijo en variable. Sin embargo, incluso en estos casos, el aumento relativo del sueldo por efecto del incentivo es inferior al aumento relativo de la ganancia del capital. La situación se agrava cuando se constata que, en la mayoría de los casos, las metas de productividad propuestas son inalcanzables para los trabajadores. Así, al final del día, el trabajo no recibe el incremento prometido aunque las ganancias de la empresa sí aumentaron, con lo cual sólo ha mejorado la rentabilidad del capital. Como se puede constatar, mientras se mantenga este absurdo desequilibrio es prácticamente imposible alcanzar algún grado de justicia distributiva, así es que la majadera argumentación de la

---

<sup>60</sup> En los últimos veinte años, Latinoamérica ha crecido sostenidamente. En el mismo período, la distribución del ingreso se ha deteriorado año a año. En el caso particular de Chile, “ejemplo de modernidad”, después de aplicar por veintidós años el modelo neoliberal, ha pasado a tener una de las peores distribuciones del ingreso del planeta. Según el Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD, año 2003, de las doce peores distribuciones del ingreso en el mundo, siete corresponden a países africanos y cinco a países latinoamericanos. En esa clasificación, Chile ocupa el undécimo lugar (de peor a mejor), siendo sólo “superado” por Namibia, Swazilandia, Botswana, Nicaragua y Brasil entre otros.

tecnocracia para validarlo ante la opinión pública no hace más que poner en evidencia aquello que se quiere ocultar: una desaforada codicia.

Y agréguese a lo anterior el hecho de que la mayor parte de esas ganancias ni siquiera son reinvertidas en ampliar las instalaciones productivas, para así generar nuevas fuentes de trabajo, sino que escapan del país que produce esa riqueza hasta los paraísos fiscales, donde se integran al circuito especulativo internacional. Cerrando el círculo vicioso, parte de esos recursos seguramente vuelven a los mismos países desde los que salieron, pero ahora en calidad de préstamos con altos intereses. Este ciclo ha derivado hacia una situación en la que los medios de producción ya ni siquiera pertenecen a quienes iniciaron —corriendo todos los riesgos— esos emprendimientos, ya que su propiedad ha sido transferida íntegramente a los bancos, dueños del capital, a causa de las deudas que se vieron obligados a contraer y no pudieron pagar los emprendedores originales. Así, esta forma de propiedad privada ultraconcentrada a la que se ha llegado terminará colapsando como una estrella moribunda, al alcanzar el punto de saturación y es significativo el hecho de que ya empiecen a circular a través de la prensa económica internacional los rumores de una nueva recesión en ciernes.

Pero aún es posible revertir este desafortunado proceso y para ello bastaría, en primer lugar, con restituirle al trabajo derechos equivalentes a los que tiene el capital en tanto que factor de producción, lo que se traduce, como mínimo, en un acceso igualitario a las ganancias de la empresa. El trabajo humano es la fuente de todas las conquistas materiales de la humanidad y, sin embargo, el trabajador ha ido siendo despojado de su dignidad original para terminar reducido a la calidad de esclavo del capital. Entonces, si se quiere avanzar hacia una convivencia social armoniosa es necesario reparar esta flagrante injusticia, que no tiene justificación racional ni puede ser explicada con ninguno de los nebulosos tecnicismos económicos habituales. Si para el marxismo el capital no era más que trabajo acumulado, el realismo indica que hoy aquella fuerza no puede ser pasada por alto como factor de producción; pero lo que sí está en cuestión es la desproporcionada preponderancia que ha alcanzado respecto del trabajo, una desigualdad que está afectando gravemente a la totalidad de las relaciones sociales.

Cuando este nuevo paradigma productivo se instale en las sociedades, veremos que la riqueza social comienza inmediatamente a fluir y a distribuirse —como si se hubiera

retirado un dique— y el crecimiento económico se va transformando en desarrollo humano. Hoy, la práctica de hacer participar a los trabajadores en las ganancias obtenidas por las empresas ya es común en muchas partes del mundo y eso marca un camino y una tendencia, sólo que aún no se alcanza la completa igualdad de condiciones entre ambos factores.

### **La empresa de propiedad de los trabajadores.**

Pero, mientras tanto, los dueños del capital especulador (es decir, los bancos) continúan intentando mejorar aun más su posición social hegemónica, lo que indica que han perdido el rumbo (y el juicio) por completo. Actualmente, tratan de imponer en todo el mundo la llamada “flexibilidad laboral”, cuyo propósito final es dismantelar las legislaciones laborales que han recogido todas las conquistas obtenidas por los trabajadores a través de sus luchas históricas, y de ese modo disponer del “mercado laboral” a su antojo. Para ello utilizan, como siempre, una argumentación basada en el chantaje, porque amenazan con restringir la inversión si aquellas medidas no se llevan a cabo. La explosión social que detonó en Francia a comienzos del año 2006, repudiando las medidas de flexibilización del trabajo juvenil que trató de imponer el ejecutivo, nos habla del peligroso nivel de inestabilidad al que han llegado las comunidades humanas, como consecuencia de los profundos desequilibrios sociales que introduce en ellas la acción devastadora del gran capital. Para desactivar la protesta, el gobierno francés se vio obligado a modificar el proyecto de ley.

Frente a una situación tan explosiva, no es posible seguir eternamente aguantando, así es que tendremos que ser capaces de encontrar una fórmula para detener a esta especie de marabunta enloquecida, porque —de no hacerlo— terminará por destruir, una a una, las más elevadas conquistas de la humanidad. Ha llegado el momento de encauzar a esta fuerza desbordada, de ponerle límites estrictos que moderen su nociva influencia sobre el conjunto, de modo que no siga distorsionando la convivencia colectiva y afectando el bienestar de las personas. Dado que nos hemos tomado demasiado tiempo en caer en la cuenta de las consecuencias negativas del actual entramado socioeconómico (que esperamos no sean ya irreversibles), la respuesta que demos ahora *no puede ser gradual*. Es necesario implantar, a la velocidad de la luz, ciertos instrumentos que permitan controlar férreamente la acción del capital especulativo, obligándolo a reinvertirse primordialmente

en la producción. Ello implicaría abandonar el universo fantasma de las abstracciones para dar un salto hacia lo humano. En este nuevo contexto, se valorará el trabajo por sobre el capital y la inversión productiva por sobre la especulativa, simplemente porque se refieren a realidades humanas.

El único camino posible para efectuar con éxito este encuadre forzado pasa por *abrir la propiedad de los medios de producción y, especialmente, la gestión productiva a una participación más amplia de sus trabajadores*, explorando un modelo societario que se ponga a distancia del monstruoso monopolio estatal y del irracional oligopolio privado. A estas alturas del proceso humano, podemos concluir que ninguna forma de concentración puede ser favorable a una buena relación social; todas son igualmente repudiables y nefastas.

Emprender es, en último término, arriesgar. Quien invierte un capital para instalar un medio de producción, está arriesgando ese dinero en los avatares del mercado. Quien aporta su trabajo para hacer producir ese medio, *también arriesga* poniendo en juego su esfuerzo y su compromiso cotidiano. Ambos, el capital y el trabajo, son “trabajadores” en esa empresa y constituyen una *sociedad productiva*, cuyos vínculos de colaboración aseguran una gestión exitosa del proceso de producción. Si en otro momento histórico, el trabajo y el capital se han enfrentado como enemigos irreconciliables al interior de una empresa, el gran cambio cultural que el Nuevo Humanismo está proponiendo es que ambos factores productivos, en vez de competir *también hacia adentro* del medio de producción en el que participan, busquen la convergencia en beneficio del progreso común. Sobre todo si se considera que hoy el enemigo es otro: aquel al que hemos llamado el *capital especulativo*. Para entender bien esto debemos dar un pequeño rodeo.

Una empresa productiva está formada por cosas (maquinarias, materias primas, instalaciones) y por personas (fuerza laboral). Por algún extraño truco de la conciencia colectiva, ambos componentes se han terminado asimilando como si fueran sustancialmente iguales. Entonces, cuando alguien compra una empresa, dispone tanto de las cosas como de las personas que la conforman con la misma naturalidad; es decir, *cosifica* a esas personas y, automáticamente, adquiere un poder absoluto sobre ellas por el hecho de poseer la propiedad de la empresa que las incluye. De allí en adelante, tiene derecho a decidir sobre la vida y el destino de aquellas *personas-cosas*, que pueden ser despedidas, trasladadas o

reubicadas como si fueran muebles. Lo menos que puede decirse es que aquí hay algo raro, porque mientras en el conjunto de la sociedad la democracia es un valor intransable, en el ámbito laboral los trabajadores no son dueños de sus decisiones, derecho que ha sido transferido obligatoriamente (sin el explícito consentimiento de los afectados) al propietario del medio de producción que los emplea. Pues bien, gracias a esta particular concepción de la propiedad, el capital especulativo internacional, ya deshumanizado por completo, se mueve a través de los circuitos financieros virtuales comprando empresas productivas y *decidiendo sobre el destino de miles de millones de personas* que, por cierto, no son consultadas respecto de esas medidas que las afectan. Cuando hemos hablado de la tiranía universal del dinero, nos referíamos específicamente a este fenómeno, hasta ahora imperceptible pero real, que se ampara en el paradigma “propiedad de las cosas-poder sobre las personas”.

Esta monstruosa mutación que ha sufrido la economía mundial nos debería empujar sin demora a una reformulación radical del concepto de empresa y propiedad, porque tanto los trabajadores como los mismos empresarios están siendo profundamente afectados por esta deshumanización aberrante. Hablemos entonces de seres humanos, de personas aplicadas a resolver el problema colectivo de cómo producir más. Esas personas reales, empresarios y trabajadores, capital y trabajo, deben enfrentar juntas los riesgos que envuelve ese proyecto productivo. Ante tan exigente desafío, que demandará toda la energía vital y la máxima lucidez de los comprometidos, tanto la especulación como la usura practicadas por el capital bancario, no son más que parasitismos repugnantes que debilitan aquellas iniciativas y amenazan seriamente su continuidad. Desde una perspectiva estrictamente humana, quienes tienen derecho a la propiedad sobre ese medio de producción son las personas — con nombre y apellido— que están dispuestas a asumir el riesgo cotidiano que propone esa iniciativa, no un capital anónimo y volátil, que hoy puede estar aquí y mañana en otro lado, despojando —de un segundo a otro— a esa realidad productiva de su soporte económico.

La empresa de propiedad de los trabajadores<sup>61</sup>, que se sustenta en este nuevo principio, tiene como objetivo primario devolver a los seres humanos el control de aquellas decisiones económicas que los afectan directamente. Cuando la propiedad sobre las cosas no garantice

---

<sup>61</sup> Este modelo de empresa es aplicación práctica de un nuevo concepto, la empresa-sociedad, desarrollado por el economista español José Luis Montero de Burgos. *Empresa y sociedad (bases de una economía humanista)*. Antares Ediciones, Madrid, 1994.

ningún poder, entonces la especulación a gran escala perderá todo su sustento, pero eso está aún muy lejos de suceder. Mientras tanto, el hecho de incorporar a los trabajadores en la gestión empresarial y en la toma de decisiones impedirá que las ganancias escapen hacia el circuito especulativo, reinvirtiéndose por fuerza en la expansión o diversificación de la empresa y generando así nuevas plazas de trabajo. Con ello estamos diciendo que, en una economía a escala humana, las ganancias obtenidas gracias a un aumento en la productividad son perfectamente legítimas; no así las que se logren mediante la especulación y la usura, porque la tentación de acceder a esa “plata dulce” estimula las quiebras fraudulentas, el endeudamiento forzado y la fuga de capitales.

En la última entrevista que dio, poco antes de morir, el gran empresario chileno Carlos Vial Espantoso explicaba que había intentado seriamente dar participación a sus trabajadores en la propiedad y la gestión de sus empresas, pero fueron tan grandes las presiones que recibió, de parte de quienes él mismo llamó “capitalistas salvajes”, que renunció a hacerlo y optó por repartir su dinero en numerosas obras de caridad, que aún siguen funcionando. Pero la propiedad del trabajador es un modelo empresarial que ha comenzado a adquirir gran importancia en el mundo durante las últimas décadas, según lo consigna un trabajo realizado hace algunos años por el centro de estudios chileno CENDA y citado extensamente por el Diccionario del Nuevo Humanismo<sup>62</sup>. Se trata de una exhaustiva investigación que da cuenta de la puesta en marcha, en distintos países, de empresas muy grandes y comercialmente exitosas que se han abierto a la participación de los trabajadores. Un sistema político-social de orientación humanista tiende a la estructuración de una sociedad en la que predomine la propiedad del trabajador.

Aunque estamos de acuerdo en que el crecimiento económico es el medio para alcanzar el bienestar material, nuestra discusión con el actual esquema se centra en que los beneficios obtenidos, gracias a ese esfuerzo colectivo, favorecen a un grupo pequeñísimo mientras que los grandes conjuntos deben conformarse con las sobras. En cambio, para una economía al servicio del ser humano, en la que se priorice *el pleno empleo de los pueblos* en condiciones de paridad entre capital y trabajo, dicho crecimiento asegurará la mejor distribución del ingreso. De ahí la orientación obligada a reinvertir las ganancias y diversificar la plataforma productiva. No nos sigamos engañando. Los enormes problemas

---

<sup>62</sup> *Diccionario del Nuevo Humanismo. Obras Completas. Vol. 2.* Silo. Plaza y Valdés. México, 2004.

humanos que ha generado el sistema económico vigente no han sido causados por meras dificultades técnicas en su aplicación, sino porque se ha desviado del propósito esencial para el que había sido concebido: ayudar al ser humano en su camino de liberación. Y este desvío no fue accidental pues responde a la mala fe de un grupo de bribones que, haciendo uso de sus trucos baratos y sus cuentas de vidrio, nos han arrebatado la conducción del proceso para obtener los beneficios que estaban destinados al conjunto. Sin duda que ha llegado el momento de volver a poner las cosas en orden.

### **Recuperación de los recursos naturales y energéticos, valor agregado y tecnología.**

Cobre, oro, plata, molibdeno, celulosa, harina de pescado, café, cacao, azúcar, petróleo, gas natural... Latinoamérica provee al mundo de materias primas, que luego son procesadas y transformadas en productos más elaborados, en los países con un mayor grado de desarrollo tecnológico. Nuestro continente vende sangre de sus venas, como diría Galeano<sup>63</sup>, en esta particular división planetaria del trabajo, y luego debe comprar los productos elaborados con esas materias primas, pagando un gigantesco sobreprecio. Para agravar aun más la situación de nuestra amada región, muy pocas veces hemos sabido ejercer soberanía sobre esos recursos. Primero fueron los imperios (español, inglés, norteamericano) quienes saquearon a cualquier precio esas reservas, incluso tomando posesión de nuestros territorios o instigando guerras fratricidas al interior del continente<sup>64</sup>; ahora son las transnacionales, que hacen lo mismo pero más discretamente, amparándose en legislaciones que las favorecen. Muy pocos países de la región han logrado sacudirse de esta indigna servidumbre histórica. Chile logró nacionalizar su cobre durante el gobierno de Allende, pero luego la dictadura militar —en complicidad con los neoliberales de Chicago— retrotrajo gran parte de esa conquista, que los posteriores gobiernos democráticos no han tenido ni la más mínima voluntad de reconstruir. Venezuela, gracias al presidente Chávez, logró recuperar su petróleo, que había enriquecido a generaciones de políticos corruptos en ese país. El gobierno de Evo Morales está intentando hacer lo mismo en Bolivia con las reservas de gas natural.

---

<sup>63</sup> En referencia al conocido libro *Las Venas Abiertas de América Latina* del escritor uruguayo Eduardo Galeano.

<sup>64</sup> Uno de los casos más emblemáticos fue la guerra civil en Colombia a comienzos del siglo XX, aprovechada por Estados Unidos para hacerse de la zona donde se construiría el Canal y que terminó con la creación de un nuevo Estado: Panamá.

Los recursos naturales y energéticos son la base material de la soberanía de los países y, en virtud de dicha condición, no son propiedad de los estados ni mucho menos de los gobiernos: le pertenecen a los pueblos y ellos deben decidir su destino... si es que los gobernantes de turno se avienen a preguntarles, en estas modernas democracias de utilería que nos rigen. Hoy la situación es aun más lamentable, porque como se trata de procesos extractivos relativamente sencillos, los grupos económicos dueños de las faenas explotadoras utilizan avanzadas tecnologías para, literalmente, arrasar con esos recursos, que son transformados en capital financiero<sup>65</sup>. Este “círculo virtuoso” especulativo es un círculo infernal para los países de la región, que no pueden salir del subdesarrollo porque venden tierra, agua o bosques a precio de “*commodities*” e importan productos con alto valor agregado, uno de los cuales es el dinero. Porque hoy el grueso de la ganancia está en la usura, y si antes los créditos eran un instrumento para vender más productos, el proceso se ha invertido y los productos se han convertido en el gancho para vender más créditos. De cualquier modo, ganan por ambos lados, a expensas de nuestra impericia histórica.

Es necesario decirlo con todas sus letras, aunque nos duela en lo más hondo de nuestra alma regional: desde su “descubrimiento”, América Latina siempre ha sido una colonia, expoliada por sucesivos colonizadores y su liberación definitiva sigue estando en estrecha dependencia con el proceso de integración regional: cuando éste avanza, la esperanza de lograr una emancipación auténtica también se acrecienta. Por cierto, la globalización va exactamente en el sentido inverso, porque es un proceso que tiende a la *divergencia* al priorizar los tratados de libre comercio bilaterales y con países ajenos al contexto regional, con lo cual se desdibuja la necesidad de un destino común para el continente. El único camino de progreso verdadero para América Latina es aquel que pasa por los tres hitos siguientes: integración regional no sólo económica sino que, primordialmente, energética y humana; recuperación de los recursos naturales y energéticos; industrialización con

---

<sup>65</sup> “Este proceso de conversión de capital natural en capital financiero está profusamente documentado con abundantes estudios que dan cuenta del grado de deterioro del medio ambiente, producto de la incesante destrucción, al mismo tiempo que se va incrementando de forma casi irracional la disponibilidad de capital financiero concentrado en muy pocas manos. De hecho, las 225 personas más ricas del mundo acaparan la misma riqueza que la mitad de la humanidad, es decir, la misma riqueza que 3 mil millones de personas. Según el X Informe sobre la Riqueza del Mundo (Merrill Lynch y Capgemini, 2006), el número total de millonarios en el mundo creció un 6,5% en el 2005, alcanzando los 8,7 millones de personas. Todos ellos suman un patrimonio conjunto de 33,3 billones de dólares. Este número de privilegiados no supera al 0,1% de la humanidad”. *El retorno de Fausto*, Marcel Claude, Ediciones Política y Utopía, Santiago de Chile, 2006.

tecnología de última generación (no contaminante), para la elaboración de productos con alto valor agregado.

Bastaría con observar desde dónde vienen las trabas y cortapisas que se le ponen al logro de cada uno de aquellos objetivos para entender los enormes intereses que están en juego. Si no existieran intentos serios para bloquear este proceso, no se entendería por qué hemos avanzado tan poco; salvo que hubiéramos de atribuirlo a la ineptitud o deshonestidad de nuestros gobernantes, lo que tampoco nos deja muy bien parados. En definitiva, hay un conjunto de razones encadenadas que, finalmente, responden —voluntaria o involuntariamente— a las intenciones de los colonizadores actuales: los grupos económicos transnacionales.

La integración regional y la recuperación de los recursos naturales es responsabilidad de los actuales líderes políticos, que deberíamos ser capaces de superar esa retórica lírica e inconsistente tan apreciada por la clase política latinoamericana, para ponernos a trabajar seriamente en el diseño de una agenda clara y un itinerario preciso que pudieran ser consultados con los pueblos. En pocas palabras (y valga la redundancia), hablar menos y hacer más. Ahora que el imperio ha sacado la mirada de nuestro continente, ocupado en resolver otros problemas más urgentes y prioritarios para ellos, y con el ascenso, en distintos países, de gobernantes proclives a la integración, *es el momento adecuado para avanzar con resolución*. Sería entonces necesario construir sin demora instancias de diálogo político entre las naciones de América Latina, en orden a zanjar sus diferencias y diseñar ese proceso conjunto, en el espacio y en el tiempo<sup>66</sup>. La integración europea que hoy está llegando a su culminación, se inició de este modo hace alrededor de cincuenta años, en base a los acuerdos tomados por seis países que constituyeron la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). Los latinoamericanos somos perfectamente capaces de intentar algo parecido, si se ha comprendido la necesidad estratégica de esta gran alianza.

En cuanto a la plataforma tecnológica e industrial, hasta ahora ha sido un sueño frustrado y el único país que ha logrado un cierto avance en esa dirección es Brasil, el gigante de la

---

<sup>66</sup> Un primer plan para avanzar hacia la integración de los pueblos debe considerar al menos: la resolución de todos los conflictos limítrofes; el desarme proporcional y progresivo, destinando esos recursos a salud y educación; el libre tránsito de las personas; acuerdos de integración económica que favorezcan el desarrollo de la pequeña y mediana empresa; una legislación regional para defender los derechos de los trabajadores; una legislación ambiental regional.

región. Hace poco tiempo atrás, se montó en Chile una gran exposición monográfica sobre el tema del cobre, que recorría su historia hasta llegar al momento actual, donde se mostraba la enorme importancia que había adquirido el metal rojo, exhibiéndose todos los productos que hoy se fabrican con ese recurso, la mayoría de tecnológica de última generación; sólo que... ninguno de ellos se fabrica en Chile. Y para cerrar la paradoja, gracias al alza internacional del precio del cobre ese país terminó el año 2006 con un superávit fiscal de once mil millones de dólares, que podría haber sido utilizado para elevar su nivel tecnológico pero que, como consecuencia de las presiones de los grupos de interés, fue derivado hacia los bancos internacionales. Otra vez, en este asunto también se ha pecado por un exceso de retórica, porque se ha *hablado* mucho de la segunda y la tercera fase exportadora que irían agregando valor a nuestras materias primas, pero no se ha dado ningún paso consistente en esa dirección y los gobiernos ni siquiera han asignado los recursos necesarios para estudiar exhaustivamente cómo pasar de la extracción a la manufactura.

Al calor de estas reflexiones, no dejamos de preguntarnos cómo hemos podido hacer tan mal las cosas y la única respuesta que nos tranquiliza, en parte, es que somos un continente muy joven, cuya entrada en la historia es un hecho reciente. Al contrario de lo que nos dicen los tecnócratas a sueldo de las transnacionales, nuestras dificultades para avanzar hacia el progreso no son ni técnicas ni materiales, sino que se derivan de una falta de claridad y de voluntad política generalizadas. Si bien los líderes regionales no han estado a la altura de su misión y no han sabido (o no han querido) esclarecer a los pueblos respecto de las direcciones a seguir, son éstos los últimos responsables puesto que, ya demasiadas veces, han vuelto a avalar con su voto la deficiente gestión de sus representantes. América Latina está en un momento crucial de su trayecto histórico y esperamos fervientemente que sus pueblos tengan la sabiduría necesaria que demandan las actuales circunstancias, para elegir a quienes sean capaces de conducirlos en la dirección correcta.

## 10. Latinoamérica, crisol del futuro

---

*Los niños de próximas generaciones irán a ver la pobreza a los museos.*

*Yunus*

### **Dónde está lo nuevo.**

Algo nuevo está sucediendo en las cabezas de los habitantes de América Latina. Algo nuevo parece impregnar la atmósfera social. No se trata del paisaje urbano de las supercarreteras, los centros comerciales, los teléfonos móviles, la comunicación instantánea. Ni tampoco de las dificultades para sobrevivir en el mundo de hoy, donde todo, absolutamente todo, está basado en el dinero. No es, por cierto, el triunfo momentáneo de la socialdemocracia y con ella el asentamiento definitivo del neoliberalismo. Estamos asistiendo al surgimiento de los primeros intentos emprendidos por los pueblos del continente para encontrar salida a un momento muy angustioso de su vida social. Mas allá de lo acertadas o equivocadas que puedan ser esas respuestas, lo importante es la búsqueda de un nuevo camino que permita salir de la violencia y la discriminación que se experimenta en el vivir cotidiano. No se trata de la continuidad del economicismo, pero tampoco de un surgimiento revolucionario clásico, sino de una búsqueda mucho más profunda para desmarcarse de aquello que los oprime, que los asfixia, aunque no sepan con exactitud qué es.

En Bolivia, Evo Morales lleva el mundo campesino e indígena al gobierno. Latinoamérica ha sentido el remezón del terremoto cultural que la recorre. Evo asume la presidencia en la Puerta del Sol vestido con el *unku*, el manto usado por los antiguos sacerdotes de Tiwanaku en su etapa imperial de hace 1.000 años, y con el *chuku*, gorra de cuatro puntas que representan los cuatro puntos cardinales y los pisos ecológicos del país. Flamea allí la *wipala*, con los colores del arco iris o *cuichi*, oficializada en 1975 como la bandera del Tawantinsuyo. Un líder que emerge del corazón de su pueblo, llevando un bastón de mando compuesto por dos cabezas de cóndores, el cual fue entregado por los amautas, sabios o sacerdotes ancestrales, hoy llamados de diferentes formas (chamanes, yachacs, kallawayas, curanderos, etc.), para representar a las treinta y seis nacionalidades que componen el pueblo boliviano. Uniendo los motivos simbólicos con las necesidades de la época, Evo ha sabido adaptarse refiriéndose a la unidad del Oriente y Occidente del país, donde los

conflictos atávicos entre los collas del altiplano y los cambas de Santa Cruz, aún prevalecen<sup>67</sup>. Esta búsqueda de unidad es quizás la misma que, en estos momentos, está convocando a todos los pueblos del continente. El programa de Evo para Bolivia puede ser inspirador para los movimientos sociales de la región: nacionalización de los recursos naturales, aceptando la inversión extranjera en calidad de socios y no como dueños de esos recursos, control de las aguas por los bolivianos y una nueva constitución que profundice la democracia.

La revolución bolivariana en Venezuela, impulsada por Hugo Chávez, ha recibido el apoyo ciudadano elección tras elección y la población se ha movilizó para impedir el golpe de estado. Venezuela ha utilizado su petróleo para financiar operativos gigantescos de salud para su gente y los ha extendido a cientos de miles de latinoamericanos, se ha preocupado de romper los monopolios de información y ha solidarizado con los pueblos afectados por desastres naturales. Las bases militares de Estados Unidos, emplazadas en las fronteras de Venezuela, Colombia y Ecuador, no están allí para frenar a las FARC ni a los narcotraficantes. Están para impedir el encuentro de esos tres países y dificultar su integración, que es el camino correcto para lograr la paz y desmilitarizar la zona.

Muy al sur, en Chile, un país modelo para el FMI en Latinoamérica, por haber llevado a la práctica el neoliberalismo con un fundamentalismo sin igual, en el año 2006 asume por primera vez una mujer para conducir los destinos de la nación. Michelle Bachelet es madre soltera, divorciada y atea, una mujer que rompe con los valores que imponía el conservadurismo en ese país. Tanto Lula, un exobrero que asume el gobierno de Brasil, como Kirchner en Argentina, muestran signos alentadores de independencia al sacarse de encima al FMI pagando la totalidad de su deuda externa con dicho organismo y terminando así con sus intervenciones ilegítimas en la política interna de esos países<sup>68</sup>. El caso del Frente Amplio en Uruguay podría seguir la misma tendencia hacia la irrupción de un nuevo fenómeno cultural y político.

Sin duda que estamos viviendo un cambio cultural muy profundo porque en todas partes emerge un nuevo sentimiento liberador que busca concretarse en el paisaje social. El

---

<sup>67</sup> Contexto Cultural de la Ceremonia de Asunción de Evo Morales, José Salcedo, Foro Humanista Latinoamericano, Quito, Ecuador. 2006.

<sup>68</sup> En Abril del 2007, Hugo Chávez también terminó de pagar la deuda de Venezuela con el FMI, lo que demuestra que soplan nuevos vientos libertarios en Latinoamérica.

cambio ha sido interior, de sensibilidad y esa nueva percepción del mundo encontrará su expresión social y política. Son los pueblos quienes están eligiendo gobernantes que rompen con los parámetros homogéneos de la globalización, son ellos los que están levantando lo distinto, los que se abrieron a nuevas respuestas y a nuevos riesgos.

### **La afirmación de la diversidad.**

El proyecto fundamentalmente económico de la globalización, a través del cual se regula el comportamiento social, comienza a chocar con la reacción de lo distinto y de lo diverso. Aun cuando acepte el folklore y disfrace a sus representantes de mujeres, de jóvenes o de etnias, no puede disfrazar que la forma de vida que propone, basada en el dinero y el consumo, homogeniza a las poblaciones. Habiendo convertido las necesidades básicas de salud, educación, agua, luz y comunicaciones en artículos de consumo, satisface esas necesidades a cambio de dinero. Ese mismo poder global va adecuando a los gobiernos locales para facilitar su acción, por sobre las necesidades de la gente del lugar.

Sin embargo, esa tendencia negativa ha distorsionado y ocultado otro proceso que sí es verdaderamente importante. Se trata de una sentida aspiración humana de encuentro de culturas y de paz alrededor de un destino común, que supere la violencia, la injusticia, el dolor y el sufrimiento. El impulso de unir a la humanidad, de conectarla y comunicarla, en marcha hacia una nueva civilización planetaria es una imagen que vive al interior de cada uno de nosotros. No estamos aquí para ser fuerza de trabajo semirrobótica o semiesclava que satisface las ambiciones de un poder central uniformador, sino que para elevar la condición humana, haciendo proliferar la multiplicidad y experimentando el contacto fecundo con lo diferente, que también es mi par, es mi hermano, es mi igual.

Que una cultura materialista utilice para sus espurios fines una tendencia histórica evolutiva, es sólo un instante nefasto dentro de un proceso social maravilloso. Más adelante podremos reconocerle que ayudó a desarrollar los procedimientos tecnológicos para que los pueblos se comunicaran. Pero también instaló condiciones sociales insoportables que empujaron a grandes conjuntos humanos a migrar y trasladarse de un punto a otro del planeta, desdibujando las fronteras. Aun a pesar de su drama, esas migraciones permitieron el encuentro entre gentes de todos los lugares, de todas las razas, de todas las naciones, de todas las lenguas. Así, en décadas futuras diremos que el ser humano se abrió paso y se

liberó, como muchas veces antes, pero esta vez de un poder global que amenazó con esclavizarlo.

La globalización es un modelo que se impone desde un centro de poder a los estados nacionales. Pero los estados nacionales, a su vez, imponen el mismo modelo homogenizador a sus provincias y municipios. Los municipios buscan homogenizar a las organizaciones sociales y éstas a su gente. No se trata sólo de un tipo de gobierno o una forma económica; más que eso, es una mentalidad, un modo de relación que niega lo distinto. Hoy no podemos decir siquiera que el centro de esta globalización se encuentre sólo en Estados Unidos. El signo de ese proceso está también en Europa, en Rusia, en China y en India, que competirán entre sí por la hegemonía mundial, configurándose un sistema de relaciones internacionales policéntrico. Y estará bien si, mientras eso sucede, logramos levantar un nuevo proyecto *que canalice la reacción de la diversidad y encuentre su convergencia.*

Afirmar la diversidad más allá de su contenido poético es la posibilidad de elaborar lo nuevo. Esto no puede ser pura retórica sino que debe fundarse en el convencimiento de que sólo así las sociedades pueden salir del estancamiento. Y no hay otro modo de afirmarla que no sea a través de políticas concretas en las que aquella pueda expresarse. La lucha por la democracia tiene sentido si esa democracia incorpora a la diversidad. Porque las “democracias” de la globalización, en realidad, son dictaduras con ropaje democrático, en las que las libertades son restringidas por medio del control económico, que se logra al darle al dinero o al capital un valor desproporcionado. Afirmar la diversidad es abrir los espacios de decisión a quienes, hoy por hoy, los tienen bloqueados. Es abrir los espacios a las etnias, a las mujeres y a los jóvenes para que, desde allí, surjan las respuestas a las interrogantes de este momento histórico. Si el paradigma globalizador tiene el signo del machismo, el futuro está en las mujeres que serán, cada vez más, un factor transformador. Si niega a las etnias, ellas serán el fenómeno cultural que abrirá el futuro. Si reprime o adormece a las nuevas generaciones, en la reactivación de la participación juvenil estarán las respuestas a las encrucijadas que enfrenta la Humanidad. Sin embargo, no hablamos aquí de dádivas. No se trata de que los hombres “le den” el poder a las mujeres, ni que los viejos se lo den a los jóvenes. La otra parte tiene que hacer lo suyo, dar su lucha.

Aunque la ideología de la globalización nos diga lo contrario, su intento de aplastar la diversidad para tener el control social es una política estúpida, porque produce reacciones violentas en las comunidades, orientadas a defender sus identidades sea como sea, lo que acentúa la desintegración, la violencia y el caos. Profundizar la democracia real; abrirse a la diversidad de modelos económicos; asegurar a todo ser humano su educación, su salud y su pensión, independientemente de su condición de origen, no sólo es justicia social sino que es la mejor manera para que lo diverso pueda manifestarse.

### **La convergencia de la diversidad.**

Pero sucede que, mientras más avanza la globalización concentrando el poder y la riqueza, mayor es la desarticulación en la base social que se atomiza en fracciones cada vez más pequeñas. Así como la afirmación de la diversidad pone en movimiento a las sociedades y renace la creatividad humana para resolver las necesidades que impone el momento histórico, si tal diversidad no encuentra un modo de converger y complementarse, la progresiva atomización conducirá el proceso a una situación caótica general irreversible. Frente a esta situación, se podrá intentar frenar el caos mediante la fuerza bruta, pero eso sólo aumentará la velocidad del desorden.

La fuerza de lo diverso radica en su posibilidad de converger, si no es una fórmula incompleta. Pero, ¿cómo puede converger aquello que sólo se afirma a sí mismo? La respuesta es más simple de lo que parece: por necesidad. Europa lo hizo, después de dos guerras atroces y siglos de diferencias, porque ya lo había perdido casi todo y el fracaso del camino diferenciado se hizo evidente. Si la homogeneización global conduce a una muerte segura de todo el sistema, la diversidad multiplicada hasta el infinito tampoco es constructiva. Pero la presión destructiva que hoy ejerce el medio, como resultado de la situación de violencia y deshumanización crecientes que hemos descrito, puede no ser estímulo suficiente para despertar esa necesidad de converger que, en el caso de América Latina, se llama integración regional. Por el momento, sólo se trata de una aspiración común que empieza a esbozarse en distintos círculos y a ser acariciada por las multitudes; es un sentimiento y una intuición antes de ser formulada como ideología o como programa.

Si en medio de la tormenta del presente, ya no se encuentran respuestas en lo conocido o en lo propio, tal vez estemos dispuestos a escuchar ese “algo nuevo” que se insinúa, para llevar a la humanidad a puerto. Mientras Estados Unidos, en un patético rol de superhéroe

de caricatura, continúa arrastrando al mundo hacia el choque cultural, la dictadura del capital, la amenaza nuclear y el desborde terrorista, quizás sea Latinoamérica el lugar del planeta en donde veamos nacer la alternativa a la globalización. En este convulsionado panorama, donde otras regiones como Europa, China, India, Rusia se han adaptado y hoy compiten por la hegemonía mundial, Latinoamérica (y por supuesto que también África) parece tomar conciencia de su riqueza cultural, del valor de su gente y de sus pueblos, del valor de sus recursos naturales y energéticos, de la necesidad de unirse para dar un salto en su historia construyendo la integración regional.

Si bien el intento hegemónico de la globalización también ha buscado una forma de arraigarse en nuestro continente y nos lleva la delantera, a través de los Tratados de Libre Comercio y el Área de Libre Comercio de las Américas, esa pseudointegración regional basada en criterios económicos se está encontrando con problemas y comienza a chocar con la expresión cultural de una diversidad que quiere desplegarse y le está haciendo el vacío a sus propuestas. Ese nuevo proyecto regional afirma al individuo, pero no al individualismo; afirma lo nacional, pero no al nacionalismo; afirma la raíz cultural de los pueblos pero no la violencia enraizada en ellos; afirma a la mujer, pero también al hombre; afirma al joven, pero valora a los mayores.

En Latinoamérica se vislumbra una posibilidad, existe el espacio para levantar un proyecto latinoamericano que proponga algo verdaderamente nuevo y que sirva de cimiento para la nueva civilización planetaria. Son los vientos de los Andes, el calor de la Amazonía y la brisa de los Océanos que en su encuentro disuelven las diferencias, las disputas y las pequeñeces. Latinoamérica es un paisaje hecho de muchos paisajes, una mirada hecha de muchas miradas, que unas veces se funden y otras veces se separan. Aquí se encuentran los de adentro y los de afuera, las etnias indígenas y la migración europea, asiática y africana. El lugar de "todas las sangres", de las múltiples miradas que deben empezar a reconocerse y encontrarse. Cada latinoamericano es un rostro hecho de muchos rostros.

Se suele confundir la nación con el Estado, cuando en realidad son realidades muy distintas. Una nación es un fenómeno cultural caracterizado por la coincidencia de intenciones y miradas de un grupo de personas, sin perder por ello su identidad y su particularidad. El Estado, en cambio, es una forma particular de gobernarse que tienen algunas sociedades. La nación es un proyecto lanzado hacia el futuro, una respuesta que da un conjunto humano

para superar la necesidad, el dolor y el sufrimiento. El proyecto de nación puede surgir en un momento histórico, desarrollarse y llegar a su plenitud o estancarse y hasta desaparecer en su intento. Su viabilidad futura va a depender de si encuentra o no el elemento aglutinante que dé cohesión a la infinidad de propósitos individuales, el “atractor” que haga derivar todo en la misma dirección.

Si Latinoamérica ha logrado afirmar su riqueza cultural, aún no encuentra ese espíritu común que le dará unidad. ¿Dónde debemos buscar la identidad de la integración, aquel sentimiento que nos haga reconocernos como uno? A veces lo buscamos en el pasado y allí sólo encontramos los trozos de una memoria fragmentada. A veces lo buscamos en el presente, a partir del pragmatismo de una conveniencia inmediata, y allí sólo encontramos la fragmentación de los intereses particulares. Tal vez haya que buscar en el futuro, en aquello que hasta ahora nunca se ha intentado pero que está allá adelante esperando a que estemos en situación de verlo. La integración no vendrá como mandato de ningún poder superior, ni interno ni externo, sino que responderá a la voluntad de los pueblos y comunidades del continente. Por tanto, demos a esa nación humana el máximo poder de decisión para que encuentre su camino.

Es por esto que una integración que se sustente en una base social con libertad efectiva no puede hacerse con Estados Unidos operando en la región. Cualquier poder superior, sea extrarregional o intrarregional, que intente seguir decidiendo el rumbo que deben tomar las comunidades, por razones externas a ellas mismas, sólo conseguirá acentuar la dispersión. En cambio, si entregamos a los pueblos la máxima libertad para que elijan su futuro, esa nueva forma de convivencia buscará la convergencia, como un río busca su cauce, y la integración latinoamericana será un aporte al proceso hacia la nación humana universal.

## Al final, un cuento muy corto

---

### Los pirócratas.

*Después de innumerables intentos frustrados, finalmente los humanos lograron acceder al secreto del fuego. La noticia explotó en algún punto y se propagó por todos lados como una plaga. Entonces, los distintos grupos entraron en un frenesí de actividad y cada día se descubría una nueva aplicación útil para ese nuevo y poderoso amigo. Los narradores de historias entusiasmaban a sus oyentes anunciando el advenimiento de una nueva era de bienestar para todos y la angustia de la supervivencia parecía quedar atrás, como un amargo recuerdo.*

*Todo iba bien, hasta que aparecieron los pirócratas. Nadie supo con certeza de dónde habían venido, pero lo cierto es que, en cuanto llegaron, comenzaron a tomar contactos con los jefes a quienes sedujeron rápidamente, utilizando un lenguaje rebuscado y oscuro, hasta ser reconocidos como “expertos en administración del fuego”. De allí en adelante, todo empezó a complicarse.*

*Su primera medida consistió en racionar el acceso a ese patrimonio común, con el argumento de que sólo ellos poseían los conocimientos técnicos necesarios para cuidarlo y mantenerlo. Entonces, emitieron unos bonos que debía comprar todo aquel que quisiera recibir sus beneficios. De ahí en adelante, esos papeles se convirtieron en el bien máspreciado y la gente estuvo dispuesta a hacer cualquier cosa por obtenerlos. A esas alturas, ya la hermandad humana —que tantos esfuerzos costó instaurar— había desaparecido y las relaciones sociales volvieron a regirse de acuerdo con ese viejo mandato de la naturaleza que es la ley del más fuerte. Y sucedió de pronto que todos comenzaron a olvidar que el dominio del fuego había sido una conquista colectiva y se llegó a creer que los pirócratas eran los amos legítimos de aquella fabulosa herramienta. Esa desgraciada circunstancia permitió a la nueva casta disponer de un poder casi absoluto, que pudo utilizar de mil maneras para su propia conveniencia.*

*Pero un buen día, gracias a la insistencia sostenida de unos pocos, el hechizo se rompió y la gente recuperó la memoria. La infame maniobra de los pirócratas quedó al descubierto*

*y entonces, se vieron obligados a negociar su permanencia en las comunidades, ahora en condiciones muchísimo más desventajosas: hubieron de resignarse a trabajar duramente, como todos los demás.*

*Así, los humanos recuperaron el control de aquel instrumento benéfico y el fuego volvió a favorecer a todos por igual. Los narradores volvieron a cantarle a su magia prodigiosa y un nuevo orden colectivo reemplazó al caos pirocrático. Pero también, a través de aquella cruel experiencia se llegó a entender, finalmente, una vieja y sabia enseñanza: que toda obra humana es el fruto de la colaboración, no de la disputa.*

## Epílogo acerca de una nueva espiritualidad

---

Hemos llegado al final de nuestro recorrido. Un sol de sangre tiñe el cielo del crepúsculo otoñal, que se proyecta sobre la ciudad como un gigantesco pabellón encarnado, simbolizando de algún modo aquella gran conflagración global en la que estamos inmersos: el ser humano enfrentado a los señores del dinero. Mientras tanto, la vida social así como la vida personal se han ido desintegrando en fragmentos cada vez más pequeños, como si estuviéramos siendo observados a través de un enorme caleidoscopio y el vacío existencial ha sumido a las poblaciones en una opaca atonía, que se rompe de vez en cuando para dar paso a agónicas convulsiones catárticas. Es una época triste para el ser humano porque el mundo que construyó ha explotado tornándose irreconocible para su creador; pero la nostalgia de esa unidad perdida es una fuerza que se hace tanto más poderosa cuanto más desesperanzada parece la situación que nos toca vivir.

Muchas culturas han narrado mitos sobre dioses que fueron descuartizados por el rencor y sus pedazos repartidos por el mundo para ser reconstituidos después, gracias a la fuerza del amor, esa espada de fuego que es capaz de atravesar cualquier límite y penetrar hasta los más recónditos secretos. ¿Qué significados se esconden detrás de aquellas extrañas alegorías y qué relación guardan con nuestra época? Hoy todo ha derivado hacia un radical antagonismo: se enfrentan las culturas, el capital con el trabajo, la muerte se opone a la vida, la riqueza concentrada se enseñorea en el planeta en contra del bienestar de los grandes conjuntos. Así están las cosas, pero la salida para esta especie de oposición universal no se encuentra en los discursos hipócritas de los poderosos y sus secuaces ni tampoco en la profundización de la actual mirada analítica, que acentúa aún más la descomposición. Y menos todavía se alcanzará gracias a una horrorosa victoria momentánea de un bando sobre el otro. Podríamos decir, apelando a una cínica máxima militar, que si no se puede ganar, entonces hay que parlamentar, pero el odio comprensible de los agraviados, avivado por una situación generalizada de absurdo, impedirá cualquier diálogo.

A pesar de los enormes avances materiales que hoy conocemos, ninguna fuerza física se ha mostrado capaz de restablecer la unidad esencial de todo lo existente. Se trata, sin duda, de una experiencia de otro tipo, que algún filósofo ha identificado como el momento de “la revelación del Ser”, ha sido “alétheia” para los griegos y “dios” para otros muchos. Como quiera que se llame, es una intuición poderosa que ha irrumpido en distintas épocas, cada vez que el ser humano debió emprender un camino distinto al que seguía hasta ese momento. La nueva espiritualidad que está apareciendo simultáneamente en todo el planeta nos habla de estas búsquedas, que intentan responder a la pregunta fundamental: ¿cuál es el sentido de la vida humana en general y de mi propia vida? Si la ciencia ha sido capaz de describir el “cómo” con arrolladora eficacia y la filosofía ha tratado de dar respuestas al “porqué”, sólo la revelación interior puede abrirnos las puertas del “para qué”, dimensión que constituye el sustrato de cualquier otra pregunta. No obstante, al hablar de la vida y su sentido se nos impone también la realidad y el misterio de la muerte, pero de ello no es mucho lo que podemos decir ya que creemos que cada cual está en condiciones de encontrar sus propias certidumbres.

La mente humana necesita de la verdad para florecer, tanto como el cuerpo necesita del aire para vivir. Sin embargo, este afán por instalar certezas que desde siempre nos ha incitado hacia la acción incansable, desembocó, por extraña paradoja, en una época en la que se han impuesto la mentira, la manipulación y el engaño como principales códigos de relación. Algo salió muy mal aquí —hemos de reconocerlo— y de ello da sobrada cuenta el uso malicioso que se terminó haciendo de unas herramientas tan poderosas como son los medios de comunicación actuales, que multiplican la mentira oficial hasta niveles nunca antes imaginados. Llegó entonces el momento de volvernos hacia nosotros mismos y buscar la luz en nuestros propios corazones, porque la experiencia histórica está indicando que la “verdad verdadera” no puede obtenerse por la pura acumulación mecánica del conocimiento sobre el mundo externo, como nos enseñaba el racionalismo, sino que se accede a ella a través de una comprensión instantánea y directa (no intermediada por nadie), que es el fruto de una profunda experiencia interna de iluminación. Como muy bien lo saben los místicos de todos los tiempos, es una verdad revelada. Después vendrán las interpretaciones y los mitos, elaborados y reelaborados una y otra vez a partir de esa experiencia original y que tenderán a multiplicarse con el paso del tiempo, como siempre

sucede. Pero lo importante seguirá siendo la posibilidad cierta de acceder a esos recintos sagrados de la propia interioridad en los que se guardan los significados eternos, espacios míticos donde conviven en completa armonía hombres y dioses.

Después de muchos fracasos dolorosos, nos da la impresión de que el ser humano está nuevamente disponible para abrirse a vivir esa experiencia fundamental, de la que se alejó por causas que son demasiado complejas de analizar y superan las intenciones de este escrito (y también, los alcances de este escritor). El punto en cuestión ahora es la obtención de los medios para acceder a una vivencia que ha perdurado sólo como vago y confuso recuerdo de tiempos inmemoriales. ¿A quién acudir? ¿En quién confiar? Por sobre todo, hay que buscar entre quienes no te piden nada y tampoco tratan de imponerte ningún dogma, guías bondadosos que se limitan a mostrarte un camino para que tú lo recorras libremente, en el caso de que ese fuera tu deseo más profundo. Si la época lo está demandando, esos guías ya existen en alguna parte y bastará con aprender a ver para percatarnos de su existencia, siguiendo el mandato de una sincera necesidad interior que orientará esas búsquedas. Pero con ello también estamos señalando a quienes debemos evitar, para no equivocarnos: a cualquiera que utilice (o avale) la violencia como medio, por más elevados que sean los propósitos que declare.

Cuando esta necesidad tan humana de sentido se transforme en un clamor, es decir, en una demanda colectiva, no habrá ninguna cadena que pueda detener o controlar la intención de los pueblos para ir en esa dirección y la imagen común que de allí surja contendrá una energía colosal, capaz incluso de modificar el rumbo de todo el sistema. Aunque nos acusen de delirantes, nos atrevemos a decir que la irrupción de esta experiencia puede implicar una completa transformación de la convivencia social, porque a partir de ella se comprenderá finalmente que cada vida humana es sagrada y forma parte de un tejido único en el que nadie sobra, en cuya trama todos somos necesarios así como necesitamos también a los demás. Digamos entonces que la constatación de la profunda unidad de lo diverso sólo puede obtenerse por esta vía. Así, el abandono de la violencia como forma de relación entre los individuos y los pueblos será, por sobre todo, una manifestación visible de ese contacto profundo con lo sagrado al que muy pronto accederemos. La superación de toda forma de violencia significará, en última instancia, que se ha modificado de raíz el modo en el que experimentamos lo humano, en nosotros mismos y en los demás.

El Nuevo Humanismo nunca ha concebido a la interioridad y la exterioridad como universos separados, básicamente porque esa separación no existe y es un error metodológico (propio de momentos históricos anteriores) establecer límites tan tajantes. Nuestros planteamientos evidencian la existencia de un mundo interno en interacción incesante con el mundo externo, conformando una estructura indivisible que se va influyendo y transformando recíprocamente. Todas nuestras discusiones con la falacia del inmovilismo actual arrancan desde esta concepción y, en virtud de ello, tenemos una fe inconmovible en que seremos capaces de romper esa camisa de fuerza que nos paraliza y, a la luz de esta nueva revelación, sabremos resolver (o disolver) nuestras diferencias. A fin de cuentas, el odio y la ira —parteros de la violencia— son emociones humanas y, como todo lo humano, pueden ser transformadas y reorientadas hacia un propósito útil, cosa que sería muchísimo más fácil de conseguir si quienes controlan hoy el mundo se hacen a un lado, de modo que su habitual torpeza no siga empeorando aún más la situación.

Cuando eso suceda, el ser humano, en posesión plena de todas sus facultades, podrá proyectarse hacia el futuro para materializar su anhelo de una nación humana. Ese mismo aventurero incurable que ha corrido todos los riesgos. El que muchas veces sembró el horror y otras tantas se ha alzado hacia lo sublime. Ése que se empeña en dejar atrás la prehistoria para ingresar a una historia cálidamente humana. Aquel que a menudo olvida quien es pero luego vuelve a recordarlo. El que lucha, día a día, para conquistar su libertad.

Santiago de Chile, agosto de 2006 — abril de 2007